

#7: TERIORMORFOS & OTRAS CRIATURAS INSÓLITAS

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva

ILUSTRARTE

ASTRID BREITER
ISRAEL MONTALVO
REBECA OZUL (RIBS)

ARTÍCULO

EN LAS ENTRAÑAS
DEL MONSTRUO: AJEDSUS

RESEÑA

EL TERROR DE PABLO
ESPINOZA: SALDÍVAR

CUENTOS

DELGADO | SANCHEZ | MORENO | ARROYO | VILLAVICENCIO |
ALCÁNTARA | ROSALES | ESCANDÓN | LETECHIPÍ | MARMOLI
ALVARELLOS | RAMÍREZ | MENDOZA | HERNÁNDEZ | SALAZAR |
RAMOS | DUARTE | FUENTES | JIMÉNEZ



SALUDO EDITORIAL

Buenos soles y lunas, estimados lectores, damos la apertura de el extenso séptimo número de Revista El Axioma. Partiendo del concepto de los Teriomorfos y otras criaturas insólitas. Un conjunto de 20 cuentos que nos llevarán de la mano, al terror y horror, hasta tintes de ciencia ficción y fantasía oscura. Adentrándonos en territorios de la New Weird ficción, que explicaremos detalladamente en el artículo sobre monstruos.

También en este número, tenemos la maravillosa entrevista con dos autores mexicanos del terror: la talentosa y brillante Sandra Becerril y el intrépido Gerardo Lima.

Carlos Saldívar nos comparte una reseña literaria sobre una obra de terror chilena y su servidor les comparte un profundo análisis de lo monstruoso mediante un artículo. En materia de ilustración, contamos con la portada hecha por la genial, ilustradora chiapaneca Astrid Breiter, al brutalista Israel Montalvo y a la brillante Rebeca Ornela (RIBS), además de apoyo de la IA Dream.

Dejando el misterio a la complejidad del contenido, les damos la bienvenida a El Axioma No.7. Deseándoles un caótico viaje entre inefables criaturas.

Ajedsus Balcázar Padilla
Director Editorial



Dirección Editorial:
Ajedsus Balcázar Padilla

Cómite Editorial:
Mirza Mendoza
Ana Ruíz García (Silent Natasha)
Servando Clemens

Logos:
Silent Natasha

Portada: Astrid Breiter

San Cristóbal de las Casas,
Chiapas, México. 2022.

Todos los derechos reservados.



Visita nuestra página:
El Axioma (Revista)
<https://elaxiomablog.wordpress.com/>

CONTACTO
Facebook: El Axioma Revista
Instagram: @elaxiomarevista
Youtube: El Axioma Revista
Correo: elaxiomarevista@gmail.com

ÍNDICE



- 7 LOS CANTOS DE LA METAMORFOSIS"**
CUENTO
Luis Antastasio Delgado
(México)
- 16 PIZZA NO TIENE CUERPO**
CUENTO
José C. Sánchez
(México)
- 25 LA TARÁNTULA DE ESPINAS**
CUENTO
Ximena Moreno
(Argentina)
- 32 EL TERROR DE SANDRA BECERRIL**
ENTREVISTA
Ajedsus Balcázar Padilla
(México)
- 41 APARICIÓN**
CUENTO
Karla Arroyo
(México)
- 48 LOS FRUTOS DE LA DRÍADA**
CUENTO
Eric Michel Villavicencio
(Cuba)
- 55 EN LAS ENTRAÑAS DEL MONSTRUO**
ARTÍCULO
Ajedsus Balcázar Padilla
- 79 LA ESTIRPE DEL JAGUAR**
CUENTO
Kenny Alcántara
(Perú)
- 93 EL HERALDO DE LA PESTE**
CUENTO
Carla Rosales
(México)
- 100 ILUSTRARTE: ASTRID BREITER**
ARTÍCULO
- 104 ITZAPAPÁLOLT**
CUENTO
Eduardo Honey Escandón
(México)
- 114 EL TERROR DE PABLO ESPINOZA BARDI**
RESEÑA
Carlos Enrique Saldívar
(Perú)

ÍNDICE



- 119 CALCIUM**
CUENTO
Adriana Letechipía
(México)
- 129 KAJI 'IMOX**
CUENTO
Romeo Marmol
(Guatemala)
- 139 ILUSTRARTE: ISRAEL MONTALVO**
ARTÍCULO
- 141 EL CLUB DE CUERVOS**
CUENTO
Enrique Fuentes
(México)
- 150 OLLÁPARO**
CUENTO
Pilar Alvarellós
(España)
- 156 EL HORROR DE GERARDO LIMA**

ENTREVISTA
- 165 GÉVAUDAN**
CUENTO
José Luis Ramírez
(México)
- 173 ILUSTRARTE: REBECA DZUL (RIBS)**

ARTÍCULO
- 176 ROC**
CUENTO
Ismael Mendoza
(México)
- 184 Y DERRITIRÁN TUS MENTES**
CUENTO
Karla Hernández Jiménez
(México)
- 191 LA FRACCIÓN B DE LA VIDA**

CUENTO
Marlon Jiménez
(Venezuela)

ÍNDICE

207 EL ÚLTIMO DE LOS SACRIFICIOS

CUENTO

Alba Salazar
(México)

215 AHORA MISMO ESTÁ DETRAS DE TI

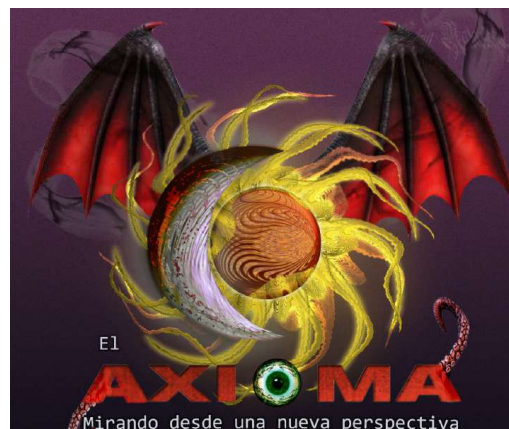
CUENTO

Carlos Ramos
(México)

223 HACIA LO PROFUNDO

CUENTO

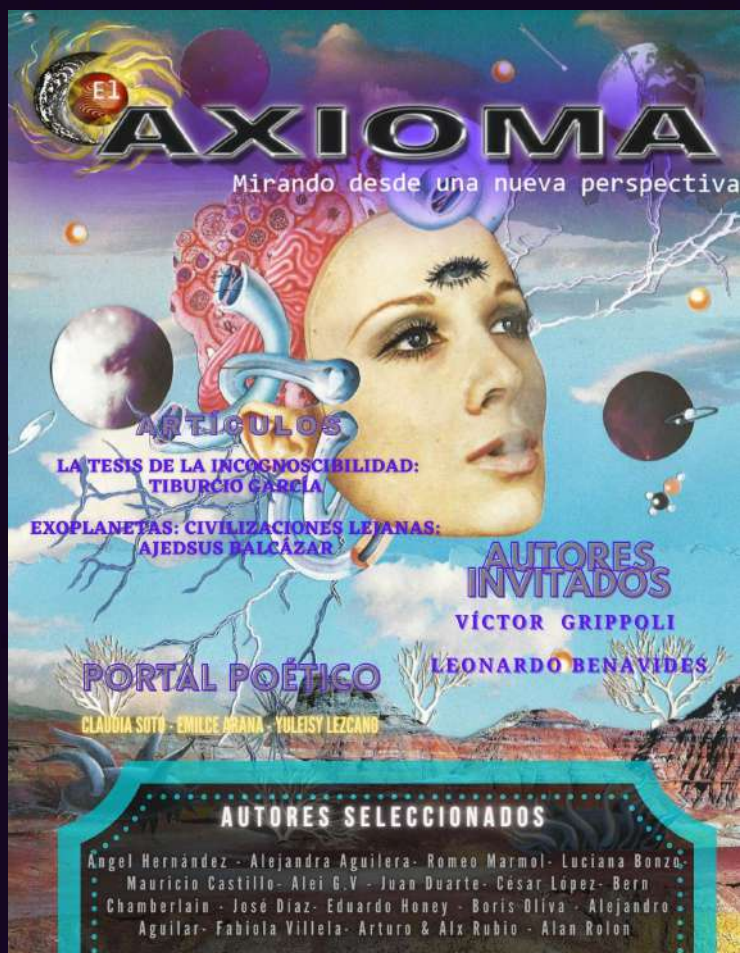
Juan Cruz Duarte
(Colombia)



#7 TERIOMORFOS & OTRAS CRIATURAS INSOLITAS

ILUSTRARTE: ASTRID BREITER





FANZINE MICROAXIOMA

VOL.1
AÑO 1
AGOSTO 2021

Microrrelatos de ciencia ficción, fantasía y terror

Autores

Ana Caron, Luciana Bonzo, Asaph
Fernández, Servando Clemens, Rafael
Araiza, Marlon Jiménez, César López,
Oscar Dario, Carlos Saldivar, Miguel
Márquez, Robert José

CONOCE
NUESTROS
NÚMEROS MÁS
RECIENTES

DISPONIBLES
EN
ISSUU
& LEKTU.

5 número/ Octubre 2020

EL AXIOMA

MONSTRUOS DE
ARGENTINA

RELATOS

Daniel Canals/ Trisha
Sanz/Oswaldo Castro/
Servando Clemens/
Silvia Fernández/
Marlon Jiménez/ Samir
Karimo
AJEDSUS

ARTÍCULOS

Compartamos nuestra
lectura de cada día
Retrofilmes: Ciencia
ficción de terror
Entre Axiomas y Axiomas

RESEÑAS

El Terror según... El Conde
de Betancourt



LOS CANTOS DE LA METAMORFOSIS

Luis Anastasio Delgado
MÉXICO

¿Qué de malo había en observar a los vecinos por la noche, a través de una rendija de la cortina de la habitación de ellos?, Carlos se lo preguntó una noche con toda la lascivia que el mundo pudiera haber vomitado sobre sí mismo.

La casa donde vivía Carlos con sus padres se encontraba aledaña al Puente Tampico, en el norte de Veracruz, cerca de la ribera del Río Pánuco. Vivía en una de esas antiguas construcciones de madera erigidas antes de la expropiación del petróleo mexicano, en una colonia llamada “18 de Marzo”; pero la calle, y la colonia, parecían deshabitadas, muertas y, de hecho, en esa calle no había muchas casas ocupadas. Eran mayoría las rodeadas por maleza: guácimas, árboles de mango, pinos, nopales y diversos tipos de enredaderas y malas hierbas; todas cubiertas por una gruesa capa de polvo gris, lo mismo que las ruinas. Y los padres de Carlos le prohibían salir a jugar con los amigos que habitaban en las colonias de más allá, hacia el este, estando el más cercano como a veinte o treinta minutos de ahí. Por eso le desagradaban las vacaciones, porque la escuela era el único remedio contra el aburrimiento.

O eso creía hasta que la casa de al lado fue ocupada por la familia Domínguez Muñoz. Él, Carlos, les espío por la ventana de su habitación cuando bajaron las cosas de la camioneta. Y los ojos casi se le salen de las órbitas al ver a la madre de familia y a la hija, una joven varios años mayor que él. No podía creerlas reales y, sin embargo, ahí estaban: la adulta con el rostro sonriente, blusa escotada y unos pantalones muy cortos; la muchacha, en cambio, presentaba un rostro taciturno, con oscuras y profundas ojeras que poco le importaron a Carlos, él siguió empeñado en grabarse todos los contornos de las holgadas y largas ropas con que vestía. De suerte vio al padre, de rostro sombrío aunque también sonriente. Él, según supo después Carlos, era hijo del anterior dueño de la casa. También se enteró de que el nombre de la muchacha era Amanda, y el de los padres, Sebastián y Sonia.



Por dos semanas esas dos mujeres estuvieron en los retorcidos pensamientos nocturnos de Carlos, incluso en los sueños más profundos, hasta que una sofocante noche escuchó extraños ruidos provenientes de la casa vecina; ruidos que él, luego de unos segundos, entendió, y en su febril y púber mente se originó la gran pregunta. Después de otro par de semanas descubrió cierta rutina, y comenzó a idear un plan para darse la gran escapada.

Así llegó la madrugada de ese martes. Carlos, nervioso hasta la excitación, sintiendo cómo las tripas le escocían y gruñían, como protestando por el despreciable acto que pretendía efectuar, salió de la habitación y recorrió el pasillo hasta las escaleras, cauteloso, casi temblando porque no lo descubrieran o porque sus vecinos dieran prematura conclusión a ese ritual que él pretendía profanar. Cualquier cosa podría salir mal, cualquiera...

Pero Carlos se quitó los malos pensamientos de encima, y de puntillas fue hasta la puerta trasera, la abrió apenas y salió a la estática y fría noche. Medio agazapado, cerró la puerta y bajó los cuatro escalones hacia el patio trasero. La luna nueva iluminaba el césped, tiñéndolo de plata, lo mismo que a los altos árboles de guácima que crecían en el solar baldío de allá atrás, al otro lado de la baja barda de madera. Antes de echar carrera hacia la sombra de uno de estos árboles, en la esquina del terreno, se volvió sobresaltado hacia el puente, al escuchar el estruendo de un tráiler que pasaba tronando a esas solitarias horas. Una lechuza, entonces, le hizo mirar hacia el argentino cielo, no la vio, pero la visión brumosa de la bóveda celeste, en conjunto con los árboles en derredor, le trajo la ilusión de primitivas épocas, cuando el hombre aún no gobernaba la tierra, cuando todo era extraño y terrible, y...



Tembló, abriendo y cerrando los pesados párpados, que las abultadas ojeras le querían cerrar. Entonces la madre de aquella familia vecina le recordó el porqué había salido al hostil exterior nocturno. Volvió a sentir las nalgas húmedas de lo nervioso que estaba, y las tripas le gruñeron peor. Al detenerse bajo la sombra de la guácima, notó el corazón en la garganta, pero sólo por unos segundos, luego trepó con mucho cuidado la pequeña barda, siempre mirando hacia esa ventana de la planta baja. Por fortuna, la familia no tenía perros ni gatos, ni alguna otra mascota de menor importancia. Carlos vio que las guácimas en aquel patio daban más sombra que en el suyo, a su padre no le gustaban mucho los árboles.

Tragó saliva, y casi a cuatro patas avanzó hacia la esquina de la casa, con el corazón retumbándole como si se fuese a enfrentar a un león hambriento; de tanto hasta lívido se puso, finas gotas de sudor le corrieron por la cara, las manos le transpiraron. Desde esa cercanía, la voz de la mujer se escuchaba mucho más clara, mucho más sensual, lujuriosa. Carlos se relamió, sintiéndose como en un sueño, temblaba. Imaginó la escena, como tantas otras veces, pero ahora más vívida, más...

Frunció el ceño al descubrir que las cortinas de la ventana del costado yacían cerradas. Carlos revisó entonces la trasera. Con gesto preocupado se dio cuenta de que el máximo sueño huía por el apestoso caño de las decepciones. De pronto le dio frío, mucho frío, desamparado como quedó a la expuesta burla del propio Dios. Quiso llorar.

Pero no tuvo tiempo a eso. Algo aleteó tras él, cayendo pesadamente sobre el césped.



Pudo jurarlo, pero cuando giró la cabeza y soltó una breve y apenas audible exclamación, ante él se erguía la sonriente Sonia, como siempre la imaginó en sus más profundos y adolescentes sueños. Con la boca abierta y el corazón galopándole por la inverosímil y repentina aparición, Carlos apenas supo dónde colocar los desvelados ojos.

—No creo que tus padres te hayan dado permiso de espiar a los vecinos, ¿o sí...? ¿Hum...? —Se inclinó hacia él, apoyando las manos en las rodillas. Olía extraño, como a animal muerto—. ¿O sí, eso te enseñaron, a espiar a los vecinos? —Carlos, revuelto el estómago, contuvo lo mejor que pudo la expresión de asco. El aliento de la mujer parecían los miasmas de una fosa común—. No hablas, entonces, he de suponer que, o bien no tienes permiso, o bien es tu iniciación. ¿Por eso los demás vecinos se han ido...? ¿Sabes? Debería ir a hablar con tus padres ahora mismo.

Por alguna razón, esa frase con tan poco sentido atemorizó aún más al muchacho, quien agitó rápido la cabeza, soltando un apenas audible, “no”.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Le vio de pies a cabeza, sin desvanecer ese gesto medio juguetón, medio sensual—, ¿quieres ir ahí dentro y observar por ti mismo a mi... digamos, hija?

De pronto, Carlos sólo tuvo ganas de volver a casa, de olvidar a la señora y los ruidos que hacía la, digamos, hija dentro de la habitación y de oler el perfume de su madre que, aunque lo detestaba, lo prefería mil, un millón de veces al hálito de esa extraña mujer.

Por eso Carlos volvió a negar, esta vez más lento.



La mujer alzó una ceja, y en la sonrisa que formó, el muchacho encontró una terrible desesperanza y unas aún más poderosas ganas de llorar. Tras ella se alzaban los negros y plateados árboles, recortados sobre ese cielo de eras primitivas, cuando los seres humanos encendían fuegos en lugares remotos y espantosos.

—¿Has llegado tan lejos sólo para decir que no? Escúchala... yo sé que quieres verla... oh, no niegues... yo sé que sí. Y, ¿sabes?, yo sé que él querrá verte.

Sin darle tiempo a nada, se abalanzó sobre él, cubriéndole la boca para que no gritara, y lo levantó del suelo, rodeándole el abdomen con la otra mano. Carlos pateó, forcejeó, pero la mujer fue más fuerte y, no supo cómo, en un instante se encontraron dentro de la casa. Carlos miró a todos lados, confundido y horripilado, recordó los aleteos, porque eso fueron.

—Tranquilo ya. Tú mismo lo buscaste, niño travieso. Cruzaste la línea sin pedir siquiera permiso y, mira, que de todos modos se cumplió tu sueño.

No abrieron la puerta de la habitación, también podía jurar eso. Vio el oscuro rectángulo y, después... después estaban dentro de un cuarto, en una esquina oscura, donde no llegaba la luz de aquella vela verde y pálida, colocada sobre la mesita de noche, al otro lado de la cama donde...

—¿Te gusta?

Y en el susurro hubo una nota de pura burla diabólica.



Carlos palideció aún más, sintiéndose en una pesadilla. Sobre la cama se revolvían dos seres que no eran ni del todo humanos ni del todo fieras. Retorcían las largas colas de gato y emitían a cada empuje un gemido, más alto ella que él. Y Carlos vio muy bien el rostro de ella, con profundas y oscuras ojeras, juvenil, sólo que ahora mostraba una dentadura de apretados y simétricos colmillos, y todo el cuerpo cubierto por un pelaje atigrado. Luego observó el rostro del que empujaba sobre ella y le aplastaba con ambas garras la cabeza sobre las sábanas.

El hombre, en el arretrato de su culminación, le haló los cabellos a ella con tanta intensidad que la joven soltó un grito de dolor, curvándose y apretando con sus zarpas las muñecas del hombre gato.

Él, todavía encima de la muchacha gato, volvió esos ojos que brillaron espectrales en la penumbra al escuchar la voz de la mujer.

—Mira a quien me encontré ahí afuera fisgoneando, Sebastián —Carlos comenzó a llorar y reanudó los forcejeos y patadas inútiles—. ¿Qué dices, quieres darle una prueba de lo que acabas de hacerle a ella?

Y en aquella bestial sonrisa Carlos encontró el pozo oscuro del horror.

La supuesta madre de la familia Domínguez Muñoz, aún desnuda, acucillada junto a la cama de Carlos, le retiró un mechón de cabello que le cubría parte del sudoroso y pálido rostro. El muchacho le miró con ojos vacíos, tembló un poco, cubriéndose con las mantas.



—¡Shhh, shhh...! Tranquilo, tranquilo —le dijo en un susurro, sonriéndole—. Ven, toma —le mostró uno de sus senos, lo acercó a su boca. Él se alimentó. Sabía horrible, pero no pudo dejarlo. Sabía a una vida echada al fango pútrido y negro, que apesta y marchita todo un campo de hermosas y perfumadas flores—. Esto calmará un poco las pesadillas, ¿lo crees? Sí. Sí lo crees.

“Ahora, quiero que escuches. No gastes energía en decir a nadie que tus vecinos son unos monstruos, porque, dime, ¿quién lo creería? Que la mamá de esa muchacha en realidad es un espíritu familiar sacado de una tierra de pesadilla por el tatarabuelo paterno, quien les heredó esa casa a las generaciones futuras, lo mismo que a mí. Que cumplo las, para ustedes detestables, fantasías del padre, entonando en ellos los Cantos de la Metamorfosis, y que a la hija la mantiene en un estado de docilidad debido a la datura.

“¿Quién creería algo tan retorcido como eso? Ni siquiera un brujo con sus elementales sería capaz de encontrar en nosotros rastro de inhumanidad o de hechicería. Una familia normal mudándose a la casa heredada al hijo por el padre. Nada más, ¿entiendes? Nada más... Ahora, duerme bien en la gracia de la bufona verdad.”

Entonces el traumatizado Carlos vio cómo la mujer, sonriendo por última vez, se transformó en un oscuro zopilote de cabeza grotesca y encarnada, y alzó vuelo, perdiéndose antes de chocar contra la ventana.

Los padres acudieron a la habitación de su único hijo al escucharle reír de aquella forma.

Desesperados, lo abrazaron, la madre, llorando ya, le preguntó qué le sucedía, pero Carlos siguió riendo cual insano, mientras que de los ojos le escurrieron lágrimas y todo él comenzó a temblar.

Y ciertas fueron las palabras de la mujer, porque ni médico ni brujo alguno supo qué le sucedía al trastornado Carlos, quien ya no pronunció más palabras, y comenzó a gritar por las noches al escuchar ciertos ruidos extraños, o al ver en el cielo las negras sombras de los zopilotes o, incluso, al oír el maullido de algún gato callejero en el exterior de la casa.



**ILUSTRACIÓN:
ASTRID BREITER
(Chiapas, México).**



ACERCA DEL AUTOR

LUIS ANASTASIO DELGADO (México)

Escritor mexicano, tres de sus obras han sido publicadas, respectivamente, por “Kanon Editorial”, “Revista Penumbria” y “Anapoyesis”.

PRIMER LUGAR EN EL SÉPTIMO NÚMERO DE EL AXIOMA.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



PIZZA NO TIENE CUERPO

José C. Sánchez
MÉXICO

Esas cosas existieron después de nosotros, no recordamos su llegada. El tiempo hizo que prefiriéramos escapar. Huimos hacia las profundidades, pero nuestra necesidad de reproducirnos redujo pronto los espacios.

Nos multiplicamos con rapidez, no es tanto que nos guste aparearnos, más bien nos gusta sentir el cálido tacto de la ternura. Hemos pasado demasiado tiempo en la oscuridad huyendo de aquellos seres y, a pesar de todo, los necesitamos. Aprendimos a sobrevivir con los pocos recursos que teníamos; sin embargo, la comida de arriba tiene un sabor que no puedo explicar: morder las sobras de una torta de chilaquiles es un banquete de dioses.

Por desgracia, siempre hay uno que otro de ellos interesado en nosotros. Algunos nos toman como deporte y nos cazan sin más. Por lo poco que entendemos, nos consideran “horrendos”, algo que su vista no puede tolerar. Si me preguntan, ellos lo son más. Supongo es cuestión de perspectiva, no soporto su extraña manera de caminar, sus extremidades anormales; esos dientes sin sentido y, lo que más me horroriza, su mirada. Con solo ver a esas criaturas, puedes saber que son lo que otros denominaron demonios.

Mi nombre es Sídney Güest, bueno, así me conocen. Tomé el nombre de un viejo libro que encontré tirado cuando exploraba los túneles de metro Copilco. El título Los poemas de Sídney West de Juan Gelman. No entendí absolutamente nada, pero el nombre de Sídney West me encantó y recitaba de vez en cuando uno que otro poema. En fin, no quiero contar mi historia, sino lo que le pasó a Juan Grima, a quien le di el nombre de: “Pizza”.

Juan creció entre ellos, podía estar en la superficie porque compartía esa horrible apariencia. Por desgracia, la familia que lo adoptó no tardó más que un par de años para darse cuenta de que su pequeño no era lo que creían.



Los Grima no habían podido tener hijos. La señora había sufrido varias crisis nerviosas, junto con una fuerte depresión después de su tercer aborto. Un poco desesperanzados, adoptaron a un bebé que alguien había abandonado muy cerca de los túneles del metro de estación Universidad. Una salvajada extraña, nadie se atrevería a dejar un bebé ahí a menos de que lo quisiera muerto. Por suerte, los del orfanato lo rescataron y así los Grima adoptaron al niño que llamarían: Juan.

La casualidad invadió la casa Grima, en un par de meses la señora se embarazó y engendró un vástago de nombre Gregorio. Todo el amor que tenía se lo dedicó a su hijo de sangre. Conforme pasaron los años, voces internas trastornaban más y más a la señora, cuando entraba a la habitación del pequeño Juan le quitaba la ropa, lo besaba y decía que lo amaba, lo amaba más que a su marido. Y dejaba lleno de chupetones a aquel niño de no más de seis años, en ese entonces, que solo decía: “te quiero mami”.

El señor de la casa se aficionó a la bebida y las drogas, se enteró de lo que hacía su esposa, pero más que sentir aversión por los actos de la mujer, sentía celos y rabia del “hombre” que le había robado a su esposa, odiaba a Juan Grima, odiaba a su propio hijo. Así transcurrieron más y más años. Todo esto lo sé porque me arriesgué a salir a la superficie y recolecté las piezas faltantes del rompecabezas, pero esa es otra historia.

Ahora bien, un día Juan fue golpeado por su hermano y observaron la peculiar condición del niño, su cara se deformaba como un pedazo de masa y después volvía a su forma original.



Sufrieron mucho al notar que ese pequeño pertenecía al mundo subterráneo. Pero era tan parecido a ellos que creían que enviarlo aquí sería mandarlo a un mundo de rechazo, no sabían que hacer (tenían sus razones para quererlo cerca). Por un tiempo lo escondieron: se mudaron a lo que antes se conocía como Magdalena Contreras, en un cerro lleno de árboles, barrancas y pasto verde, donde el sol te acariciaba el rostro como si se tratara de un hada revoloteando sobre ti, al menos eso contaba Pizza.

Los padres de mi amigo eran investigadores, tenían la teoría de que nosotros alguna vez fuimos como ellos o que ellos alguna vez fueron como nosotros. Según entiendo solían discutir sobre seres primigenios y seres descendientes, sobre eslabones perdidos y cosas así. Hablaban de un cataclismo, de hibridación y demás. Supongo, puesto que no soy versado en cosas de ciencia que, en algún punto, los primeros de nosotros se convirtieron en esas criaturas extrañas y agresivas. Por desgracia su violencia predominó sobre nuestra especie y fuimos desplazados poco a poco. Nos quitaron nuestro lugar y su hijo adoptivo era la prueba que unía a los dos mundos.

Más tarde la Señora Grima concibió a una bebé. Entonces consideró a su hijo adoptado como peligroso (no me pregunten porqué).

Su hermano Gregorio, que a veces lo pasaba a ver, lo golpeaba de vez en cuando. Poco a poco Pizza se convirtió en su saco de boxeo. Cuando ambos tenían once años, Gregorio hizo gala de la violencia que los caracterizaba. Primero entró al sótano donde se encontraba su hermano. “jugaron” a las luchitas como siempre, de nuevo él ganó.



Con su extraña extremidad derecha Gregorio le dejó un moretón en la mejilla izquierda a su contrincante, con sus partes inferiores conectó varios golpes en estómago y genitales. Juan ya tumbado en el suelo perdió el conocimiento al recibir un impacto en su barbilla.

Al despertar, Juan observó cómo el pequeño Gregorio sostenía un cuchillo, sintió como le cortó lentamente la carne; la sangre brotaba poco a poco y los gritos eran aterradores, pero los padres no estaban y no había nadie cerca de esa gran casa de madera, perdida en aquel cerro olvidado. Gregorio tardó un tiempo, pero llegó a tal punto que destrozó una extremidad a su adversario. Logró desprender una mano y ocurrió algo extraño: Juan podía mover aquella parte separada de él.

Gregorio huyó al mirar eso.

En la tarde, los padres oyeron una versión retorcida de los hechos donde Juan quedaba como un monstruo irremediable, por lo que Gregorio no tuvo más alternativa que cortarlo hasta ser liberado. Juan se podía convertir en una enorme montaña de masa con garras que ahorcaban a su contrincante, por esa razón tuvo que cortarle la mano, eso fue lo que dijo el hijo legítimo a sus padres.

La madre visitó por última vez a Juan, no lo besó como siempre, ahora los dos estaban desnudos, ella decía entre sollozos: “por favor no nos mates”, “por favor no nos mates”. El pequeño no entendía que pasaba solo sentía las extrañas caricias de su madre. Al otro lado de la puerta, el padre observaba a su mujer desnuda con aquel monstruo, los celos se incrustaban en su corazón.

Pasaron los días, hasta que el demonio reveló su maldad.



Era una tarde cubierta por llovizna, la niña demonio gruñía como cualquier pequeño engendro. El señor Grima, enloquecido por los gruñidos, las sustancias tóxicas que había consumido, y la melancolía de su mujer, tomó un mazo que utilizaba en las reparaciones de la casa. descendió poco a poco a la locura. Aquel que decía ser el padre de Juan tenía ojos en tono carmesí y las extremidades bamboleantes al vaivén de una luz tenue. El baile comenzó, el niño aún se recuperaba del todo. Cuando recibió el primer mazazo se sintió aturdido, escupió sangre. Su cuerpo se volvía pedazos, ya no podría huir, sólo le quedaba soportar.

Los dioses deben ser muy crueles: el segundo, tercero... décimo quinto golpe del mazo cayó sobre el pequeño de once años. Sangre, gritos, gruñidos, lluvia... todo invadía ese espacio de sombras y lucecitas. Por dentro todo estaba roto. Quedaba el rostro suplicante de Juan Grima que lagrimeaba y sollozaba, que rogaba clemencia.

No fue escuchado.

Ni la madre, ni el hermano acudieron, entonces el demonio con su enorme mazo aplastó una y otra vez la cara de Juan Grima. Volaron dientes, los ojos solo vieron oscuridad y la piel sintió como aquella herramienta se estrellaba sin parar. Su padre se fue eufórico gritando: ¡Tú me la quitaste! ¡Tú la volviste loca! ¡Maldito monstruo!

Ese día murió Juan Grima y nació Pizza.

El pequeño quedó molido por un mazo, su cráneo y cara tenían la forma de una pizza, pero podía mover su cuerpo, roto o desprendido. El pequeño sabía que tenía que huir.



Tras una pausa, como pudo, movió las extremidades, consiguió algo afilado y separó su cuello del cuerpo. Para escapar, unió a su nuca la mano que le cortó su hermano y logró que sus dedos funcionarán como patas. Tomó sus genitales junto con un brazo aplastado. Así nuestro amigo escapó de aquella casa de la locura donde alguna vez creyó tener padres amorosos. Maldijo a todos, incluso a los bebés demonios.

Eso nos contó Pizza cuando llegó arrastrado por la fuerte lluvia desde el cerro hasta las cloacas más cercanas. Apareció cerca de los túneles de metro Quevedo que yo exploraba. Se impresionó al mirarme, mi estética forma sin huesos; los veinte metros de largo, quince bocas y cuarenta ojos negros que forman mi cuerpo. El pequeño me dijo que yo era un tentáculo y lo comprendo, hemos leído sus libros antiguos y hablan de criaturas invertebradas, pero nada como nosotros.

Hemos estado aquí desde el principio de la existencia, no tenemos palabra escrita como ellos: nosotros contamos historias que resuenan en el eco de cada generación. Nos comunicamos, sin embargo, no nos entendemos con ellos, aunque hablemos el mismo idioma. No me hagan caso, suelo divagar. Cuidé de aquel chico durante diez años porque cualquier pequeño merece un poco de verdadera ternura.

Por desgracia, cuatro o cinco de esos malditos seres entraron a los túneles para llevar a cabo su estúpido ritual de iniciación. Ellos tienen que asesinar a tantos de nosotros como puedan cuando alcanzan la mayoría de edad.



En la exploración rutinaria iba yo: Sídney Güest; Yein Ostín, una purpúrea criatura de seis patas y ojos flexibles; Ron Güisli, una bola peluda con colmillos que jamás muestra sus ojos y el buen Pizza Ajote.

Cuando los escuchamos apagué las luces, pero no se detuvieron. Tenían linternas, empezaron a disparar. Escuché cosas como: “malditos monstruos”, “mueran engendros”, “púdranse mutantes”. Ron en legítima defensa se lanzó sobre dos de ellos y recibió disparos en todo su esférico cuerpo.

Quise razonar, pero la mayoría de ellos solo escucha gruñidos. Uno de nuestros enemigos cayó y sus compinches trataron de levantarlo, lo único que alzaron fue el brazo aplastado de mi amigo. Entonces grité: “Pizza no tiene cuerpo” y reímos. Los demonios dispararon. De pronto todas sus luces quedaron estáticas sobre mí, sentí una breve sensación de calor. Lo vi... pizza uso su brazo desprendido y se lanzó como disco volador hacía a mí, en unos instantes se volvió un escudo gigante las balas cayeron sobre él, y solo pude escuchar: “dejen en paz a mi papá”. El extraño ser plano que de pronto se hizo inmenso asustó a los demonios que salieron huyendo.

Al ver a Pizza derribado, ya en el suelo, con su forma normal y repleto de agujeros como una vieja franela gastada, mis cuarenta ojos se volvieron el agua de todos los drenajes del mundo y mi pequeño la porquería que flota.

Yein salió de su escondite y vio mi dolor, me dio su aprobación para el ritual.

Entonces consumí todo lo que pude de los restos de Pizza, cuarenta minutos después ocurrió: Se me desprendieron los ojos, se me cerraron las bocas, se me formó un solo rostro, me convertí en masa, después miré los ojos de miedo de Yein que no dudó en escapar.

Recuerdo que dije: “Pizza ya no tiene cuerpo, ahora ese cuerpo lo tengo yo”. Obtuve brazos, manos, piernas, pies, panza, incluso los malditos dientes. Desde ese día tengo la apariencia de los demonios.

Pasó el tiempo, lloré al pequeño Pizza. Tomé una decisión. Dije: “ya basta de querer vivir en paz, es hora de subir al infierno sin miedo y de comenzar la venganza en nombre Pizza, en nombre de los que habitamos el mundo inferior. Es hora de sentir el sol en mi rostro y acertarles, aunque sea un puñetazo en su cuerpo”. Y salí de las profundidades de metro Copilco para sentir el sol en mi rostro.

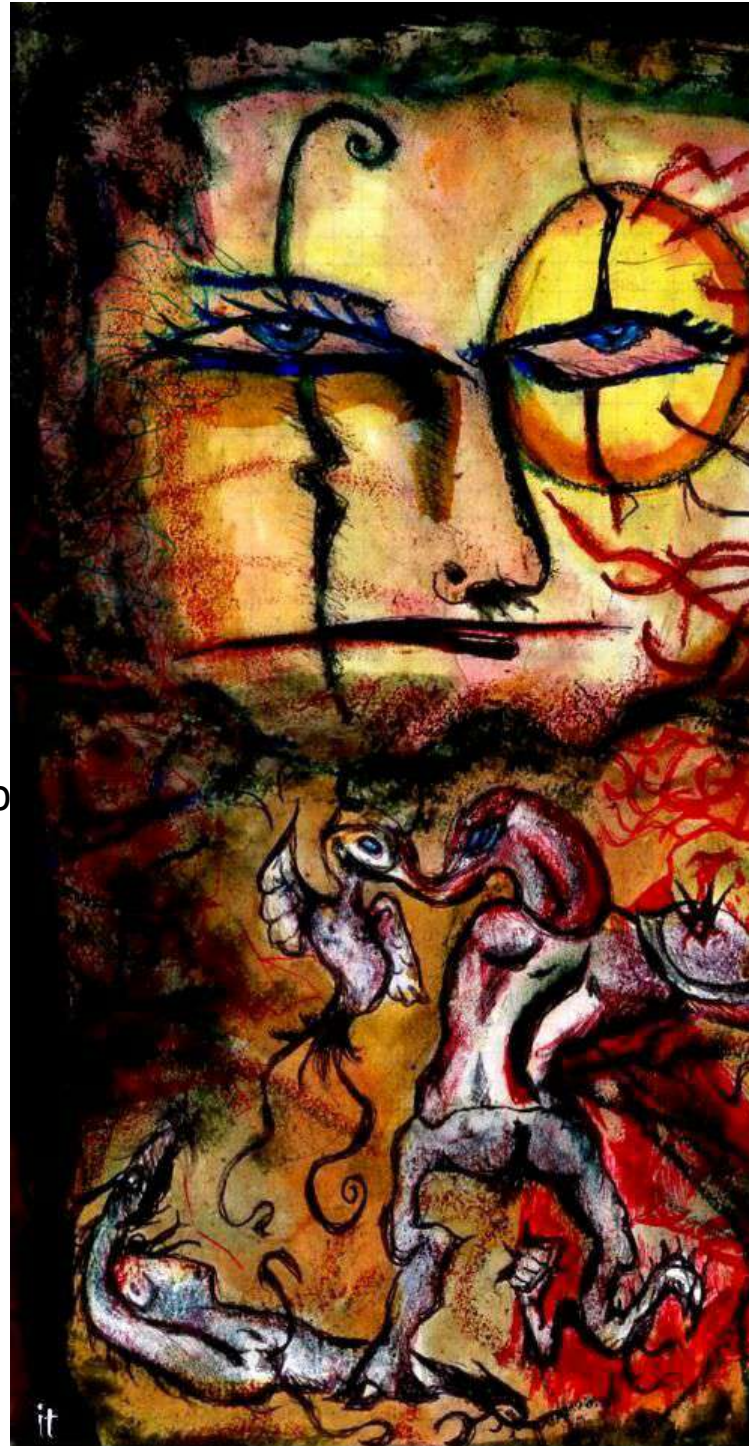


Ilustración:
ISRAEL MONTALVO
Mutante
(CDMX, México).

ACERCA DEL AUTOR

JOSÉ C. SANCHÉZ (México)

Escritor mexicano, nació en la Ciudad de México, estudió Creación Literaria en la UACM. Ha escrito para revistas digitales, portales web y para contenidos audiovisuales. No ha ganado ningún premio, pero mantengo la esperanza.

SEGUNDO LUGAR EN EL SÉPTIMO NÚMERO DE EL AXIOMA.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



LA TARÁNTULA DE LAS ESPINAS

Ximena Moreno
ARGENTINA

Fueron constantes los espasmos que precedieron a la metamorfosis. Desde la célula más pequeña hasta la aglomeración de plexos nerviosos, las ramificaciones circulatorias y los innumerables músculos abrazados a los huesos. Mediante rupturas óseas y desengrane de articulaciones, el cuerpo se revelaba en una especie de amorfismo contra la voluntad de su propietaria. La agudeza de los calambres que la retorcían, se impartía en los ojos vidriosos a punto de romperse para dejar de ver como ojos humanos. Era posible que las tarántulas adoraran a la deidad arácnida una vez que esta emergiera del nido y quizás, solo quizás, salieran con vida de aquella telaraña malparida.

El suburbio estaba oscureciendo el corazón del bosque viejo, el cual servía de atajo a más de un lugareño. Como era de costumbre, los vecinos se reunían una vez al mes, propiamente un martes, con el propósito de agradecer y dar ofrendas a la diosa Pomona. Cantilla era un pueblo agrícola que se abastecía del comercio de sus cultivos ricos en hortalizas. Gran parte de sus granjeros cultivaban la tierra, otros se dedicaban al ganado y un pequeño porcentaje ambicioso socavaba provecho de ambas actividades. La diosa Pomona era símbolo de la buena fortuna y prosperidad laboral, puesto que nadie padecía pobreza alguna. La suerte no hacía distinción y se repartía para todos de manera equitativa. Sus paisanos eran muy gratos y religiosamente hacían uso de la divinidad en un rezo matutino antes de emprender la jornada para no perder el hilo conductor de la fe.

El martes 13 de junio se llevó a cabo la celebración en la hacienda “Las Espinas” de doña Rebeca, una de las estancieras más longevas de Cantilla. Si bien la mujer era añosa, tenía un patrimonio exquisito de belleza y una juventud anacrónica. La residencia quedaba retirada en las afueras del pueblo, por lo que se debía acudir a caballo o automóvil. Una tranquera larga de madera barnizada era la entrada al camino pedregoso de pinos que se extendía unos mil metros hasta la casona. La fachada del lugar destacaba un profuso abandono que le otorgaba un aspecto elegante, como un estilo gótico rural devenido en arcaicos materiales y mano de obra. El revestimiento de las paredes color gris jaspeado y las enredaderas a lo largo y ancho, capitalizaban la estructura como garabatos pintados.



Las esquiras del fogón salpicaban la melena blanca de Rebeca, mientras acomodaba los troncos alrededor a la espera de los invitados. Yerka fue la primera en llegar cabalgando su tordillo. Con las manos entumidas y fosilizadas por el frío, se quitó los guantes, extendió sus brazos al abrigo del fuego y dejó que el calor regule su temperatura corporal. La noche tiritaba también, había luna llena y una plena ausencia de estrellas. Entre las ramas de los árboles descascarados cantaban las lechuzas. Se posaban en la cúspide y observaban como estatuillas el cotorreo de la gente mediante un paneo gradual.

Luego del banquete y el licor de huevo, los Cantilleros se prepararon para la ofrenda. En un altar de madera tallado a mano, con la forma que sus mentes podían imaginar a la deidad femenina, procedieron a iniciar la entrega. Las familias más ostentosas dejaban dinero en la charola, en cambio las familias que vivían a la vera de la superstición aseveraban que ofrecer verduras era lo más lógico. También sucedían otras ofrendas, unas que pocos conocían y se tornaron ocultistas desde entonces. Se sabía que el mal rondaba, pero indagar quien podría ser la cara del diablo era una hazaña que nadie se atrevía a concretar. Después del acto, el festejo se extendió con guitarras y cantos intrínsecos de la región por parte de los ancianos, quienes tenían el deber de dirigir la parte artística y cultural. Era un honor para la comunidad escuchar las voces arenosas de quienes habían vivido lo suficiente y deseaban compartir en simples palabras rítmicas sus odiseas y labores a los más jóvenes.

La fogata se apagaba perdiendo vigor y Yerka moría de frío, lo cual le estaba generando ganas de orinar después de varias copas de licor.



Pidió permiso a la dueña y entró a la casa para ir al baño. El interior era un laberinto de puertas y pasillos. Como pudo, con la nebulosa de alcohol en su cabeza, intentó guiarse con las indicaciones de doña Rebeca. El baño se arrinconaba en el fondo de la sala como en un punto ciego y al lado de la puerta había un modular antiguo que contenía una especie de caja negra misteriosa. Yerka entro con apuro y cuando salió, observó con calma aquella caja. Tenía forma rectangular y estaba cubierta con una manta negra. Cuando destapó el objeto desconocido, pegó un alarido que retumbó en la sala. El habitáculo oculto debajo de la manta era una pecera que anidaba una araña grande y peluda color marrón.

Afuera las visitas se despedían con apretones de mano y abrazos dando por finalizada la ceremonia. El vecino de Yerka, Fabio, se ofreció a llevarla a su casa. La vio tambaleándose y pensó que lo mejor sería dejar el tordillo de la joven en la hacienda de Rebeca y llevarla en la camioneta hasta su casa. Yerka se negó. Fabio no era de su agrado. Era un tipo extraño, sumamente callado. A ella no le gustaba la gente taciturna, le generaba desconfianza no saber que están pensando. Rechazó la invitación del muchacho y tomó rumbo por el bosque viejo a todo galope. Dentro del pulmón verde, la oscuridad transitaba espesa y las aves revoloteaban histéricas, como si algo las estuviese asustando. El caballo de pronto comenzó a bajar la velocidad y a corcovear. Algo sucedía, el animal estaba perturbado. Yerka trató de calmarlo ajustando las riendas, pero este se paró en dos patas y la tiró al suelo para luego huir.

Al recobrar la conciencia su visión se encontraba distorsionada. Apenas distinguía las siluetas negras de los arboles engargolados.



Un fuerte dolor en la nuca la tenía atontada, se sentó y respiró hondo unos minutos. Escuchó un ruido entre las hojas y la ramilla. Algún animalejo se estaba acercando. Debajo de un cumulo de hojas secas apareció ella; la horrible tarántula peluda y marrón, idéntica a la que estaba en la casona de doña Rebeca. La tarántula la miraba, estaban frente a frente a un metro de distancia. Yerka les tenía pavor a los arácnidos. Se quedó inmovilizada al igual que la araña en un silencio agreste, mirándose fijo. En el momento que Yerka intentó levantarse, la araña tuvo la rapidez de un rayo y saltó sobre ella. Una vez más el grito de horror se oyó, esta vez en el epicentro del bosque.

Después de caminar largos kilómetros en la atmosfera neblinosa y fresca, llegó a casa. Para su suerte el tordillo no se había extraviado, estaba afuera de la caballeriza. Relinchaba a modo de reniego, como protestándole a su dueña. Con la ropa sucia y húmeda, Yerka se desnudó para darle un baño caliente a su cuerpo adolorido. Dejó sumergir sus brazos en la calidez del agua y sintió un ardor repentino en su extremidad izquierda. Tenía una pequeña herida enrojecida cerca de la muñeca que comenzó a picarle en cuanto supo de su existencia. En cuestión de minutos el área comenzó a inflamarse y una pesadez en los parpados le daba aviso que la febrícula iniciaba su tramo.

Se mantuvo en cama el día entero humedeciendo las sabanas y temblando por los escalofríos. Su semblanza era la de una moribunda. No existían fuerzas para levantarse, siquiera para ir al baño. No tuvo otra opción que aguantar en la cama con la esperanza de ser encontrada. Quizás Fabio notaría su ausencia en la granja. La cama se había convertido en un reservorio de heces y orina que emanaba un hedor vomitivo para cualquiera que presenciara aquella situación inhumana.



Por la ventana se trazaba la caída del atardecer y la figura de una brujita de ojos enormes se posó de pronto. Una lechuza blanca parada sobre los escombros, al lado del corral, no apartaba la mirada de Yerka y a contra luz, esa mirada se profundizaba excavando un terror prematuro en el pecho de la joven. Quería cerrar las cortinas, pero su cuerpo febril apenas respiraba. La ventana quedó descubierta todo el día, hasta que la oscuridad disolvió la figura de aquella lechuza que intimidaba con su presencia.

Por la noche, la fiebre la había volteado. Su cuerpo se retorció en una suerte de calambres extraños. Los miembros inferiores parecían deshuesados y su cuello se inclinaba cada vez más hacia atrás, como si no tuviese vértebras cervicales que anclaran el movimiento. Hacia la medianoche, su morfología había cambiado por completo. Yerka gritaba desde lo más hondo de su ser, pero apenas emitía un sonido vago de sus cuerdas vocales. Un sonido desgarrado producto del dolor que la estaba consumiendo a cuenta gotas.

De los laterales del abdomen comenzaron a abrírseles las carnes y algo como unas patas velludas se asomaron desde la abertura. Esas estructuras espantosas completaron su fase a las dos horas. Cuatro patas peludas y asquerosas a cada lado. Sus ojos se enrojecieron como la luna de sangre, pero el dolor no acabó. Cuatro ojos más nacieron, completamente rojos. Los ocelos tenían una mirada salvaje y parpadeaban a destiempo intentando dilucidar el ambiente oscuro. El cuerpo de Yerka se colonizó de vellos marrones dejando oculto sus pechos y pubis y eliminando para siempre su rostro de mujer.

En el nacimiento de la mañana siguiente, el arácnido había consumado la metamorfosis. La habitación estaba tejida por miles de redes blancas e insectos adosados a ellas, inclusive otras arañas más pequeñas. La transformación de Yerka estaba dormitando en el momento que por la puerta ingresó doña Rebeca, con una sonrisa maquiavélica dibujada en su rostro elástico. El sacrificio había sido satisfactorio, el cuerpo de Yerka ya no tenía lugar en la tierra y la mujer de cabellera blanca, una vez más, prolongaba su existencia unos doscientos años. Quizás, el inocente cuerpo de la joven, fuese la última ofrenda que Rebeca otorgaría al señor del fuego y quizás, la última vez que su espectro de lechuza mendigue por los alrededores de quienes han sido blanco de su fuente de vida; las jóvenes y tersas víctimas de la araña de las espinas. Aquellas mujeres cercadas por las vestiduras peludas y las paredes de vidrio.

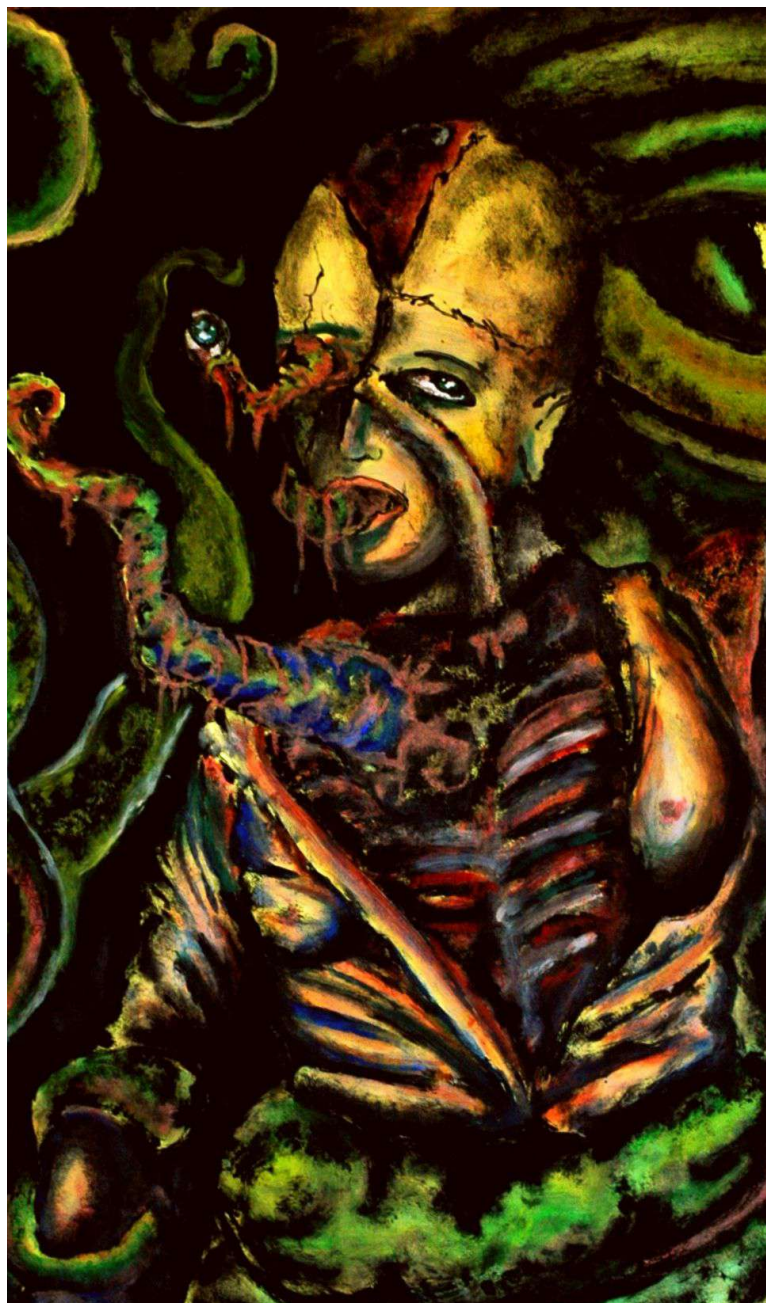


ILUSTRACIÓN:
ISRAEL MONTALVO
Metamorfosis
(CDMX, MÉXICO).

ACERCA DEL AUTOR

XIMENA MORENO (Argentina, Catriel, 1992).

Ximena Moreno, vio la luz por primera vez un 4 de octubre de 1992. Ahora con 29 años resido en Catriel, Rio Negro – Argentina, mi pueblo natal. Volví después de estudiar en el hermoso Neuquén mi carrera de instrumentación quirúrgica de la cual acabo de recibir mi título oficial. Actualmente se encuentro trabajando en el rubro gastronómico; un micro emprendimiento de pizzas que ensamblamos junto a un amigo. Este año el aprendizaje continúa de la mano de un curso de auxiliar en criminalística, a modo de introducirme en el área para estudiar en un futuro la licenciatura. Anteriormente cursé la carrera de letras, pero por motivos personales no pude continuar.

Su hobby es la danza; jazz y contemporáneo, entre otras disciplinas en las cuales me he sumergido en el pasado.

Invito a seguirla en su página personal de Instagram: poesías y relatos @letras.noctambulas. También he participado de concursos y convocatorias, de los cuales salí favorecida en tres ocasiones.

TERCER LUGAR EN EL SÉPTIMO NÚMERO DE EL AXIOMA.



ENTREVISTA

EL TERROR SOBRENATURAL DE SANDRA BECERRIL

TERROR A LO MEXICANO

**Desde entes sobrenaturales
y criaturas insólitas.
La pluma de la
escritora mexicana
Sandra Becerril nos ingresa
a mundos extraños, con
atmósferas tenebrosas.**



SANDRA BECERRIL:

Escritora de lo sobrenatural

Revista El Axioma tiene el honor de presentar esta interesante entrevista que se le realizó a la fantástica escritora mexicana Sandra Becerril.

Entre las más importantes escritoras del terror en México, actualmente tenemos a la interesante y vanguardista Sandra Becerril. Quien mediante sus diversas novelas, ha fascinado a lectores tanto jóvenes y adultos, y hasta ha participado en diversos festivales a lo largo de Latinoamérica y Estados Unidos, tanto por su calidad literaria, hasta por su trabajo como guionista. Aquí te detallamos parte de su carrera.

Ella es miembro de la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas, escritora y guionista mexicana, nominada al Ariel 2015 y 2020 por Mejor Guion Adaptado, Doctor Honoris Causa por el Congreso Iberoamericano de la Educación en Perú.

34 de sus novelas han sido publicadas en las editoriales internacionales más importantes y traducidas a diez idiomas, así como adaptadas para largometrajes exhibidos en varios países.

Tiene en su haber 45 producciones de guiones de su autoría, entre películas y series, que han ganado diversos premios alrededor del mundo, entre las más reconocidos están “Nightmare Cinema”, “Santiago apóstol”, “Desde tu infierno” y “El departamento”. Especializada en los géneros terror y thriller ha dirigido cuatro largometrajes y seis series televisivas con gran éxito.



Sandra Becerril ha sido jurado en 72 de los festivales más reconocidos de cine y literatura. Es la primera mexicana en escribir para los maestros del terror de Hollywood. imdb.me/sandrabecerril

¿Cómo fue su inicio en la escritura?

SB: La lectura fue fundamental en mi formación. Mi papá solía prestarme todo tipo de libros que tenía en su biblioteca y así descubrí desde Carlos Fuentes hasta Agatha Christie. Leer se convirtió en mi obsesión y mi premio, cuando cada fin de semana mis papás me llevaban a la librería a escoger algún ejemplar. Los escritores eran mis superhéroes.

Comencé a escribir historias para mis hermanos menores. Siempre me apasionó.

¿Qué autores influenciaron en su forma de escribir y cuáles son sus preferidos a la hora de la lectura?

SB: Richard Matheson con sus historias llenas de atmósfera, sencillas pero llenas de tramas universales.

Me enamoré de “Aura” de Carlos Fuentes, con sus mundos maravillosos y fantásticos, así como tangibles para los mexicanos.

Y Juan Rulfo con sus historias cortas y “Pedro Páramo” que me parece que es la mejor novela mexicana de género que ha sido escrita.



Sandra Becerril nos dice, que hablando de mundos, aunque sea ficticio, no exista, sea parte del pasado o de algo que imaginaste una tarde, debemos lograr que el lector entre y no se quiera salir.

Como escritora del género de Terror. ¿Qué técnicas narrativas usa y qué consejos da para crear atmósferas terroríficas?

SB:Esa podría ser una respuesta muy amplia.

La atmósfera para mí no es un elemento más de descripción en el género. Es un punto clave para adentrarnos en la construcción de las historias. Incluso, trabajarla como si fuera otro personaje básico, con sus texturas, olores, involucrar los cinco sentidos para encaminar al lector a ese mundo que estás creando.

Hablando de mundos, aunque sea ficticio, no exista, sea parte del pasado o de algo que imaginaste una tarde, debemos lograr que el lector entre y no se quiera salir. Y que piense que le puede suceder a él, es decir, construirlo de tal forma que pueda parecer real, tangible.

Porque el máximo grado del terror es lo que podemos creer que es real.

Explico todo sobre las técnicas narrativas y creación de atmósferas en mi nuevo libro "Sin miedo a las palabras".



En la novela "LA VIDA DE LOS MUERTOS", cuento cómo este personaje puede ver a los muertos, pero no a los vivos, tiene frío cuando hace calor, en todos los aspectos siempre va en contra de los demás y eso provoca que el mundo no lo entienda.

¿De qué trata su última novela "La vida de los muertos" y cuál fue su inspiración para hacerla?

SB: Este libro narra la historia de Sebastián, un niño que sufre la ausencia de sus padres y desde que nació ha vivido bajo el cuidado de sus abuelos. Es un niño que se siente incomprendido y lo que más desea es alejarse de la gente que en algún momento lo ha lastimado, asimismo, busca escapar de aquellas palabras y situaciones que han marcado su corazón.

En la novela cuento cómo este personaje puede ver a los muertos, pero no a los vivos, tiene frío cuando hace calor, en todos los aspectos siempre va en contra de los demás y eso provoca que el mundo no lo entienda.

Aunado a esto, Sebastián prefiere cerrar los ojos, viajar lejos de este mundo al que siente que no pertenece y dejarse llevar al escuchar las historias de las únicas voces que su oído soporta, las de los muertos destinados a vagar por siempre en la tierra.

Así ha logrado ver mundos terribles y bellos, tiempos y lugares remotos, túneles e iglesias de tortura, y al llegar al sueño, se ha encontrado a menudo con una hermosa bruja que mueve algo muy profundo en su ser.

Conforme transcurre la historia, ésta se vuelve más terrorífica y de suspenso.

Mi inspiración para escribirla se basa en el sentimiento que todos hemos tenido de no pertenecer a algún lugar, va dedicado a lectores adolescentes que están en ese momento.



Los personajes deben preocuparnos, deben causarnos la sensación de que algo muy malo les va a suceder. Es inevitable. Llega el momento y sufrimos con ellos. ¿Cómo se logra esto? Conociéndolos muy bien, sin que sean completamente buenos o malos, sino con matices, con esa sombra que los hace humanos.

Como maestra mexicana del género, ¿qué consejos puede dar a los nuevos escritores para fortalecer su estilo narrativo?

SB: Los personajes. Sí claro, disfrutamos ver a un montón de adolescentes corriendo delante de un afilado cuchillo y comemos palomitas mientras los degüellan. Más allá de eso, no hay más. Los personajes deben preocuparnos, deben causarnos la sensación de que algo muy malo les va a suceder. Es inevitable. Llega el momento y sufrimos con ellos. ¿Cómo se logra esto? Conociéndolos muy bien, sin que sean completamente buenos o malos, sino con matices, con esa sombra que los hace humanos. Porque en la realidad nadie es completamente bueno ni malo. Tenemos defectos y por tanto los personajes también deben tenerlos. Y tomar pésimas decisiones que los lleven a esa encrucijada.

Piensa en tus propios miedos y escríbelos. Es el momento de exorcizarte con letras. Sin embargo, no todos funcionan al mismo nivel. Hay miedos muy personales y es complicado que otros se identifiquen con ellos. Analiza los propios y piensa cuál es universal, es decir, que lo entiendan aquí, en Estados Unidos, en China. Hay miedos que nos aterran a todos, la soledad, el olvido, la muerte. Y apúntalo, desarróllalo como un tema principal en tu historia. Y escoge sólo uno para que puedas adentrarte en él sin la limitación de tener varios temas superficiales.



Ya que hayas escogido el miedo, déjalo en una frase y que en eso se base tu historia. Una oración que simplifique el alma de tu relato, que contenga el miedo y las consecuencias. Será mucho más sencillo, una columna vertebral que lo sostendrá.

No olvides que no se trata de cuánta sangre salpicas. El terror inolvidable en el cine o la literatura contiene subtramas que lo sostienen, denuncias sociales, soledad, amor, a modo de que, al quitar la capa del género, aún quede una historia que narrar. ¿Cuál es la tuya?

Escribir terror es muy disfrutable. No lo sufras, deja que tus lectores lo hagan por ti. Y escribe, siempre, incluso cuando no estés escribiendo. Observa, mira el mundo con ojos de escritor y todo se te revelará de forma instantánea. De nuevo, platico de todos estos temas que me encantan en “Sin miedo a las palabras”.

¿Cuáles son los libros que ha publicado hasta la fecha y de qué tratan?

SB: En general la mayoría son novelas de personajes que tienen algún conflicto importante que transforma sus vidas. Me he especializado en los géneros de terror, horror y thriller. Las primeras novelas son de fantasía oscura.

Los más importantes, son:

“La Calle de las Brujas” Editorial Justine (México, 2005).

“Para Existir” Editorial Para Todos (Argentina, 2006)

"Sueños de Tinta" (2006). - Minificciones de autores nóveles. Ediciones Shamra

"Palabras sin Piel" (2007). - Textos eróticos. Ediciones Shamra

"Amor al terror" (2008). - Ensayos de expertos sobre películas de terror. Ediciones Shamra



Algunos de los libros de Sandra Becerril

“A quién estás pensando matar” Editorial Alfaguara / Random House Mondadori (México - España, 2015)

“Desde tu infierno” Sediento ediciones. (México-España, 2016) ADAPTADA A LARGOMETRAJE ESTRENADO EN SALAS EN AÑO 2019, Nominada al Ariel.

“Valle de fuego” Ediciones B / Random House Mondadori (México, 2017)

“Antes de mí, después” La palabra Escrita (México, 2019)

“La soledad de los pájaros” Editorial Cazador (España, 2021)

“La vida de los muertos” Editorial de otro Tipo (México, 2022) Primera edición agotada en dos semanas, segunda agotada en un mes, tercera edición a la venta.

“Incubi” (Italia, 2022) Traducción al italiano. Editorial Independent Legions.

“Sin miedo a las palabras” Ensayos para escritores. Editorial de Otro Tipo. México 2022.

“La soledad de los pájaros”. Editorial Beek Originals, audiolibro (México 2020)

“Desde tu infierno” Versión E-book. Editorial La Palabra Escrita (México, 2020)

“El silencio de todos los muertos” Editorial Otro Tipo (México, 2020) NOVELA GANADORA DE CERTAMEN “SE BUSCA ESCRITOR”; finalista en el “80 Screams International Film Festival” (Estados Unidos, 2021)

“Cementerio de Vidas” Ediciones Camelot (España, 2022)

“Nightmares” Editorial Gauntlet Press (Estados Unidos – Inglaterra, 2021)

“#Love 4ever” Serie interactiva publicada por Pathbooks-Live your own history (México – Estados Unidos, 2021)

“La soledad de los pájaros” Editorial Cazador (España, 2021)

“La vida de los muertos” Editorial de otro Tipo (México, 2022) Primera edición agotada en dos semanas, segunda agotada en un mes, tercera edición a la venta.

“Incubi” (Italia, 2022) Traducción al italiano. Editorial Independent Legions.

“Sin miedo a las palabras” Ensayos para escritores. Editorial de Otro Tipo. México 2022.



Como guionista mexicana. ¿Cuál ha sido su experiencia en el cine y en la actividad filmográfica?

SB: El cine es otra manera maravillosa de narrar historias.

Ha sido un esfuerzo constante, trabajar todo el tiempo, no dejarme caer cuando los proyectos no salen y aprender cada vez más de los que sí se han realizado. El cine ha llevado mis historias por el mundo y a públicos que jamás imaginé.

¿Qué proyectos tiene a futuro y dónde podemos encontrar sus talleres activos?

SB: Ahora mismo estoy con el lanzamiento de mi nuevo libro “Sin miedo a las palabras”, editado por Editorial de Otro Tipo. Es mi primer libro de ensayos con consejos para escritores que quieran desarrollar mejor sus historias. No es un manual de escritura, la intención es que los inspire y les ayude en su camino. Está a la venta en la página de la editorial.

En enero comienza un taller titulado “Multimedia Writing”, que imparto con Henry Bedwell para la escuela de trespiesalgato.com en España, pero al ser en línea cualquiera puede inscribirse. Son clases muy interesantes porque de una sola idea mostramos cómo escribir la base de una novela, un guion y una serie. Las inscripciones están abiertas.

Y, finalmente, el miércoles 23 de noviembre impartiré una clase en la plataforma Scribook (también en España, pero en línea para el mundo), llamada “Atmósferas que impactan”, para todos aquellos que quieran mejorar las atmósferas en todo tipo de historias. Pueden inscribirse en la plataforma y, de regalo para los lectores de Axioma, pueden usar el código “Sandra Becerril” para un descuento.

REDES SOCIALES

En Twitter y en Instagram estoy como Escritora Serial y en Facebook como sandrabecerrilescritora





APARICIÓN

Karla Arroyo
MÉXICO

Aquél cuerpo flotaba en la convergencia de dos planos; el material y al que solo tiene acceso el alma. El aire a su alrededor era denso, como si estuviera suspendido en una clase de gelatina que se extendía hasta el techo, el organismo intentaba regresar a la superficie, elevada por encima de la cabeza de Nancy, quien le observaba tratando de mantenerse lúcida.

Aquellos brazos aleteaban trabajosamente por detrás de los hombros, el cuello colgaba hacia atrás, parecía prendido de un arnés sobre el pecho. Los pies, dirigidos hacia el suelo con notable rigidez, como si fuera una estatua fija al piso por los primeros dedos, los demás estaban alternados hacia adelante y hacia atrás. Tenía los ojos cerrados, se guiaba hacia ella por medio de un zumbido hipnótico que subía de intensidad hasta parecer el ruido de un motor que funcionaba a marcha forzada y que podía estallar en cualquier momento.

Nancy comenzó a castañear los dientes en una mezcla de frío y miedo, ante la brisa repentina que sentía como si abriera la puerta de un congelador y al vaho evanescente que escapaba de la aparición.

Temía que aquello pudiera levantar los párpados y mostrar la mirada lechosa que tienen los muertos... la cual no podía sacar de su memoria; lo mismo le aterraba la posibilidad de ver las cuencas vacías de infinita negrura o, por el contrario, ojos desorbitados a punto de saltar. El ente extendió la tiesa mano dirigiéndola atrás de sí, en un movimiento súbito que le hizo tambalear. Le daba la impresión de que en cualquier momento se dejaría caer encima de ella. La otra mano, con los dedos doblados hacia arriba, apuntaba al rostro de Nancy con un índice retorcido; no sabía por qué, pero algo en ese ser le era conocido, ¿eran escamas lo que dejaba a su paso?

Un agudo dolor figuraba en sus propias entrañas, como si ella fuera una extensión del espectro y éste se quejara por ella.



Intentó cerrar los ojos, pero no pudo, en vez, todo desapareció un breve instante, como si fuera el mundo el que parpadeara, fue el tiempo suficiente para dar un respiro hondo y oír la exhalación, tras el último microgramo de aire expulsado, el ser reapareció acercándose más, al grado de poder distinguir en su piel de mármol, las venas negras con alimañas palpitando debajo; hambrientas, feroces. El ente dejó escapar un lamento mostrando sus diminutos colmillos, emitiendo aquél tufo que tienen las cosas abandonadas en podredumbre. Un segundo y prolongado gemido hizo perder el equilibrio a Nancy, pues de él, manaba un olor a animal muerto que le impedía respirar. Ella apretó la nariz para liberarse de aquella peste y al no poder contenerse más, abrió la boca desesperada; justo en ese momento, aquello lanzó un grito desgarrador, proyectando gotas negras que fueron a caer a sus labios y ardían como agujas incandescentes. Sus piernas terminaron dándose por vencidas, el corazón se le aceleró hasta sincronizarse con el ritmo de fondo. Cayó en seco, la aparición llegó hasta donde estaba tendida. Sus dedos en forma de cuchara imitaron una caricia en su rostro, como quien tiene ante sí el objeto de sus deseos. Los huesos crujían como si intentaran acomodarse por sí solos. Tenía un gorgoreo como respiración, que ejercía un extraño sopor. De repente, los párpados grises se levantaron y de aquellas pozas abismales salió un destello que después de cegarla, le haría perder el conocimiento.

A través de los días, la misma visión llegaba a Nancy, anunciándose con una parálisis que terminaba en estado catatónico. El diagnóstico clínico era ansiedad patológica, pero se engañaba al ignorar el tratamiento porque según ella, era como recibir palmaditas en el hombro.



Entonces prefería abrazarse a su propia soledad, había aprendido de ella y ésta la había forjado.

Era motivo de angustia el simple hecho de salir del edificio, creía que todo tipo de tragedia le esperaba afuera, pero tenía que solventar sus gastos, así que no tenía opción, debía tragarse el miedo de vez en cuando. Nancy prefería llevarse el trabajo a casa, logró un acuerdo en el que, a cambio de no presentarse diario, debía cumplir con horas extras sin remuneración.

En el encierro, solía repasar intrincados laberintos dibujados en las paredes; se imaginaba recorrerlos lentamente hasta lograr la calma, era un tapiz que actualizaba por las noches, con pasillos interconectados entre sí y solo lograba dormir, al perderse en su infinitud.

La oficina donde iba a trabajar, dos veces por semana, quedaba a varias cuadras de su departamento y podía llegar caminando si se anticipaba, para esto llevaba una mochila con un cambio de ropa y una botella extra con agua.

En su andar por las calles del centro de Cuernavaca, cambiaba de acera cada determinados metros, se detenía un momento y volteaba constantemente hacia atrás para cerciorarse de que nadie siguiera sus pasos.

Mantenía el móvil guardado, prefería silenciarlo porque quería estar alerta, ya que su última relación la había hecho muy insegura. Nancy usaba prendas lo suficientemente grandes para perderse en ellas y evitaba salir de noche.



Lo único que le daba felicidad, era la compañía de sus dos criaturas, a quienes encontró apenas un año atrás, dentro de un costal abandonado cerca de su edificio, una tarde de cielo negro. Al llegar a casa, no tuvo que esconderlas de su pareja, porque ya no estaba; las bañó meticulosamente pues emitían un olor putrefacto, después las retuvo en brazos y ellas parecieron vibrar en agradecimiento, fue el abrazo reconfortante que anhelaba.

El acercamiento con esos seres que requerían ser alimentados le hicieron sentirse útil. Se encariñó desde el primer momento, le miraban compadecidos con esa hilera de ojos amarillentos; vivían en perfecta simbiosis, ella les dotaba de su dolor y a cambio le retribuían con cariño, arropándola con sus alas. Cada mañana esperaba que reptaran hacia su regazo; parecían quererla sin importar quién era, y tenían la capacidad de consolarla cuando terminaba inconsciente ante los episodios de la aparición del cuerpo que flota.

Durante años, su ex pareja, le hizo creer que estaba demente, la aisló de las personas que le fueron importantes alguna vez, hasta que llegó el punto en que Nancy no pudo salirse del papel que le impuso. Pero la tarde que llegaron las criaturas, coincidió con su partida. Las visiones del ente, comenzaron al poco tiempo que se marchó definitivamente, sin avisar.

Las criaturas eran lo primero que ella veía al volver en sí, parecían saber, cuando estaba más vulnerable y le hacían arrumacos, su piel cambiaba de morado a turquesa creando un efecto visual que la tranquilizaba; se tiraban de panza y ella les acicalaba las escamas tornasol, hasta que con un ligero mordisco, le hacían saber que era suficiente amor por el momento.



Sus pequeños colmillos dejaban unas marcas, que le recordaban los “relojes” que le hacía su madre cuando era niña; Nancy le pedía que le diera una mordidita arriba de la muñeca, dejando apenas la forma de sus dientes, en un óvalo que imaginaba como carátula de reloj de pulso. Habría deseado que fuera un tatuaje, como recordatorio de alguien que la amó.

Una mañana que se alistaba para ir a trabajar, se dio cuenta que no estaban las llaves colgadas en el clavo de la entrada. Revisó su mochila, en sus bolsillos y no las encontró. Las criaturas, salieron de la recámara para despedirla; amaba el sonido de sus garras resbalando por el piso, los palmeó por el lomo y les preguntó si podían ver sus llaves tiradas en algún lado, éstas dirigieron sus miradas una a la otra y respondieron con un siseo.

Nancy no recordaba cómo había entrado el día anterior, su rutina era abrir las tres chapas de seguridad y una vez adentro, colgar las llaves. Trató de hacer memoria, ¿había utilizado las llaves o solo empujó la puerta en un acto mecánico? Comenzó a sofocarse, la idea de que su ex hubiera forzado la entrada y pudiera estar merodeando, le daba náuseas. Abrió la puerta y vio las llaves pegadas del otro lado, recriminándose, echó una mirada a la calle para ver si alguien se había dado cuenta de su descuido.

Cerró de un golpe y pasó las llaves a los cerrojos, esta vez se aseguraría de dejarlas en su lugar.

Se desvaneció recargada en la puerta, como si se derritiera y comenzó a perder consciencia, escuchó el ruido inconfundible que aumentaba gradualmente de volumen, anunciando que el ente se le aparecería.

Se vio inmersa en el laberinto de las paredes, pero no hubo calma esta vez. Alcanzó a ver de reojo a las criaturas volando hacia un rincón oscuro. Justo cuando ella perdía consciencia, los seres se fusionaron en un abrazo de membranas que crecía en un medio gelatinoso, convirtiéndose en aquél cuerpo que flotaba, en la convergencia de dos planos; el material y al que solo tiene acceso el alma.



Ilustración:
"Ojo en la espalda"
REBECA ORNELA
(Tabasco, México).

ACERCA DEL AUTOR

KARLA ARROYO (Cuernavaca, Morelos, México).

Karla Arroyo (Ciudad de México) actualmente radica en Cuernavaca, Morelos.

A través de talleres y cursos de escritura, ha publicado textos en antologías y revistas independientes: Osadía (2015), Los dueños de nada (2018), Antología de Mujeres Latinas (2018), Un legado de Amor (2019), Un siglo de ausencia (2019), Mujer: Alma, corazón y poesía (2020), Penumbria “Gótica”, “Pandémica” (2020), “Amorosa” (2021), El inicio o el fin del mundo (Especulativas 2021), Cuentos utópicos hacia el amor radical (Especulativas 2021), Amarres de amor propio (Acuarela humanística 2021), Minificción (Fóbica Fest 2022), Penumbria Distópica (2022), Especulativas, Erotismo y Metamorfosis (2022).

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



LOS FRUTOS DE LA DRIADA

Eric Michel Villavicencio
CUBA

La dríada se acerca al huerto, lo sé. Siento cómo el árbol se estremece de placer, y con él yo también comienzo a temblar. Todos lo hacemos.

Como todos los días, revisa cada uno de los frutos y recoge aquellos que ya están lo suficientemente maduros. Los separa del árbol, dejando solo la cabeza enganchada a las ramas, para que provea también de alimento a la planta, y se lleva el resto, no sé a dónde. Lo descubriré cuando me llegue la hora.

Se acerca al primero en su recorrido; un anciano con la barba marchita. Creo recordar a ese hombre, fue de los primeros en desaparecer. Había ido a recolectar frutas al bosque. Al final, la más dulce de las frutas lo cazó, lo colgó aquí y se alimentó de él.

Sigue vivo, que es más de lo que puedo decir de los muchos otros que vinieron tras él. La criatura se aficionó a la sangre, y no nos quedó más remedio que cazarla, o intentarlo.

Fallamos, obviamente. Ahora somos la comida; su cultivo mimado, su comida predilecta.

Con una pequeña navaja hace una ligera incisión en la piel. La sangre mana, todavía no está listo. Deja que el líquido rojo llegue al suelo y nutra las raíces del árbol, para que crezca sano y fuerte.

Así, uno a la vez, prueba cada fruto, buscando el espécimen maduro para llevárselo a casa, y devorarlo. A veces, no todo el cuerpo ha madurado, así que corta la parte que ya está lista, y deja el resto colgando del árbol. Algunos de nosotros no tenemos brazos o piernas, a otros, solo les queda medio torso; esos ya no gritan cuando la dríada prueba su carne con la hoja afilada.

Yo tampoco grito. Llevo tanto tiempo aquí que he llegado a desearlo con todas mis fuerzas; con las que me quedan: que por fin sea mi turno y me lleve lejos y me devore. Lo prefiero antes que permanecer por siempre atado a este árbol, con las ramas atravesándome el cuello y los hombros, succionando mi vida, y secando mi sangre.



Pero no hay nada que pueda hacer para acelerar dicho proceso. Solo me queda esperar, esperar y sufrir la lenta transformación en un caparazón de carne, hueco, listo para ser consumido.

La dríada se coloca frente a mí. Me observa fijamente, nuestras miradas se cruzan, pero dudo que pueda advertir algo en mis ojos muertos. Extrae la navaja de su funda, y con un tajo certero, hace una incisión en la planta de mi pie derecho; el pie que me queda.

Siento el pinchazo, y luego un escozor, que no es insoportable, sin embargo. La sangre se filtra por la herida, y gotea, lenta y constante, hasta la tierra. Tendré otro día más de vida; de esta... espera infernal.

No se inmuta ante el fracaso de la prueba. Escudriño su rostro: una piel falsa, fabricada con ramas y raíces muy finas, le provee de una expresión apacible, vacía, como si no pensara nunca en nada. Sin embargo, ver ese rostro solo me infunde tristeza, no ya temor, ni desesperación. Es muy tarde para eso.

Este es el día a día de la dríada; y el de nosotros, los frutos, los prisioneros del árbol, condenados a madurar y ser devorados. Me sorprende aún la capacidad de los humanos para adaptarse, incluso a esto. Los más viejos, como yo, apenas cambian sus expresiones cuando les llega el turno, y ya sean elegidos para el sacrificio o se decida que vivirán un día más, no se vislumbra en ellos nada más que el dolor de los cortes en la piel, e incluso eso ha desaparecido ya casi por completo.

Se coloca la dríada frente a otro de los frutos, una que lleva mucho menos tiempo aquí. Puedo notarlo en su rostro, desesperado, compungido y seco.



Últimamente las nuevos maduran muy rápido. Quizás sea el miedo, que acelera el proceso. Nosotros los viejos, muchos estamos todavía más enteros y vivos que esos recién llegados. Pero a ella no le importa cuánto demore.

Con la hoja aún manchada de mí, realiza un corte en la pierna del que cuelga, justo sobre la rodilla. Un grito azaroso, varios gemidos como reflejo, pero no hay sangre. No brota nada de la herida, ni una gota.

El prisionero no entiende lo que esto significa, pero el resto ya sabemos lo que le depara, y nadie se sorprende cuando la dríada corta de nuevo su piel, esta vez en la otra pierna, y advierte que tampoco mana el líquido rojo.

Después de esto, las cortaduras se suceden una tras otra, cada una acompañada por los gritos y estupores de la víctima. De abajo arriba, corta sus muslos, su abdomen, su pecho, y finalmente hace una incisión en la piel de su garganta, no muy profunda, pero tampoco mana la sangre.

Está condenado, pero su rostro apenas vislumbra dolor. A veces la ignorancia es buena. Solo grita, solloza, reza en alta voz, esperando que algún dios que no conozco le ayude. Si esa deidad quiere ayudarlo de verdad, entonces le provocará un desmayo de inmediato, para que no sufra lo que está por venir.

Por supuesto, no ocurre nada. Ninguna alucinación con rostro brillante y palabras bondadosas lo va a salvar; ni a él, ni a nadie. La dríada es el verdadero dios de esta tierra; uno vengativo y hambriento. Somos el sacrificio.



Con algo de suerte, nuestras mujeres e hijos habrán escapado a tiempo, al advertir que ninguno de los exploradores y cazadores regresó de la travesía. Ella sabrá cuidarse, lo sé; no me preocupa realmente. Solo deseo terminar con todo de una vez.

La dríada se dispone a arrancar el fruto de la rama. Algunos prisioneros cierran los ojos. Podrán estar acostumbrados, pero aún les aterra lo que está a punto de ocurrir. Temen ser ellos algún día, los que sean cortados por la dríada, y no por la daga.

Yo, no.

Mantengo la mirada fija, quiero verlo. Un hombre no debe huir nunca, sino enfrentarse a sus demonios por sí mismo. Esta criatura es el mío; tuve miedo al principio, no solo manó mi sangre aquellas primeras veces y nunca me perdonaré por abandonarme al terror y al desmayo. Por eso, ahora debo verlo, debo soportarlo. Si no lo hago, ¿quién recordará a esos pobres diablos que mueren entre los brazos de la dríada, asfixiados, y son devorados? No queda nada de ellos, excepto sus últimos momentos, guardados en el reflejo de mis ojos.

¿Quién me recordará a mí?

La criatura extiende sus extremidades, envuelve los brazos de raíces, que parecen débiles como algas, alrededor del cuello del hombre, y lentamente comienza a apretar. Al principio pareciera que nada ocurre, pero en poco tiempo se ve como las ramas han comenzado a constreñir su garganta, que ahora se advierte más delgada.

El hombre lucha, solo un poco.



Remueve los brazos de forma infructuosa durante algunos segundos, pero enseguida se queda sin fuerzas, y los deja caer, como si hubiera perdido la capacidad de controlarlos.

Su cabeza se pone roja, y los ojos luchan por escapar de las cuencas. Ha dejado de forcejear, y de su boca se escapa un hilo de saliva. Luego, una palidez cubre todo su cuerpo. La dríada aprieta más, y jala el tórax hacia abajo.

De inmediato, el tronco se desprende del cuello, y en el árbol queda solo la cabeza colgando, como tantas otras, más viejas y demacradas, con los ojos bien abiertos y una expresión de terror.

El resto, como si le hubiesen cortado los hilos a una marioneta, se desploma en el suelo, y se sacude un par de veces en acto reflejo. La dríada se apresura a recogerlo, antes de que las raíces, que ya comienzan a extenderse sobre su piel, lo succionen por completo. Tras un corto forcejeo, no tiene más remedio que cortar una de sus piernas y dejarla para consumo del árbol. Recoge el resto, lo envuelve con sus brazos y lo arrastra en su camino de regreso.

Comienza a alejarse. Por hoy, la pesadilla termina.

¿O quizás la verdadera pesadilla es la espera?

De los frutos que quedamos en el árbol, algunos suspiran, aliviados, otros se alegran, y una pequeña parte, en la que me incluyo, se muestran indolentes. Ellos todavía piensan que hay esperanza, aún celebran esta tortura y tienen fuerzas para dedicarse unas palabras de aliento. Pero yo lo sé: no hay una salvación real, ni una salida de este lugar, además de la muerte. De nada sirve esperar por un milagro.

Otro día más, es solo retrasar lo inevitable.

La dríada se ha ido, a consumir su fruto maduro, o a recoger otros frutos vagabundos y advenedizos en las cercanías, que ocuparán las vacantes en las ramas del árbol, como las ocupamos nosotros en su momento. Intentamos cazarla, y nos convertimos en su comida.

Esos recuerdos han quedado atrás, difusos, perdidos. Hace demasiado tiempo... No sé. No importa. A mí, y al resto, solo nos queda esperar, un día, o una semana, o un mes más, hasta que todo termine. Y será mejor.



**Ilustración:
Fruto mutante
(IA DREAM WOTO)**

ACERCA DEL AUTOR

ERIC MICHEL VILLAVICENCIO (CUBA, 2000).

Eric Michel Villavicencio Reyes. Nacido en el año 2000. Natural de Las Tunas. Estudiante de Ingeniería Informática en la Universidad de Las Tunas. Han aparecido cuentos suyos en internet y en ezines de factura nacional, como Ariete y Qubit.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva

EN LAS ENTRAÑAS DEL MONSTRUO

Ajedsus Balcázar Padilla

"Entre los bosques y ciudades abandonadas tras la catástrofe, se esconden bestias escalofriantes. Hombres que se convierten en animales y brujas que se vuelven bolas de fuego. Algunos surcan los cielos nocturnos y otras bajan de las montañas a cazar humanos. Otros simplemente secuestran a pobres ilusos a dimensiones paganas, llenas de peligros y terrores. Los monstruos reptan desde cualquier ruina posthumana, desde cualquier vestigio antiquísimo, los monstruos yacen dentro de ti o de mí."

La creencia de los monstruos y criaturas extrañas pueden remontarse desde la antigüedad. Muchos podemos recordar al Minotauro, las quimeras, a Medusa, el temible Kraken y hasta los Nefilims. Dentro del folclor europeo, encontramos a los trolls, las gárgolas, el Centauro, los gólems, elfos y como teriomorfo al temible Hombre Lobo.

Y ya entrando en territorio Latinoamericano, nos encontramos con el Ahuizolt, el Chupacabras, el Cadejo y hasta los terribles Nahuales; terribles brujos con la capacidad de transformarse en animales o fenómenos meteorológicos, una de las entidades teriomórficas más interesantes de la época prehispánica y que hasta hoy en día se preservan sus leyendas.

En cualquier parte del mundo se hallan mitos que nos describen a este tipo de monstruosidades y mucho más al ingresar a los diversos mundos de la literatura. Desde clásicos como "La Metamorfosis" de Kafka hasta los mundos ocultos y mutantes de China Miéville.



Dentro de los mundos de ficción que nos entregaron grandes autores del terror y horror, nos dieron a conocer una amplia gama de monstruosidades. Podemos mencionar algunas como los inquietantes "Profundos"; seres mitad pez y mitad humano que fueron dadas a conocer en la célebre novela corta de H.P Lovecraft titulada "La sombra sobre Innsmouth", los cuales habitan ocultos en el inhóspito pueblo. También podríamos mencionar al terrible espíritu monstruoso del "El Wendigo" descrito en la novela de Algernon Blackwood, donde éstas criaturas se describen como gigantes, muchas veces más grandes que un hombre, característica ausente en mitos de otros pueblos algonquinos. Cuando un wendigo devora completamente a una persona, su estatura crecerá proporcionalmente a la carne que ha consumido, por lo que nunca se verá satisfecho.

Y si vamos a un escalón más caótico, se puede mencionar al bestiario mutante que aparece en la novela "La Niebla" obra de el novel escritor Stephen King, en donde una sorpresiva bruma llega a esconder distintos monstruos, unos más aterradores que otros, absorbiendo a una localidad en un peligro latente ante la aparición de éstas criaturas que bien podrían ser de otra dimensión, tal como el gigantesco Behemoth, que también aparece en el filme.



Otro de los ejemplos de monstruos mutantes y en mundos extraños, está el caso del relato de "El jardín de Adompha", del escritor norteamericano Clark Asthon Smith, texto que incluye una amplia gama de criaturas quiméricas dentro de lo que conforma el jardín secreto del rey de Adompha, creado por el mago Dwerulas. Quien mediante artimañas tanto mágicas y sacadas de una biotecnología morbida, existirán raíces voraces que se alimentan de una multitud de cadáveres y extremidades; incluidas las cabezas de eunucos, las orejas de los guardias, corazones anónimos y torsos y ojos aun parpadeantes injertados en las propias plantas.



Aquí podríamos mencionar uno de los factores importante en esta nueva gama de criaturas, pues la recombinación de factores morfológicos dentro de la biología es notable al utilizar este tipo de seres, que más allá de lo terroríficos que son, tienen una configuración dentro de la naturaleza, dando a conocer emociones como el miedo ante organismos de difícil comprensión.

En donde según H.P. Lovecraft, «la emoción más antigua y más fuerte de la humanidad es el miedo, y el tipo más antiguo y más fuerte de miedo es el miedo a lo desconocido».

EL MIEDO A LO DESCONOCIDO

Según Gerardo Fernández y José Manuel Pedrosa, en el artículo "Antropologías del miedo"; el miedo es, seguramente, inseparable de la experiencia de lo desconocido y, por tanto, de la necesidad de conocer, del ansia de adquirir cultura. Ligado a lo no conocido que habita dentro de nosotros, o a lo no conocido que acecha fuera, tras los rostros y las sombras que vemos, que entrevemos o que intentamos escrutar en derredor nuestro, nuestro miedo nos vincula, sin duda, al miedo que en determinadas circunstancias (de peligro, de acoso) pueden llegar a sentir los animales (puesto que especie animal al fin y al cabo somos); pero también adquiere, entre los seres humanos, dimensiones y matices mucho más amplios, intensos y dramáticos que los del simple miedo animal: porque los miedos humanos echan fuertes raíces en la memoria, se expanden y ramifican al ritmo exuberante de la voz que crea y transmite el rumor, se tiñen de los estrafalarios colores del arte; hasta se mezclan, en ocasiones, con el extraño caudal del amor.

Esto es importante dentro de las historias de terror y horror, pues un ingrediente esencial para darle profundidad a los personajes es la implementación de este sentimiento tan primitivo como esencial para escapar del peligro. Pues en este género, la atmósfera y las emociones son tan cruciales para la narración como los personajes y la trama. El humano miedo se diferencia, en fin, del miedo animal en que, a veces, busca analizarse a sí mismo, descender a lo más hondo de sus criptas oscuras, explorar su atormentada memoria, tentar hasta dónde llegan sus fronteras.

DE UNA PERSPECTIVA SOCIO-FILOSÓFICA DEL MONSTRUO

Dentro de la literatura podemos encontrar contrastes socio-filosóficos de la concepción del termino "Monstruo", podemos mencionar al cuento "El Huésped" de la escritora mexicana Amparo Dávila, en donde mediante esta criatura extraña, tipo primitiva como el chimpancé, y agresiva como lo son algunas relaciones personales, nos relata este acercamiento al terror doméstico, que si bien, sin tomar en cuenta a este ser oculto en el sótano, podría referirse al maltrato doméstico expresado por el esposo de la protagonista. También podemos hacer la tan desgastada referencia del racismo que tenía Lovecraft y que recurrentemente demostraba en algunos de sus relatos, al hablar de tribus de seres y comportamientos hostiles. Existe una manera de exponer una denuncia social implícita dentro de cierto tipos de cuentos de terror, y más al describir a éstos monstruos arraigados a lo peor de la naturaleza humana.

Aquí el autor Maynor Antonio Mora, dentro del artículo "Los Monstruos y la Alteridad" nos dice que: dentro de estas ecologías míticas, lo monstruoso deriva de lo desconocido, del caos representado por el mundo exterior. En segundo lugar, deriva, como sanción social de la diferencia y, ante todo, de la ruptura del orden social / mítico. En ambos casos, el monstruo es fundante, al igual que el héroe mítico (fundador originario que se enfrentó a los enemigos, a las potencias negativas, salvando la comunidad o renovando su continuidad).

Héroe y monstruo devienen antagonistas éticos en un mismo acto (percibido en un tiempo pretérito o actualizado como pa-sado activo), unidos en y por la estructura de la “ecología mítica”.

Mora nos explica que: en las sociedades modernas complejas, las teogonías sufren procesos de desintegración y reintegración, consecuencia de la diferenciación y complejización de las funciones sociales.

Frente a esta nueva condición social, los héroes y monstruos persisten como simulacros de antiguas restauraciones, héroes y monstruos enfrentados en infinitas batallas dentro de los canales mitológicos abiertos. Batallas que, no obstante, tienen más víctimas que nunca en la historia humana. En nuestras sociedades, los mitos remiten a imágenes. Amador supone que, tras todas las formas de conocimiento, subsisten “unidades elementales”, que él denomina “imágenes mentales” (Amador, 1999: 62-63), las cuales pueden “traducirse en una infinidad de lenguajes pertenecientes a las diversas formaciones discursivas” y sirven como “la estructura explicativa básica de la realidad”.



LA MITOLOGÍA DE LO MONSTRUOSO

Antiguos mitos de monstruos fueron heredados por la antigüedad occidental al “bestiario” moderno contemporáneo. Monstruos de todos los tipos, más aquellos mitos importados de Oriente y África, viajaron en el tiempo y el espacio, para insertarse en la teogonía occidental moderna, constituyendo una teogonía compleja a la vez que feroz y detractora de la alteridad. Como veremos más adelante, esta estructura mitológica se enriqueció con los aportes de la ciencia, la literatura y el cine.

En algunos casos, los monstruos constituyen meras herencias reconstruidas en el imaginario moderno. Otros son productos del todo novedosos de la cultura occidental, por lo que no pudieron haber surgido bajo otras condiciones históricas. Nuestra cultura es profundamente mítica y, como una obra barroca, recargada en exceso de criaturas monstruosas y espíritus inseguros.

Es necesario resaltar tres hechos significativos relativos al papel de mito antiguo en la construcción del “monstruo moderno”.

Es necesario resaltar tres hechos significativos relativos al papel de mito antiguo en la construcción del “monstruo moderno”.



DEL MITO ANTIGUO AL MONSTRUO MODERNO

Maynor nos recalca que existen tres factores dentro de la evolución de los mitos antiguos a la actual concepción del monstruo, en donde es importante tener en cuenta para conocer el rumbo que tomaría en el futuro y frente a lo que sería las corrientes Weird y New Weird; subgéneros literarios que retomarían una base antigua para proporcionar nuevas estéticas de lo monstruoso.

Primero, la fuerte tradición de las herencias griega y romana, la cual será retomada en el Renacimiento y, de ahí en adelante, impactará el desarrollo de la teogonía moderna, así como de los fuertes componentes cristianos desarrollados durante la Edad Media, centrados en la figura del monstruo capital: el demonio, y en sus diversos ayudantes y servidores.

Segundo, el lento cambio de una teogonía del monstruo de naturaleza holística (“ecología mítica”), hacia la configuración de monstruos específicos e individualizados, y de cada vez más sistemáticos intentos de ubicación y recopilación de lo monstruoso, por medio de los denominados “bestiarios” y otros recursos taxonómicos.

Tercero, los procesos de descubrimiento geográfico, los cuales brindarán material fresco de “primera mano” a dichos bestiarios y, muy pronto, a los primeros manuales de zoología descriptiva, aunque todavía en exceso recargados estos por la fantasía, la presencia del monstruo y el fraude.

EL BESTIARIO ANTIGUO

La primera fuente de monstruos míticos renacentistas y pre-modernos, es la teogonía griega. Dentro de esta casi siempre se señala “el origen” del monstruo. Así, la conjunción de la Tierra y Urano (“dioses primigenios”) da origen a los Cíclopes y otros monstruos, que luego son lanzados a las profundidades de la Tierra. Entre los primeros nacimientos tenemos el de Cronos, hijo de Urano, dios-monstruo que “odiaba a su loreciente padre”, al que corta los órganos sexuales, lanzándolos a la Tierra (Hesiodo, 1968), fertilizándola una vez más, hecho que generará otros seres.

La Noche pare a las deidades oscuras: Ker y Thánatos (ambas representan a la Muerte), el Sueño, la Afección, las Parcas, Némesis (la Venganza “celeste” contra la trasgresión), Eris (la Discordia), la Vejez, etcétera. Diversos monstruos surgen de los ayuntamientos de las deidades y de los semidioses: las Harpías, las Gorgonas, entre ellas Medusa, Equidna (mitad ninfa, mitad serpiente, madre, a su vez, de Gerión, Cerbero, Hidra, Quimera, Esinge, y el león de Nemea) . Mientras, Cronos, el padre-tiempo, mata sus hijos conforme nacen, hasta que es detenido y vencido por Zeus, su hijo “mejor dotado”.



Los monstruos griegos son diversos, y se ubican dentro de un gran esquema mítico. Este es el caso de Caribdis y Escila, monstruos referidos por Homero en La Odisea. En las peñas Erráticas, relata Homero, Odiseo (Ulises) se enfrenta a Escila, “que aúlla terriblemente, con voz semejante a la de una perra recién nacida, y es un monstruo perverso a quien nadie se alegrará de ver”, ya que tiene “doce pies, todos deformes, y seis cuellos larguísimos, cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres hileras de abundantes y apretados dientes, llenos de negra muerte”. En las Erráticas, Escila ataca, sin compasión alguna, a los marinos de los barcos que se atreven a ir tan lejos. Quienes escapan de este monstruo, se enfrentan, entonces, a Caribdis, que durante el día sorbe seis veces agua (con todo y barcos) y la escupe después con furia destructora.

En los relatos griegos de marinos, quien sobrevivía a estos seres, caso de Odiseo y Jasón y sus Argonautas, tenía que enfrentarse, antes o después, a otros monstruos similares, ya que los monstruos constituían obstáculos variados y permanentes del periplo, impuestos por el Destino como pruebas morales. Entre esos monstruos, destacan las sirenas y las Gorgonas. “Las sirenas eran ocho hermanas, hijas de Calíope –la llamada reina de las musas por los poetas– y del río Aqueloo”, quienes cantaban con voces hechizantes para atraer a los marinos (cf. Antología de leyendas universales, 1991: 50), y ahogarlos en sus islas e islotes; en este caso, la teogonía crea una visión maligna de lo femenino y la feminidad, muy marcada por cierto en el mito de Pandora como fuente femenina del mal.

Antonimo Mora, nos da mediante este paseo mitológico, el panorama de el bestiario, en donde un monstruo constituye la “exacerbación de la singularidad individual porque detenta la originalidad absoluta: se extingue genéricamente con su propia muerte: cada monstruo es, “fuera de serie” o “único en su género”. Es una excrescencia degenerativa, y un producto de la naturaleza, de otro modo no sería posible provocar variaciones zoomóricas” (García, 2004a), por lo que no podría tener tampoco ningún efecto comunicativo en el sistema mítico.

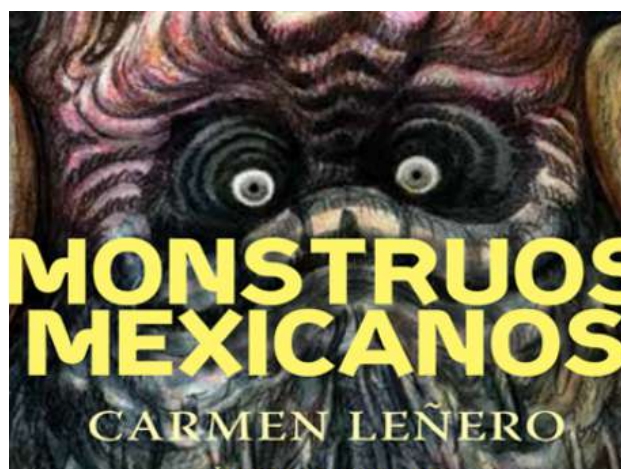
El monstruo está asociado a la idea de “catástrofe”, esto es, a una singularidad relativa a un contexto, a un lugar espacio-temporal. “Katastrophé” significa originariamente inversión del curso consuetudinario de eventos, por tanto irrupción en la norma y transgresión / subversión de la regla”. No obstante esta singularidad, el monstruo premoderno constituye parte de una totalidad dentro de la que cobra sentido: porque está inserto, como se dijo arriba, en la naturaleza, en un lujo permanente de significados atribuido a las cosas del mundo.



EL BESTIARIO PREHISPÁNICO

Hay que mencionar sin duda, la riqueza del bestiario prehispánico con la que tuvieron que enfrentarse los españoles al llegar al México Antiguo. Entre éstos, encontramos a los poderosos Nahuales, brujos con la capacidad de transformarse en algún animal, en fenómenos climatológicos y hasta en energía. Este es uno de los ejemplos más cérteros del Teriomorfismo en Latinoamérica. Pues hay que tener en cuenta que el teriomorfo, es ligado a la teriantropía, la cual es la capacidad mitológica de los seres humanos para metamorfosearse en animales o híbridos mediante el cambio de forma. Un fenómeno que se manifestó en otras latitudes del mundo.

Aquí podemos mencionar el grandioso trabajo que realizó la investigadora Carmen Leñero en su libro "Monstruos Mexicanos", pues nos da una amplia explicación de cada uno de las criaturas, seres y dioses que dominaban a México desde antes de la conquista española. Criaturas que hasta hoy en día, se preservan dentro de leyendas y mitos a lo largo de todo el territorio mexicano, algunos de éstos, tal vez todavía existentes en vida en alguna región del país.



CHOQUE DE CULTURAS

Carmen nos narra, que hace casi quinientos años, los conquistadores españoles llegaron con sus ideas y sus armas para imponerse sobre la gente que vivía en estas tierras. Cada grupo tenía sus ritos y dioses particulares –a menudo representados en la figura de una serpiente alada–, pero todo ello fue aplastado por el monstruo conquistador: un militar montado en su caballo, mitad hombre–mitad bestia, que traía un dios nuevo y disparaba sus arcabuces de pólvora como eructos de dragón. El dragón de fuego venido de Europa luchó, pues, con la serpiente sagrada americana y aparentemente la venció.

Creencias y dioses antiguos tuvieron que refugiarse bajo tierra, vencidos, avergonzados, pero aún vivientes. Como ya nadie creía en ellas, ni tenía permiso de adorarlas, las deidades prehispánicas dejaron de ser “deidades” y se convirtieron en criaturas resentidas y temibles. Sí, más temibles de lo que jamás habían sido, porque ahora debían ocultarse y actuar fuera de la ley. Aunque se trataba de creaturas “irreales”, es decir, nacidas de la imaginación, se volvieron aterradoras para los habitantes nativos, y en especial para los conquistadores cristianos, quienes las consideraron verdaderos monstruos, con su rebeldía feroz, su sed de sangre y de venganza, y sus extraños atributos animales, humanos y espirituales mezclados.



LA CONCEPCIÓN DE LO MONSTRUOSO

Leñero nos explica que, en efecto, una criatura se vuelve “monstruo” cuando no se le puede clasificar ni como persona, ni como animal, ni como dios, por ser las tres cosas a la vez. La ciencia, desde hace siglos, ha construido una especie de cajonera mental para ordenar las cosas del mundo y de la naturaleza.

La cajonera está dividida en dos grandes secciones: la de los “seres vivos”, a la derecha, y a la izquierda, la de los “seres no vivos” –como las piedras, que a lo mejor están más “vivas” de lo que parece–. En un cajón de la derecha se mete todo lo que consideramos “plantas”; en otro, lo que consideramos “animales”, y dentro de este último, en otro cajón chiquito pero muy apreciado, se coloca a los “seres humanos”, quienes de hecho pueden ser muy “inhumanos”. Luego tenemos otro cajón arriba, un cajón invisible donde clasificamos a los que consideramos “dioses” u otros seres transparentes (como los ángeles o las hadas), que son inmortales por la pura razón de no ser de carne y hueso ni estar encerrados en el Tiempo.

Pues bien, un “monstruo”, dice Carmen, no cabe ni pertenece a ningún cajón, sino que anda por ahí suelto, haciéndonos dudar de nuestra perfecta cajonera mental. Es al mismo tiempo persona, bestia y espíritu con poderes extraordinarios (por ejemplo: una cabra que recita hechizos, un reptil que vuela y desquicia los vientos o una antigua diosa con dos cabezas de serpiente que llora sangre) y en esa combinación radica no sólo su “fealdad”, sino su carácter impredecible, sobrenatural, aterrador.

LOS DIOSES PRIMORDIALES MEXICANOS

Más allá de lo aterrador que puedan suponer éstas criaturas, también en la era prehispánica, muchos de ellos eran respetados y se les rendía tributo, dado a la preservación de algún ecosistema, según su cosmogonía.

Pues como nos comenta Carmen, los monstruos nos dan otro beneficio: la existencia de héroes que luchan contra ellos, o el simple hecho de convertirnos a nosotros en pequeños héroes cuando logramos vencerlos. Hay que considerar, además, que un monstruo tiene una parte mala y otra parte no tan mala o incluso benéfica (por eso tampoco cabe en el cajón del bien o en el cajón del mal). La serpiente Tsukán, por ejemplo, pese a ser tan colérica, es guardiana de las aguas de los cenotes en Yucatán. Los chaneques y aluxes, pese a ser malévolos hombrecillos que espantan y secuestran a los viajeros, sirven para cuidar las cosechas, conservar las buenas costumbres y mantener el respeto a la naturaleza. El nahual, esa criatura espeluznante, nos da a conocer, sin embargo, las zonas más secretas y aterradoras de nosotros mismos.



ACTUALIDAD DEL MONSTRUO

Pasando desde los mitos antiguos, a las leyendas de las viejas culturas de cada parte del mundo, partiendo de los conceptos primordiales, se manifiestan nuevas formas de lo monstruoso.

En la sociedad moderna actual, las teogonías sufren complejos procesos de resemantización y refuncionalización social. Muchas de ellas responden, todavía, a teogonías clásicas o medievales en sus versiones más o menos originarias; otras, más bien, son inducidas por la literatura, la televisión, el cómic y el cine, hacia simbologías éticamente binarias, a la vez que ubicuas y descentradas, pero con impactos políticos obvios en la cotidianidad de las sociedades occidentales contemporáneas.

En este proceso, se dan simplificaciones de lo monstruoso, insertándolo dentro de estos códigos maniqueos de lo “bueno” y lo “malo”. Fenómeno inducido por la literatura ligera de ciencia-ficción, terror gótico y policial (y sus mezclas), el cómic estadounidense de mediados del siglo XX, y el cine comercial de horror. Luego, el monstruo pasó a ser representante, más bien, de las “sombras ambiguas”, ganando algún grado de humanidad. Como en la manga y el hentai japoneses, donde la presencia de un monstruo, hace lícito lo pornográfico en una relación mujer/monstruo, frente a la ilicitud de una imagen que presente el coito mujer / hombre: el monstruo como puente en el simulacro de un objeto pornográfico “real”. Pese a la renovación teórica de lo monstruoso en el cine y en el cómic, el monstruo ha heredado, dentro de los imaginarios colectivos, “funciones de lo maligno” y representación de lo negativo, lo oscuro, lo destructivo. Siempre como antagonista del héroe.

LA NUEVA MUTACIÓN LITERARIA

Algo que es importante mencionar de este nuevo número de El Axioma, es sobre el contexto mutante entre el terror y horror, que es desarrollado en cada uno de los cuentos de los interesantes autores que nos acompañan. Desde criaturas que podrían ser del folclor de alguna región inaccesible, hasta transformaciones monstruosas que llevarán de la mano al protagonista al desenlace más caótico y extraño. Es en esta última palabra, en donde aterrizan gran parte de éstos cuentos, en la llamada literatura "De Lo Extraño", de la época pulp de Lovecraft y Asthon Smith, en donde se empieza a desarrollar el crecimiento del Weird Ficction y el New Weird actual, instante en que me aventuro a decir, que muchos de los cuentos incluidos en este número, pertenecen a esta nueva vertiente de lo extraño.

¿QUÉ ES WEIRD?

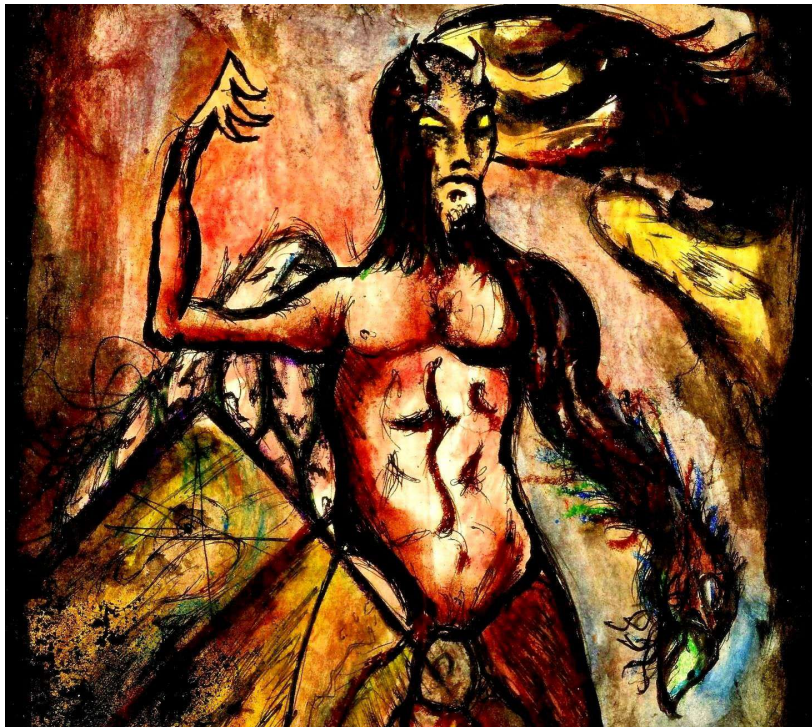
Los nuevos podrían preguntarse esta cuestión, en lo que deberían retroceder un poco entre revistas de antaño, para conocer su verdadero significado y donde esto supone, el pilar de lo surreal.

Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX encontramos un cúmulo de escritores más o menos encolumnados en torno a la figura de H. P. Lovecraft pero también distribuidos en vertientes tan diversas como las de William Hope Hodgson, Fritz Leiber o Robert Bloch. Todos estos autores hundían sus raíces en un romanticismo fantástico de corte gótico ya alejado de sus vertientes clásicas, tal como el de las obras de Poe, Hoffmann o incluso Novalis.

LOS MAESTROS DE LO MONSTRUOSO

Dichos autores trabajaron dentro de los territorios del horror, el terror, la ciencia ficción, la fantasía y el realismo mágico. Sin embargo, como suele suceder con todo autor, lo que más nos interesa de ellos es cómo utilizaban aquellas herramientas narrativas dentro de un estilo más amplio, el cual poseía ciertas características argumentales determinadas y, sobre todo, una cosmovisión común que los aglutinaba bajo el término Weird, traducido aquí como Extraño y/o Estremecedor.

El cosmos que contemplan y describen estos escritores es infinitamente vasto tanto en tiempo como en espacio. Sus medidas son astronómicas, geológicas e hinduistas, porque todas estas fuentes contribuyeron, desde la ciencia hasta la mitología, a la configuración de un universo tan abrumadoramente inmenso que el hombre se ve aplastado ante su extensión espaciotemporal.



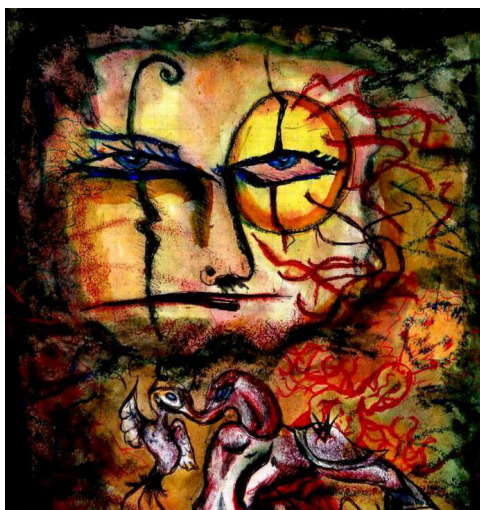
LA NUEVA MONSTRUOSIDAD

Actualmente existe una explosión en este tipo de subgénero que bien, podría consumir a los demás, aglutinándose como un "Monstruo literario", en donde la combinación de la ciencia ficción, el terror y la fantasía, nos dan apertura a mundos cada vez más extensos, extraños y morbidos. Dentro de este número, tenemos exponentes hispanoamericanos interesantes, que espero puedan conocer y disfrutar sus mundos.

La escritora y crítica, Teresa Mira de Echeverría, en su artículo "New Weird: siempre es posible otra realidad", nos explica ampliamente lo que supone esta nueva corriente de lo extraño.

Teresa nos indica que desde el punto de vista estilístico, y sin perder lo horroroso, es ahora la fantasía la que brinda más material al New Weird. Pero es una fantasía subvertida y subversiva, totalmente alejada de los moldes de la fantasía épica o del tradicional cuento de hadas.

El mundo sigue siendo inhumano pero ahora dentro de los límites de la propia sociedad, de sus ciudades y de sus idearios. Es más: a causa de estos.



Y es por eso que los cultores del New Weird suelen ser orfebres que construyen con minuciosidad y preciosismo barroco casi obsesivo una realidad alterna que atraviesa la del lector una y otra vez sólo para poder abrir así las puertas de la posibilidad del cambio. De la idea de que otra realidad no sólo es posible, sino que existe. Una existencia invisible que puede deberse a una cortedad de miras, a la naturalización de lo que es cambiante o, como decía Ursula K. Le Guin en su discurso en los National Book Awards del 2014, a la necesidad de la resistencia (“La resistencia y el cambio muchas veces empiezan con el arte, y muy a menudo con nuestro arte, el arte de las palabras”).

Las monstruosidades espeluznantes son otras: sistemas de castigos que convierten a seres humanos en máquinas o bienes útiles, ansias de lucro ilimitados, muerte encarnada en el control supremo por el miedo, hambre, ignorancia, odio...

Y en medio de estas dos clases de monstruos se yergue la maravilla: las costillas de un animal largamente olvidado y por entre las que crece un barrio con torres de seres voladores y sótanos de revolucionarios, o el límite de la realidad en-sí convertido en una frontera tangible más allá de los rieles de un tren, o la inocencia de un movimiento eternamente fijo, o las muchas magias líquidas bullendo mezclada en un río alquitranado, o la espada que puede esgrimirse ante toda posibilidad al mismo tiempo.

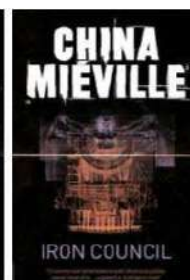
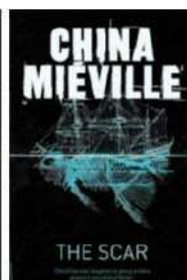
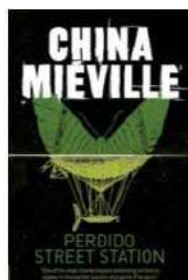
Esas también son monstruosidades, ¿o no? Bueno, todo depende de en qué punto de la ciudad nos encontremos, o de cual ciudad elijamos (aunque se trate de la misma ciudad), o de qué lado del espejo habitemos.

¿QUÉ TAN EXTRAÑO ES LO EXTRAÑO?

Dentro de la explosión de nuevos autores representativos del New Weird, nos encontramos a las obras del aclamado China Miéville, quien es mencionada por el investigador Chessil Dohvehnain en su artículo "Bizarro y New Weird 101: ciencia ficción extraña, fantasía oscura y horror transgresor".

Durante la primera mitad de la década de los 2000, se hizo evidente que China Miéville no estaba solo. Escritores como Paul Di Filippo (*The Steampunk Trilogy*, 1995), o la escritora K. J. Bishop (*The Etched City*, 2003), Michael Cisco (*The San Venificio Canon*, 2004), Jeffrey Ford (*The Beyond*, 2001) además de Jeff Vandermeer (*City of Saints and Madmen*, 2003) comenzaron a consagrar proyectos que se habían gestado durante la década de 1990 generando una revolución.

Así, el género se caracterizó como una ficción que subvertía las ideas romantizadas de la fantasía tradicional optando por la elección de modelos realistas complejos del mundo como punto de partida para combinar elementos de la fantasía, la ciencia ficción y el horror transgresor o visceral para desarrollar un estilo y voz propios. Otro componente explícito quizá también fundamental del New Weird es su sensibilidad para con los problemas sociales, económicos y culturales del mundo contemporáneo que, de alguna manera, afianzan una perspectiva política de disgusto para con el sistema capitalista y lo que representa.



EL ESPÍRITU DE LA EXPERIMENTACIÓN

Chessil nos explica, que esa clase de extrañeza multiplicada por cáncer es lo que caracteriza al género Bizarro que surge de manera paralela al New Weird. Según Rose O'keefe de Eraserhead Press la diferencia entre ambas narrativas extrañas reside en un par de cosas: primero, en que el New Weird se configura como una literatura de ficción especulativa de vanguardia con una inclinación literaria, mientras que el Bizarro plantea argumentos extraños y surreales sin pretender ser un alto arte o literatura pretenciosa. En otras palabras, solo busca entretener a través de su locura.

Los monstruos cambian el mundo y al ser humano. Son la materialización de una realidad alterna que desfigura para siempre lo que llamamos normal.

En un relato New Weird subyace la idea de que nada es “natural” en la humanidad. Que las cosas no son decretadas ni divina ni racionalmente de una vez y para siempre. La locura es parte del orden lógico de las urbes, lo mágico se une a la ciencia ficción para mostrar que la ciencia es, como decía Popper, necesariamente falsable si es que quiere aspirar a ser ciencia y no dogma. Y los dogmas, bueno, los dogmas son la antítesis de este movimiento.

El monstruo es la visibilización de la no-naturalidad, de la no-certeza, de la no-inevitabilidad del orden humano.



ENTRE TERIOMORFOS Y OTRAS CRIATURAS

Después de todo este viaje, a través de las diversas conceptualizaciones de lo "Monstruoso". Podemos aterrizar en los cuentos que engloban este número: tal como los árboles mutantes de Eric Michel, las metamorfosis errática de "Calcium" con Adriana Leteetchipia, el acoso de criaturas extracorporales de Eduardo Honey, hasta los monstruos prehispánicos dentro de los relatos de Romeo Marmol y Kenny Alcántara. Además de las mutaciones horribles en el cuento de "Pizza no tiene cuerpo" y las transformaciones en "Los cantos de la metamorfosis" el cual abre este número.

Son muchas las referencias que se extienden en las páginas de El Axioma #7, que podremos encontrar muchas referencias a los autores de añtano y hasta los contemporáneos. Sin duda, que sirva todo lo explicado en este artículo, para comprender las riendas del bestiario de éstas monstruosas páginas.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gerardo Fernández & José Manuel Pedroza. "Antropologías del miedo. Vampiros sacamantecas.
- Maynor Antonio Mora. "Los monstruos y la alteridad. Hacia una interpretación crítica del mito moderno del monstruo".
- Carmen Leñero. "Monstruos Mexicanos".
- Chessil Dohvehnain. "Bizarro y New Weird 101: ciencia ficción extraña, fantasía oscura y horror transgresor", portal The Fiction Rewiew.
- Teresa P. Mira de Echeverria. "New Weird: siempre es posible otra realidad", portal Origen Cuántico.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



LA ESTIRPE DEL JAGUAR

Kenny Alcántara
PERÚ

No debería de maldecir la privilegiada oportunidad de haber desenterrado la Huaca Sangrienta. No sería justo porque gracias a ella he podido contemplar parte de los horrores que atormentaron a nuestros ancestros. Tal vez fueron los dioses olvidados de los moches, o los apus vencidos de los incas, quienes decidieron revelarme los secretos de los hombres jaguar.

A pesar de que la existencia de los yaguamorfos ha sido relegada al exclusivo campo de los mitos y cuentos de fantasía, debo de asegurar con estremecimiento que estas criaturas, capaces de transformarse en monstruos felínicos, no son simples quimeras literarias. Sé que muchos podrán cuestionar mis últimas palabras, acusándome de sensacionalista, mentiroso o fanfarrón; pero yo he vislumbrado el terror salvaje que son capaces de desatar los antiguos yaguamorfos, bajo un sangriento costo. Por eso no tengo otra opción más que ratificar su existencia mediante este texto.

En estos momentos, en que todavía me recupero de las lesiones que aquejan a mi cuerpo, continúo buscando respuestas. Todavía sigo desentrañando los misterios de la antigua estirpe de los hombres jaguar. Todavía vigilo por las noches tratando de evitar que esas criaturas malignas sacien su hambre de carne humana.

Todo inició con el hallazgo casual de un trozo de muralla roja sobresaliendo en el desierto. Hace mil quinientos años, los antiguos moches, habitantes de las costas del norte del Perú, alzaron majestuosas construcciones hechas de adobe y quincha. Su arquitectura abarcaba diversos tipos de fortalezas, ciudades y huacas. Una de estas fue la siniestra Huaca Sangrienta.

Al igual que muchas construcciones preincaicas, la Huaca Sangrienta sufrió el fenómeno del arenamiento. Durante quince siglos, había permanecido enterrada bajo los desiertos milenarios que vieron caminar a los moches en su pasado apogeo. La huaca quedó sepultada bajo un montículo de tierra de modo tal que convenció a generaciones de que aquella era solo una de las muchas montañas que se alzaban en el desierto de Colcanang.



Pocos se atrevían a caminar por allí, pues los norteños tenían la creencia de que la región estaba embrujada, que de noche espíritus y demonios gruñían amenazas a la Luna y que quien surcase por esos senderos terminaba enloqueciendo. Incluso los animales, por alguna razón, evitaban aquel desierto. Por décadas, ningún transeúnte ocasional sospechó que el montículo era la evidencia de que los antiguos dioses, temerosos de la estirpe del jaguar, habían decidido mantener encerrado al mal bajo la arena.

Una mañana me convocaron a una oficina municipal y se me propuso el estudio de los pequeños restos arquitectónicos. No voy a exaltar mi nombre, pues apenas soy conocido. Si se me propuso y asignó el desentierro fue por dos razones ajenas a mi talento o experiencia. La primera era porque se consideraba que las ruinas formaban parte de una simple construcción de poca trascendencia, por lo que no era necesario llamar a alguien de renombre. La segunda era porque soy un hombre adinerado, heredero de una empresa dedicada a la construcción y venta de departamentos. Tengo toda la maquinaria necesaria para el retiro rápido de la arena —volquetes, tractores, grúas—, así como todas las herramientas adecuadas para el retiro de cerámicas y huesos —badilejos, brochas, paletines y piquetas—. Por supuesto, poseo también el conocimiento sobre los cuidados que requieren las excavaciones arqueológicas.

Tras la firma de algunos papeles de autorización y otros acuerdos un tanto cuestionables, me puse manos a la obra. Seleccioné a cuatro de mis mejores colaboradores, Cachaco, Jairo, Gerardo y Leonardo, y les ordené mantener nuestras operaciones en total reserva.



Llegamos al desierto de Colcanang y luego de un análisis del terreno intuí que lo que estábamos por destapar era mucho más que un simple muro. Todo indicaba que se trataba de una pequeña construcción en forma de U, así que les avisé que sería necesario asentarnos allí por unas semanas. Fueron días de trabajo arduo bajo el inclemente calor desértico. Cerca de las ruinas, alzamos cinco habitaciones individuales de madera para dormir allí el tiempo que durara la excavación. Retiramos la arena con cuidado evitando estropear la huaca enterrada.

Cuando destapamos el primer muro de las ruinas enterradas por completo, los miembros de mi equipo quedaron maravillados por el arte desplegado en él. Los tres metros de altura y ocho de largo contenían escenas sangrientas de enfrentamientos y toma de prisioneros, algo común entre los antiguos moches. Las pinturas en altorrelieve de ambas caras sugerían mucha angustia en los capturados e incluso se mostraban actos de suicidio de parte de los apresados. A mí me extrañaron estas representaciones por ser una temática poco común en el arte de los pueblos precolombinos.

Días después, desenterramos la segunda muralla de la huaca. En las pinturas de la superficie interna de esta, los prisioneros representados en el primer muro ahora eran trasladados ante un espantoso y corpulento hombre con colmillos y garras de felino, un personaje al que catalogué como el Monarca yaguamorfo. La representación de este hombre monstruoso me hizo recordar al dios moche Aia Paec, aunque difería de este por su tamaño y aspecto mucho más bestial. El monstruo de la muralla poseía un ojo claramente más grande que el otro, su pelaje era del color de la sangre seca y sobre él se desperdigaban manchas con forma de rosas negras.



El Monarca yaguamorfo era un devorador sanguinario de los vencidos. Daba igual si se trataba de adultos o niños pequeños: todos eran parte de su alimento y en las pinturas de la cara posterior podía verse cómo los devoraba salvajemente.

El tercer y último muro mostraba hechos aún más abominables. En la cara interna, los moches habían dibujado seres similares al Monarca yaguamorfo, pero de menor tamaño. A semejanza de este, estos hombres bestia poseían colmillos y garras de felino, pero estaban desprovistos de pelaje. Estas criaturas diabólicas, a los que catalogué en conjunto como la estirpe del jaguar, jugueteaban con montículos de miembros y órganos humanos: brazos, piernas, cabezas y hasta corazones. Un par de ellos jaloneaba las vísceras de un hombre y otro par competía en un lanzamiento de cráneos. Eran la blasfema progenie del Monarca yaguamorfo, producto de su hibridación con mujeres humanas, según las representaciones externas del mismo muro.

—Tranquilo —me había dicho Cachaco, cuando me encontró solo a primeras horas de la mañana, observando con preocupación las pinturas siniestras. Aquella mañana, como todos los días se había rasurado las sienes al ras—. No pasa nada, son las películas de fantasía de su época. Los nortños tenían mucha imaginación.

Pero algo no andaba bien para mí. Algo me decía que aquello no era simple fantasía y eso me turbaba. Sin embargo, no lo sugerí a mis trabajadores, pues no quería que me tomaran por loco o estúpido, y peor aún, no deseaba que aflorara en alguno de ellos la superstición y se marcharan.



Luego de casi un mes de excavaciones y anotaciones, la construcción quedó completamente al descubierto y casi lista para ser exhibida. La edificación estaba constituida por una diminuta pirámide escalonada e irregular que se alejaba bastante del estilo arquitectónico mochica; y una plaza frente a esta, en la que se alzaban las tres murallas rojas de adobe rodeando un monolito negro. Este último estaba cubierto de una iconografía que por momentos me hizo pensar en otra cultura, una oscura y desconocida.

De todo lo desenterrado, la presencia de la gigantesca piedra en medio de las murallas no dejó de inquietarme. El monolito de tres metros de altura era un cubo de cortes perfectos. Me estremecía pensar en cómo la habían colocado, ya que la única forma coherente parecía ser habiéndola soltado desde una gran altura. Esta teoría era respaldada por las imágenes dibujadas en un grupo de cerámicas que yo mantenía ocultas de mis trabajadores. En ellas, se mostraba a unos ornitomorfos —hombres pájaro con cabezas de pelícanos, guanayes y gaviotas— colocando el bloque desde los cielos. Según las mismas cerámicas, bajo dicho monolito existía un sótano conteniendo una enorme botella escultórica con la forma del sanguinario Monarca yaguamorfo.

La curiosidad me quitó el sueño. Quería saber si lo que se sugería en los recipientes era real. Como todo arqueólogo, anhelaba ser el autor de un descubrimiento inusitado, uno que revolucionara la historia. La Huaca Sangrienta de por sí ya era singular, pero una cerámica gigante lo sería mucho más. En mis reflexiones nocturnas, me llegué a plantear la posibilidad de que realmente los ornitomorfos eran quienes habían colocado el monolito mediante alguna tecnología aérea desconocida. ¿Acaso esos hombres pájaro habían existido?



Finalmente, me decidí. Cometería algo imprudente que me podía costar mi carrera profesional. Bajo un acuerdo que prefiero no mencionar, convencí a mi equipo de que dinamitaran la piedra con mucho cuidado, de modo que solo se rompiera una parte de ella y que se comprometieran a declarar el suceso como parte de un accidente. La idea era formar una pequeña abertura por la cual ingresar al supuesto recinto subterráneo. Fue un grave error: ahora comprendo que debí de dinamitarlo todo en aquel momento.

La explosión nocturna se escuchó a varios kilómetros. Para mi sorpresa, la piedra apenas sufrió daño. Sin duda se trataba de un mineral sumamente resistente. Cuando retiramos el fragmento desprendido descubrimos que, efectivamente, bajo el monolito había un salón similar a una tumba de la cultura Paracas.

—Tenemos más dinamita —me informó el pelado Cachaco—. ¿La traemos, jefe?

—No, no es necesario —repuse—. Tenemos el espacio suficiente como para descender sin dificultades. Vamos a ingresar con una escalera. Guarden la dinamita afuera.

Lo que encontramos bajo la roca fue más de lo que esperaba. El salón tenía unas murallas de piedra ancha, lo suficientemente grandes como para sostener al monolito. Junto a una de las paredes estaba la cerámica escultórica del monstruo: una colosal representación diabólica del antropófago, recubierta de adornos de oro.

—Oro brujo —comentó Gerardo, mientras examinábamos la vasija de dos metros de altura. Era la primera vez que yo escuchaba dicho término.



—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Mire, brilla de forma rara —intervino Leonardo—. Los huaqueros creen que es oro encantado. Quien lo encuentra está destinado a morir de forma horrible, pero yo no creo en esas cosas. Debe de haber una explicación racional para su brillo.

Era cierto, los adornos de oro tenían un brillo ligeramente fantasmal. Analicé el huaco y me sorprendió otro detalle. La cerámica gigante llevaba un tapón de oro en el pico. ¿Un huaco sellado? Me pregunté qué podría contener dentro, mas no me atreví a destaparlo. Hubo una fuerza que me detuvo. Tal vez los viejos apus temerosos retuvieron mi curiosidad.

Al día siguiente, trasladé más cerámicas documentales a mi camioneta personal: vasijas aberrantes y huacos retratos donde había horribles representaciones de humanos deformes con rostros de jaguar.

Acaecida la noche, tuve una violenta pesadilla. En ella, algo tomaba posesión de mí. Mis brazos se hincharon y me crecieron garras. De mi boca brotaron colmillos largos, mientras que mis mandíbulas se ensancharon hasta formar un hocico. Perdí la capacidad de hablar. Bajo este aspecto, recubierto de un pelaje oscuro y moteado, abandoné el sótano. Estaba hambriento, muy hambriento, con un apetito propio de un estómago que no había recibido alimentos en siglos. Me interné en el campamento en busca de carne y entonces encontré a Cachaco.

Una voz me preguntó si me encontraba bien, me dijo que había gritado horriblemente mientras dormía. Yo me incorporé, tomé mi arma y apunté a la entrada.



Vi mis manos, aún seguía siendo un humano. Era un alivio saber que todo había sido un sueño.

Cachaco se encontraba de pie en la puerta de mi habitación, sereno, ileso, sosteniendo un cincel en la mano derecha y una linterna en la izquierda. Bajé el arma al reconocer a mi amigo. Había olvidado trancar mi puerta. Me levanté para hacerlo y cuando me aproximé a ella me dio la impresión de que esta presentaba algunos rasguños. Observé la madera en silencio sin comentarle mis impresiones a mi trabajador. No parecían ser las huellas correspondientes a un cincel. Más parecían ser marcas hechas por una criatura como aquella en la que me transformé en mi sueño, fantaseé.

—Perdone lo del cincel. Estaba patrullando y con sus gritos creí conveniente improvisar un arma aparte del revólver —me dijo, al ver que no retiraba mi vista del objeto—. Pero ya que todo va bien, me retiro, jefe.

Agradecí la preocupación y lo despedí.

Regresé a mi cama y traté de dormir, pero un impulso demoniaco me hizo levantar de nuevo, empuñar una linterna y dirigirme a la sala inferior de la huaca. Abandoné la casa de madera y caminé en busca del hombre jaguar. Quería verlo.

La estatua de cerámica de la criatura monstruosa permanecía bajo el monolito azabache. Bajé las escaleras y me acerqué a ella para contemplar una vez más su maligna belleza. Gigantesca e intimidante, era una obra maestra de la cerámica y la orfebrería. El collar que ostentaba, una combinación de oro, plata e incrustaciones de piedras preciosas, centelleó con la luz de mi linterna.



Sin embargo, hubo algo que me llamó la atención y era que faltaban algunas piezas del collar. Alguien había arrancado algunas de sus incrustaciones de oro y turquesas durante la noche. Me estremecí cuando descubrí que la tapa de la botella también había sido retirada.

Las huellas casi imperceptibles de unas botas grandes en el suelo y el cincel en manos de Cachaco me hicieron comprender quien era el ladrón. Lo maldije en voz baja y regresé a mi habitación. Por la mañana me las arreglaría con el ladrón.

Muchos golpes en la puerta interrumpieron mi nuevo descanso. Sobresaltado, cogí mi arma y pregunté quién era. Eran Jairo, Gerardo y Leonardo. Cuando los hice entrar me dijeron con angustia que no podían dormir. Estaban teniendo descabelladas pesadillas colectivas y sospechaban que un ser diabólico estaba merodeando fuera de las habitaciones. Gruñidos y gritos inhumanos similares a alaridos fueron los detonantes para que fueran a buscarme. Según ellos, Cachaco no estaba, había desaparecido y temían que los alaridos fueran de él.

Pero sus comentarios se cortaron cuando oímos un grito en los exteriores. Nos pareció reconocer la voz de Cachaco pidiendo ayuda. El ladrón, pensé. Con el revólver en la mano, salí de la casa de madera secundado por mis hombres.

Afuera, de manera imprevista, Jairo lanzó un chillido de espanto y algo enorme y peludo se abalanzó contra Leonardo. El corto enfrentamiento terminó en un sonido acuoso provocado por los colmillos de un hombre jaguar desgarrando la garganta de Leonardo y un fallido disparo de mi parte.



El monstruo con dientes de sable que nos atacaba a la intemperie alcanzó a Jairo. Se trataba del propio Monarca yaguamorfo en carne, pelo y hueso. Sujetó la cabeza de Jairo, rodeando su cuero cabelludo con sus largos, filudos y robustos dedos. Un segundo después y el puño del monstruo se había cerrado, reventando la cabeza de mi compañero. Los dedos del yaguamorfo se habían juntado hundiendo el cráneo hacia su interior. La sangre manó a chorros del cerebro aplastado de Jairo mientras Leonardo agonizaba sobre el suelo con la garganta destrozada. Ahora la bestia se lanzó contra Gerardo. Mi corpulento trabajador no se acobardó, lo encaró y clavó un machete en el hombro del yaguamorfo, pero el dolor no parecía formar parte del sistema nervioso de la bestia.

En ese momento supe que lo mejor era huir y tratar de salvar mi vida. Abandoné a mi amigo. Corrí a gran velocidad sobre la arena, ignorando los aullidos dolorosos de Gerardo. Si me hubiese quedado un segundo más, sin duda alguna, estaría muerto.

En el terreno abierto del desierto sería presa fácil, así que fui por mi camioneta y maniobré de forma rápida. Es increíble como los reflejos son tan útiles en momentos donde nos debatimos entre la vida y la muerte. Regresé con el auto a la Huaca Sangrienta. Iba a ponerle fin a todo. Cuando la bestia vino en pos de mí, tal como lo había esperado, yo ya había encendido la mecha lenta de la dinamita sobrante que habíamos dejado en el exterior de la construcción.

La huaca estalló en mil pedazos y el fuego se elevó muchos metros hacia el cielo.



Mi camioneta se tambaleó y yo fui herido también, los vidrios de las ventanas reventaron y cayeron sobre mí diversos fragmentos de piedra y madera, pero logré escapar.

Días después, cubierto por una decena de cortes profundos, declaré ante las autoridades que la explosión había sido accidental. De mis trabajadores nunca me preguntaron nada, pues desconocían sus identidades reales y su participación en el suceso. Sus cadáveres jamás fueron hallados, algo extraño que vengo investigando por cuenta propia. De la Huaca Sangrienta solo quedaron escombros de los que apenas puede distinguirse algo. Desde entonces, sigue allí, nuevamente olvidada, esperando que la naturaleza la cubra bajo otro arenamiento. Pero yo vuelvo en las noches a ella empuñando una escopeta, en busca de pistas. Mi alma aún busca redimirse cazando al terror antiguo que desenterré sin querer.

Durante estos catorce años, el monstruo ha dejado un rastro criminal por donde pasa. En los diarios se menciona de vez en cuando la desaparición de alguna persona cerca del desierto de Colcanang. Esos secuestros, aparentemente desvinculados, son obra del Monarca yaguamorfo. Libre y hambriento, está formando una nueva estirpe. Aún no sé cómo encontrarlo, pero confío en que estas cerámicas me ayudarán a dar con su guarida, antes de que su progenie alcance la edad adulta y suframos su salvajismo.

Hace una semana obtuve una pista valiosa. Una cámara de seguridad captó a una criatura humanoide, robusta, de pelaje guinda y ojos disparejos devorando a un hombre en un grifo.

Llevaba un cinturón del que colgaba una cabeza humana, una con las sienes rapadas al ras. Veo que la explosión le voló un brazo al Monarca. Lo lamento, amigo Cachaco, pero agradezco que hayas sido tú quien en su avaricia destapó la cerámica, de lo contrario, tal vez sería mi cabeza la que estaría colgando de la cintura del yaguamorfo.

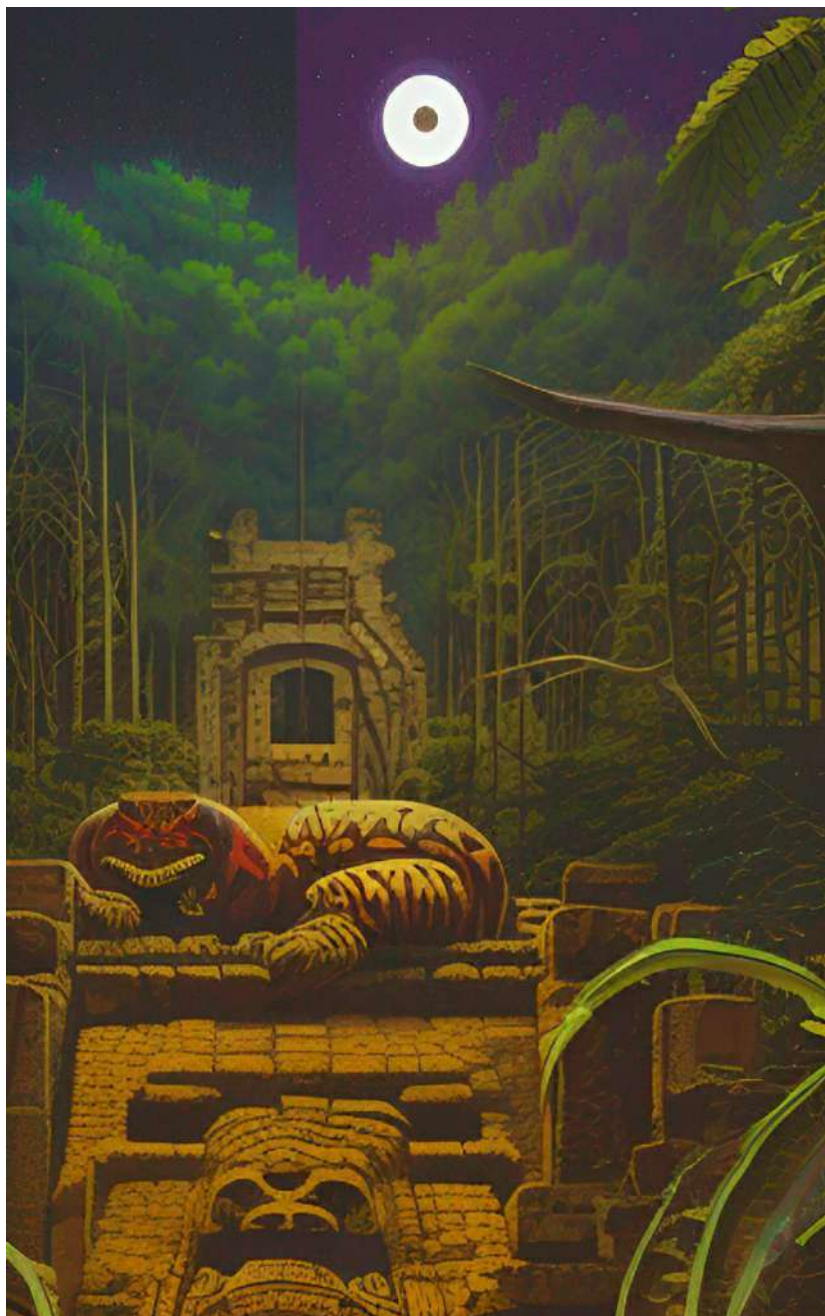


Ilustración:
Ruinas del Yaguamorfo
(1A Dream).

ACERCA DEL AUTOR

KENNY ALCÁNTARA (Perú).

Escritor y docente de nacionalidad peruana. Sus primeros trabajos fueron colaboraciones para universos de fantasía ajenos. Ha sido publicado y finalista en concursos organizados por marcas como Editorial Cthulhu, Editorial Pandemonium, Revista Zoomplante, Editorial Speedwagon MediaWorks, Instituto Océano Pedro Peralta y Barnuevo y el club Sinopsis.

Es campeón en el torneo literario del club El Reino Olvidado 2022. Dirige Kanon Editorial donde participa como escritor, compilador e ilustrador de seis antologías dedicadas a la fantasía, ciencia ficción y terror. Actualmente, trabaja en la ANTOLOGÍA 22-1: MAGOS Y BRUJAS/MUTANTES EXTRAÑOS y en un tomo sobre dragones.

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva

CONOCE LA REVISTA DE LITERATURA FANTÁSTICA



 SCAN ME

EL AXIOMA

El Facebook: El Axioma Revista

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



EL HERALDO DE LA PESTE

Carla Rosales
MÉXICO

Los cuerpos se apilan por centenares, la peste se ha extendido a tal magnitud que se han improvisado fosas al sur de la ciudad. Zanjias semiprofundas que se llenan con toneladas de cal para que el líquido aceitoso que chorrean los cadáveres por todos los orificios del cuerpo no se disperse más y el olor a descomposición se contenga.

Muchos aseguran que es su culpa, pero no entienden que él ya no tiene una mente propia.

Puedes acusarme de justificarlo, pero antes debes saber que incluso antes de nacer, él ya estaba en el lugar incorrecto, en el momento incorrecto y en las manos de las personas incorrectas. Todo en su vida estaba mal desde el principio. La razón no es clara, tal vez nació bajo el arcano equivocado, uno que le traería mala fortuna a donde fuera, o quizás la combinación genética que lo conformó era catastrófica. De cualquier forma, él solo podía ser una cosa y en eso se convirtió.

Probablemente me preguntes cómo puedo contarte esta historia con tanta seguridad. Pues bien, es porque yo estuve ahí desde el comienzo. Verás, yo soy las calles que él recorrió día con día mientras crecía, la naturaleza urbana que lo crio cuando su madre verdadera, cansada y triste por lo difícil que era su vida, nunca se interesó en él, tanto así que cuando una rata se subió a su cuna para mordisquearle los deditos de los pies nadie lo ayudó hasta que ya se había comido tres.

Su madre fue sólo el primer eslabón de una cadena de deprivaciones, maltratos y pobreza en todos los sentidos imaginables, ya que desde sus días de infante nadie fue capaz de demostrarle ni un mínimo de simpatía. En su casa, los hombres “amigos” de su mamá desfilaban uno tras de otro. Más de uno encontraban un gusto inexplicable en golpearlo para quitarlo de su camino, por lo que siempre prefirió estar afuera en mi compañía, aunque ahí tampoco encontró gente que lo recibiera con los brazos abiertos. Pues cada vez que intentaba acercarse a algún vecino, estos le respondían con un gesto amargo que terminaba por alejarlo, y aunque no era tan diferente de los demás niños que vivían en la misma vecindad, con la cara llena de chorretes de mugre y la nariz rodeada de costras de mocos secos, él levantaba tanto asco que la marginación se hizo una constante en su vida.



Por su parte los otros niños también lo despreciaban, a tal grado de que sin que nadie supiera exactamente cómo, ni porqué, cada vez que jugaban con él, terminaban por empujarlo al charco más cercano. De esta forma aprendió desde pequeño que el mundo lo repudiaba.

Conforme fueron creciendo, aquella dinámica se fue pintando con tintas cada vez más crueles, hasta que en una tranquila tarde de primavera los rapaces que lo atormentaban sin descanso ni compasión, lo llevaron arrastrando a una coladera para “bautizarlo”. Él intentó defenderse pateando y golpeando a cuanto cuerpo tuviera a su alcance, incluso mordiendo a uno que otro, pero nada le valió para detener a los que, si no lo superaban en fuerza, sí lo superaban en número. Entonces, entre cuatro lo sometieron en la banqueta arrodillándose sobre sus brazos piernas y espalda, mientras otros dos vaciaban sobre su cabeza un galón de agua contaminada, y entre risas maliciosas decretaron —“desde hoy te vas a llamar...Caño”—.

Varios adultos que estaban cerca fueron testigos de la escena. Algunos la vieron de reojo pretendiendo que no estaba pasando nada, otros como si se tratara de un espectáculo, pero nadie lo defendió, ni lo levantó cuando se quedó tendido en la calle llorando. A nadie le importaba su miseria.

Su nuevo nombre, el único que tenía en realidad, fue su iniciación en el mundo de la inmundicia, que lo cobijó con su manto putrefacto, mimetizándolo poco a poco con toda la suciedad que empezó a absorber como si se tratara del sustento mismo de la vida.

Pasaron los años. Caño pasó de ser un niño a un joven y su cuerpo sufrió los cambios propios de la pubertad.



De pronto era tan alto como los novios de su madre, sus músculos divisaban la fuerza de quien tiene que pelear constantemente por no ser aniquilado y su voz adquirió un tono de rasposa amargura. En esa época, también empezó a notar que su ropa siempre tenía manchas aceitosas, incluso la ropa limpia que agarraba directo del tendedero, al ponerse en contacto con él se llenaba con esa grasa espesa. No tardó demasiado en darse cuenta de que era su piel la que exudaba una sustancia babosa que no sólo se pegaba a todo lo que tocaba, sino que también despedía un aroma pútrido que podía ser percibido a varios metros de distancia. Tras este descubrimiento, y llevado por el pánico de no entender lo que le estaba sucediendo, se bañó una y otra vez con agua hirviendo tallándose con las fibras y los jabones más abrasivos que encontró hasta que se le hicieron llagas que en vez de supurar con sangre lo hicieron con una pus espesa y verdosa que atraía moscas por decenas. Su madre al enterarse del cambio en él, aprovechó la oportunidad para correrlo de donde vivían. Fue así que me convertí en su casa, y cuando el hambre lo hizo su presa, la basura se convirtió en su alimento.

A donde quiera que iba, la gente se apartaba de él, los indigentes le gritaban insultos para que se fuera y llevara consigo su peste. El rumor de su existencia se corrió por entre los callejones y basureros hasta que llegó a los oídos de una banda de maleantes que asqueados por las historias que habían escuchado, decidieron armarse con piedras y máscaras de gas que bloquearan el nauseabundo olor.

Una noche en la que Caño se resguardaba de la intemperie en una fábrica abandonada, los maleantes lo encontraron.



Sin titubear un instante comenzaron a apedrearlo con violencia, mientras él se cubría la cabeza con las manos. Bajo la lluvia de pequeños meteoritos que atizaban sobre su cuerpo, la prisión que contenía todo el odio que durante años maltratos había acumulado, se rompió y de su garganta escapó un aullido lleno de dolor y de tormento. Un aullido de liberación con deseo de venganza, que en su interior guardaba el poder de la destrucción, pues con él su aliento se convirtió en una emanación tóxica que se elevaba de su boca en humaradas negras que en un parpadeo envolvieron el entorno circundante.

Los agresores, confundidos con la niebla densa que empañaba su visión, intentaron escapar, pero ya era demasiado tarde. El veneno había usado sus ojos y oídos como entrada a su sistema haciéndolos colapsar en espasmos de agonía, en tanto sus órganos vitales se disolvían hasta convertirse en un líquido aceitoso que brotaba de sus cadáveres.

Al ver los cuerpos chorreantes, Caño tuvo en su pecho un sentimiento de satisfacción que hasta entonces desconocía y decidió regresar al lugar donde había crecido. Cruzó calles y colonias con la emoción de un niño que está a punto de recibir un regalo. Cuando llegó a la vecindad, la primer puerta que visitó fue la de su madre, quien se había despertado a causa del desagradable olor. Ella intentó alejarlo dándole golpes erráticos con una escoba que sostenía con una mano, mientras que con la otra intentaba cubrirse la nariz, sin embargo, él fue más ágil que ella y en un solo movimiento le arrebató la escoba, luego la envolvió entre sus brazos y exhaló el aire mortífero de su interior.



La sorpresa y el horror hicieron que la mujer abriera la boca y los ojos tan desmesuradamente que las toxinas entraron en su cuerpo sin encontrar ninguna resistencia.

Antes de continuar con su camino, Caño se quedó observando a su madre mientras se retorció en la antesala de la muerte, saboreando cada exquisito momento antes de que por fin se convirtiera en otro sucio objeto en descomposición. Después, recorrió con paso lento la vecindad, resoplando su neblina ponzoñosa, deteniéndose de vez en vez en la puerta de algún vecino que se había distinguido por su crueldad hacia él.

El humo se coló en los departamentos por todas las aberturas y rendijas que había, contaminando el aire y a los habitantes. Tras su paso, dejó un rastro de baba verdosa que le escurría desde la parte alta de la cabeza, una multitud de cadáveres cuyo olor superaba el suyo y una cerrada nube de moscas que zumbaban ansiosas en una cacofonía estremecedora.

Para cuando el amanecer anunció su llegada, su sed de venganza estaba saciada y su transformación terminada. La inmundicia y él eran uno mismo.

Sus acciones dejaron de tener intención, lo único que sabía era que existía y que su único propósito era extender su mano tan lejos como pudiera para contaminar lo que encontrara a su paso, y eso es lo que ha hecho desde entonces.

Algunos dudan de su existencia, dicen que los muertos son a causa de una enfermedad desconocida, pero yo sé que no es así, que él sigue oculto en las coladeras oscuras, acompañado de las ratas y las moscas, del cochambre y tus deshechos, multiplicándose infinitamente hasta que su presencia lo ocupe todo.



Ilustración:
ASTRID BREITER
"Cráneo Pink"
(Chiapas, México).

ACERCA DEL AUTOR

CARLA ROSALES (México).

Me nombre es Carla Rosales, nací en la Ciudad de México y tengo 36 años, soy Psicóloga de profesión, actualmente me dedico a la escritura de ficción, en los géneros de ciencia ficción, horror macabro y weird. Hasta la fecha tengo publicados tres microrelatos en el libro “Cotidiana” de la editorial Infinita y otro en la Antología de Escritoras Latinoamericanas 8M-2022, por la editorial EOS, así como en las revistas electrónicas Teresa Magazine, Revista Miseria, Anapoyesis, y El arte convertido en Escritos.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



UNA ILUSTRADORA DE LO ERÓTICO Y EXTRAÑO

Para este séptimo número de Revista El Axioma, contamos con el grandioso arte realizado por la talentosa ilustradora chiapaneca Astrid Breiter. Una artista plástica que ha trabajado años en la ilustración de acuarela sobre escenarios eróticos y hasta salvando rasgos chiapanecos con un estilo sin igual. Para este número, Astrid nos compartió de sus pinturas para ilustrar tanto portada y contraportada, con un toque esotérico y mutante, con "Abraxas" y "Lady Baphomet".

Astrid Breiter egresó en el 2010 de la licenciatura de Artes Visuales en la UNICACH. Actualmente reside en la capital de Chiapas, México en Tuxtla Gutiérrez.

Es tallerista de anime y comic en el teatro de la ciudad Emilio Rabasa y en Caleidoscopio Galería Taller.

Aquí nos responde algunas preguntas de su labor como ilustradora:

¿Qué te motiva a realizar ilustraciones?

Dependiendo el tema es la motivación. El proceso artístico lleva su momento y contexto. Algo muy general es todo lo que veo, colores, olores y hasta momentos de la vida.





¿Qué tipo de métodos usas?

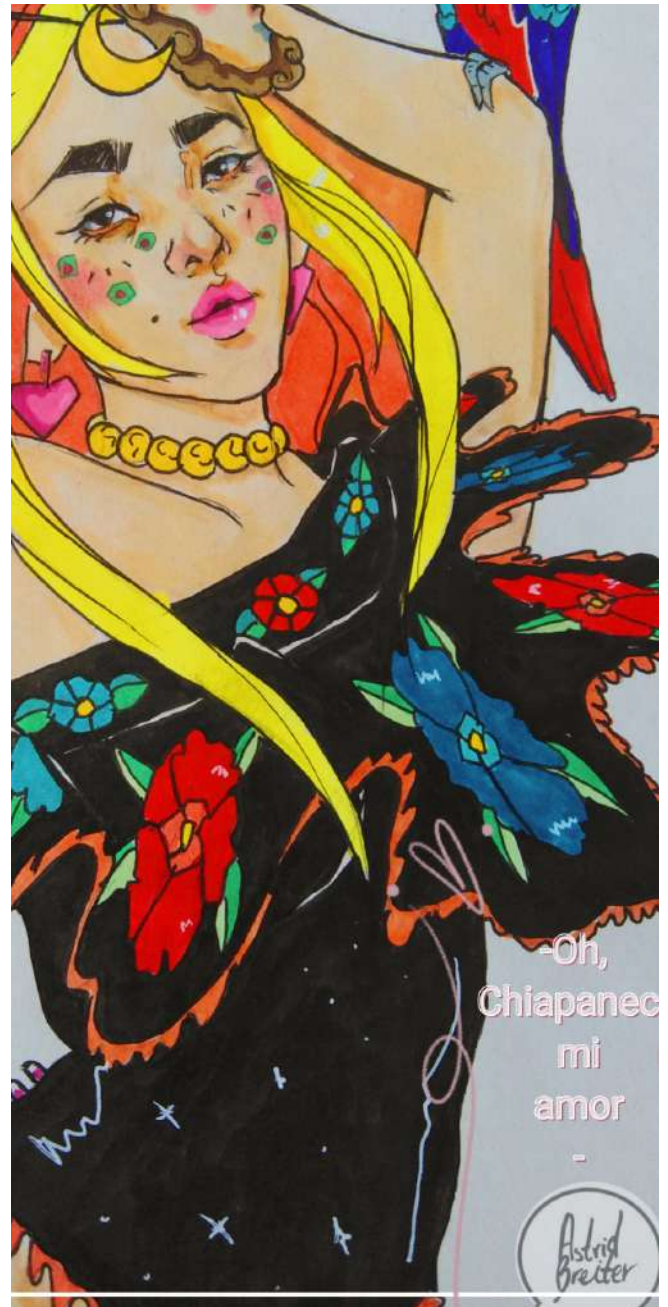
@elaxiomarevista

Hago mucho uso de Acuarelas sobre papel de algodón. Marcadores y estilógrafos cuando hago ilustraciones. Y gouache en pinturas grandes, usualmente en erótico.

Soy conocida por el concepto de erotismo con trajes o accesorios de chiapanecas. Siendo de las primeras en utilizar este concepto en ilustraciones.

El uso del erotismo es para retratar el alma desnuda.

También soy aficionada en hacer ilustraciones o tiras cómicas sobre chibis de Agatha (un personaje basado en las aventuras de mi hija y mi sobrina) y también en hacer la pareja de Abraxas y Baphomet



¿Cuál fue tu inspiración para realizar la actual portada del Axioma7?

Cuando realicé a Abraxas fue para retratar su majestuosidad, mientras escuchaba el tema mismo Abraxas del grupo Therion. Había prometido hacerle este lindo gesto al llegar a Chiapas.



@elaxiomarevista

¿Cuáles son tus futuros proyectos?

Aún tengo varios pendientes, serían hacer mi tienda de productos de la línea ASTRID Breiter y la línea Agatha (línea infantil y juvenil sobre las tiras cómicas de la misma).

Tengo varias series sin concluir.

Astrid Breiter regularmente le gusta hacer muchos personajes personales en ilustración (por si alguien gusta contactarla y pedir que los dibujen o dibuje a alguien en su formato tan especial), pero también es muy conocida en Chiapas por lo erótico a lo cual se le ha dado muy bien y de manera sencilla.



REDES Y CONTACTOS

Instagram /astridbreiter
Facebook /astridbreiter
Patreon/astridbreiter

Conoce nuestro contenido en
YouTube 📡 ⚡



El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva

Desde Audiocuentos &
Reportajes de contenido
fantástico 🌟

El

Silent British

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva

ITZPAPÁLOIT

Eduardo Honey Escandón
MÉXICO

Oiga, ¿está seguro que sacaron esa palomilla? Estaba enorme y bien negra. No, no me gustan. Si, estoy más tranquilo. Le sigo contando. Elena, mi esposa, llevaba más de siete meses de embarazo cuando Maye por fin aceptó una cita..

Debo aclarar que no fue mi culpa, todo fue una trampa y caí redondito en ella. Digo, para mis cuarenta años, no soy muy agraciado y que una joven como Maye, de cabello negro y lacio, piel café, delgada, con un rostro agradable, casi hermoso, se me insinuara... pues debió ser señal de alarma.

¿Cómo se me insinuaba? Coincidíamos a la misma hora en el elevador de la Torre Mayor: 7:45 de la mañana. Nomás veía, soltaba una sonrisota, le brillaban los ojitos, me saludaba de beso y pegaba su cuerpo al mío. Además me olisqueaba el cuello. No lo hacía con nadie más.

Claro que a propósito se pegaba, no tiene nada que ver que ella apenas me llegaba al pecho y a que estoy algo pasado de peso...

¡Gorda su pinche madre! Ydéjelo en el expediente méndigo Ministerio Público. MP, me vale su nombre. No me interrumpa. Le decía, cuando una chava está caliente, clarito se te embarra, ¿o no le ha pasado? Ya ve, hasta sonrío, bien sabe de qué estamos hablando.

No, para nada, no teníamos meses saliendo. Para que quede asentado: con el apuro en casa de que venía una bebita, busqué trabajo por doquier. Quienes ofrecieron un puesto fue el despacho de la licenciada Miztli. Desde la entrevista noté que le había caído muy bien, que mi perfil cumplía con lo que buscacaba. Incluso también le agradé, andaba muy atenta conmigo todo el tiempo pero, la verdad, ¿para qué tirarse una ruca teniendo a Maye? No, ¿verdad?

De acuerdo, al grano, dejo mi sex appeal... A Maye la conocí el día de la entrevista con la licenciada. Las de RH, luego de una primera conferencia me dijeron que iba directo con la directora.



Sí, Miztli Yohualli. Cuando llegué a su despacho, Maye me pasó. Todo normal, me preguntaba cosas la licenciada, Maye me trajo café y se inclinó para servirlo...

Sí, acabo de caer en cuenta que en ese el momento cuando la fleché. Sirvió el café, me agaché para tomarlo, y quedamos cara a cara, como si fuera a darme un beso. Lo recuerdo bien porque le contaba a la licenciada que venía una beba en camino y por eso buscaba mejores oportunidades. Nomás mencioné eso y la licenciada me ofreció el puesto de ensueño: horario de lunes a viernes, ocho horas, prestaciones de ley más otras incluyendo seguro médico para la familia que llegar, vacaciones triples y el doble de salario neto.

No, no se me hizo raro, ¿porqué?. De inmediato acepté, la licenciada se despidió. Maye, estoy seguro, me quería abrazar por la emoción pero nomás me tendió la mano y me felicitó. La mera verdad apenas recordé esto. Ese día quería llamar a Elena para darle el notición.

Sí, está en lo correcto, era el final del cuarto mes de embarazo. ¿Cómo era la relación con Elena? Digo, después de una década, rutinaria. Ya sabe: mañas y costumbres, el trabajo y los amigos amigos, las visitas familiares de cada fin. Juntábamos dinero para la vacacionar en Semana Santa o en verano. Siempre salíamos a comer o cenar en los cumpleaños, en ocasiones actuábamos a como adolescentes y nos dejábamos cartas en algún lugar. O aparecían regalos sorpresa de uno para el otro.

En efecto, no hubo niños... Y lo intentamos muchas veces, incluso llegamos a pelear pero siempre nos reconciliábamos.



Ella, casi de cuarenta, de repente deseó niños. Quizás le cayó de golpe que el reloj de las menstruaciones estaba por parar. Entendí lo que quería, la acompañé en ocasiones con médicos y ginecólogos. Sí, también la apoyé con lo que le decían y recetaban. Era inútil.

No, no dejamos de tener sexo. Era diferente que cuando jóvenes, menos ardiente y más corto en duración. Ya no eran noches imparables. Sin embargo, luego que una amiga le recomendó a la doctora Yohualli, todo cambió, como si ella rejuveneciera.

¿El nombre completo de la doctora? Doctora Xóchitl Yohualli. Tiene su consultorio en el piso treinta y tres de la Torre Mayor. O tenía... lo de Elena fue grave y la doctora la visitaba en casa. Si, aunque estaba en el mismo edificio, nunca se me ocurrió ir a buscarla.

¿En serio? ¿No hay consultorio allí? Suena extraño. No le miento. En casa están las recetas con el nombre de ella, su cédula y todavía deben quedar las bolsas de té que le mandaba comprar. Sí, además de medicina, conseguíamos té en cierto local del Mercado de Sonora.

No insista, no conocí a la doctora. Ella citaba a Elena a las dos de la tarde entre semana. Ni con la bendición de la virgen podía ir y regresar de Xochimilco a esa hora, nos traían bien cortos y amenazan con liquidarnos si no nos poníamos la camiseta. También por eso buscaba otra chamba. Además a Elena no le importaba si la acompañaba o no. Ella trabajaba desde casa, manejaba sus horarios. Siempre fue muy independiente, capaz de sostenerse a solas.

¡Chingada madre! Ni lo vuelva a sugerir, yo no le hice eso que me mostró en la foto. Ni madres que fue un ataque de celos.



No, nunca le pasaría tener amantes estando sola y con horarios libres. Digo, para soledad está su madre... y no, no retiro lo dicho, así que bájele de güevos.

Disculpa aceptada, le sigo. Entré a trabajar en el despacho cuando Elena cumplió cuatro meses. Con nuevas responsabilidades, ni pensar en distraerme o andar en malos pasos. Seré un cabrón pero no un idiota. El salario nos sacaría de broncas así que ni a jugarle con fuego. Uno tiene menos de noventa días para demostrar lo que es. La verdad, el trabajo era mucho más sencillo que el anterior, me quedaba cerca de casa y podía dedicarle tiempo a Elena porque el embarazo se complicó. Además tenía varias asistentes que venían de la misma familia de Maye. Era sus primas y se parecían un buen. Cosa que encargaba, lo sacaban, trabajaban bien en equipo y se adelantaban a todo. Eran impresionantes.

¿En qué se complicó el embarazo? Pues desde un principio la doctora Xóchitl dijo que por la edad y que había detectado unos quistes. Incluso nos mandó hacer unos análisis. Recomendó que Elena se mantuviera en cama, no hiciera esfuerzos y que evitara salir para que no se accidentara.

Así que el acelere juvenil de varias semanas lo tuvimos que parar pero fue por su bien y de la bebé que venía en camino. Los primeros cuatro meses no dejé que me atendiera como acostumbraba. ¡Imagínese que aprendí a cocinar! Y nunca me enteré del truco de porqué tenía las manos suaves si es una joda lavar la ropa a mano. Pero bueno, uno hace todo esto por amor, ¿o no?

Lo bueno del nuevo salario es que pudimos contratar a alguien para ayudar con las labores domésticas. Maye nos recomendó a una prima, una jovencita que estaba por entrar a la carrera y necesitaba dinero. Igual que las otras chicas en la oficina, venía de un pueblo del sur, allá por Oaxaca. ¡Oiga! De nuevo se metió la palomilla, está revoloteando atrás de usted. ¿Puede pedir que la saquen?

¡Muchas gracias! Deberían cerrar las ventanas para que esos bichos no entren. ¿En que estaba? Pues esta chica, Tzitizimitli.. igualito me reí. Vaya nombres ridículos que les ponen a las pobres. Le decía, esta chica aceptó quedarse de planta mientras durara el embarazo de Elena. Muy atenta, se levantaba temprano, tenía listo el desayuno, limpiaba la casa e iba por el mandado, cada día preparaba un menú distinto y, aunque le encantaba meter hierbas y chiles de su región, le quedaban súperbueno.

Lo que le encantaba a Elena era que le contara leyendas de por allá y le cantaba canciones de cuna. Incluso mi esposa me dijo que su abuela se las cantaba de niña, que por Tiztzi las recordaba y con ellas arrullaba a la bebé en su vientre.

No, ni idea de lo que significaban las canciones. Cuando le pregunté a la chava me dijo que eran para niñas especiales. Me valió, son asuntos de mujeres donde ni me meto.

Ya que dominé la chamba, empecé a tener mucho tiempo libre. Maye se dio cuenta y venía a hacerme la charla. Un día agarré el toro por los cuernos y la invité a salir el viernes después del cierre mensual. Elena, en casa, estaba con molestias constantes.



La doctora la visitaba en casa y le daba las instrucciones a Tzitzí para cuidarla. Ya llevaba una semana medio sedada así que, cuando yo llegaba a casa, todo estaba apagado y en silencio. Como que necesitaba distraerme, un poco de adrenalina.

Ese viernes fue la primera de muchas veces. Bajamos a Reforma entramos al restorán que la licenciada nos recomendó varias veces. Excelente la comida, pedimos vino como whisky. Apuntele bien o pregúntele a Maye cuando la pesquen: ella fue la que me besó y me metió mano, ella fue quien me calentó. Así que cuando llegó la cuenta, yo ardía en ganas de echármela.

Cuando llegó la cuenta, sentí frío: equivalía a una semana de chamba. Y faltaba el hotel... no quería quedar mal a la primera yendo a un motelucho, menos con una hembra como Maye. Así que tragué duro y saqué la cartera. Pero ella puso antes una tarjeta y, luego de lengüetearme la oreja dijo que no me preocupara, que metería todo como gastos de representación.

Así que nos pasamos al Four Seasons, casi enfrentito de la oficina. Una de esas noches giré, tomé a Maye de la cintura y levanté champán en mano hacia Torre para brindar por el despacho y sus beneficios. Juraría que la licenciada nos veía desde las alturas. Cuando uno anda borracho, todo puede suceder.

¿Que si noté algo diferente con Maye? Más bien descubrí su demonio interno, detrás de esa carita de niña estaba una mujer ansiosa por ser cogida. Nunca pidió condón, hacía lo que quisiera, se disfrazaba máscaras y alas de color oscuro sin nada más encima a cada rato, no paraba de tener orgasmos... incluso, aunque no tenía el vigor de mi juventud, le llenaba el tanque hasta tres veces.



Ya en confianza, íbamos cada dos días al hotel incluyendo el horario de comida. Cuando Elena llegó a noveno mes, pedíamos servicio a la habitación. Eso sí, nunca se entrometió el visitante mensual saca de circulación a las mujeres. Solo era coger y coger, ni una vez insinuó que dejara a Elena o esas jaladas luego sacan las chavas. Lo único medio raro eran esas noches que, de tan tomado, despertaba cubierto de un polvo negro que se extendía por la cama. Dejaba un rastro en la alfombra y huellas de Maye.

Esas mañanas ella ya no estaba, decía que corría a casa a ducharse y mudar de ropa. Yo me sentía agotado, como si me hubieran quitado la fuerza vital y mis huevos estaba chiquitos, chupados hasta el tuétano.

Sin embargo, ella se encargaba de que recuperara las fuerzas. Apenas subíamos en el elevador y ella se iba a la cocineta a un té. Era poderoso: al segundo día recuperaba las fuerzas y las ganas.

¿Elena se dio cuenta? No, ella dormía cuando llegaba a casa. Tzitzí estaba levantaba y se hacía la desentendida. Creo que Maye le contó y nos hacía el paro. Incluso noté que mi lugar estaba desacomodado como si durmiera allí.

Ya me arreglaba y estaba listo para la oficina, Tzitzí la despertaba para que desayunara y charlara conmigo. Nomás le decía que llegaba tarde, cuando ya dormía, porque trabajaba en un proyecto que nos daría más lana si todo salía bien. Elena comentaba que el embarazo la agotaba y que dormía mucho.

¿Qué tiene un video comprometedor? A ver, póngalo...



¡Qué quiere que le diga! La cámara la instalé para vigilar a las sirvientas, luego son unas ratas. Sí, también me tiraba a Tzitzí... con Maye me la pasaba súper pero llegaba con ganas y, como Elena estaba delicada, pues uno aprovecha.

No, yo no modifiqué las cámaras. No tengo la menor idea de porqué cuando estamos en pleno revuelco la imagen chafea. Si, noto que parece que le cambia la cara a algo que se ve extraño y que esas sombras en la espalda parecen alas.

¡Qué asco! No recuerdo eso, ¿qué diablos es? Sale de su boca y me lo inserta en... ¡Parece que me esta chupando algo! Ni madres que voy a dejar que el médico de guardia me examine.

Eso sí que no, niego haberlo hecho con la licenciada. ¡Ni de broma, es mayor que yo! Tampoco fue a la casa. ¿Qué tiene prueba de lo contrario? ¡Vamos, muestre lo que sea!

Ya ve, noche normal, cena. Elena está conmigo y la chica nos sirve el té. Pérese... eso no pasó, no me desmayé. ¡Ah, chingá! ¿Cómo me pudo cargar Tzitzí si era bien pequeña? Vea, ella drogó a Elena, está bien dócil.

Sí reconozco a la licenciada, a Maye pero no a la otra. ¿Dice que es Mezlit? No lo sé pero las otras chicas eran las del depacho. No, no somos de ninguna secta satánica ni acostumbro que las visitas anden desnudas en casa o que pongan a Elena desnuda a mitad de la sala.

¡Dios mío! ¡Qué es lo que sale de Elena! ¡La abrió desde dentro! ¡Pare el video!

Le digo que no manipulé el video. No les puse esas alas negras que parecen recubiertas de una piedra negra, tampoco usé filtros en los rostros para ocultarlos de ojos rodeados por anillos ni les puse un alambre enrollado en espiral sobre la boca. Y me valen las garras en manos como pies. ¡Es en serio! Son un contador, no un hacker o mago de la imagen.

Sí, ya veo... pero Maye fue por mí y me condujo. No recuerdo que me pasaran esa cosa negra con alas que salió de Elena. De acuerdo, la estoy acunado y la miro con amor, como si fuera mi beba. ¡Entienda! ¡Ese-no-soy-yo!

¡Qué asco! Maye y Tzitzí meten esa espiral en la punta de mi verga, chupan dentro y luego la insertan en la entrepierna de las otras chicas. ¡No mames! ¡Y es con todas!

Cállese, clarito veo que se vuelven humana, se visten y se llevan al bebé cuando se largan. Le repito que nomás me acuerdo cuando desperté en el separo cubierto del polvo negro.

¿Esto lo tenía en la mano? Es la letra de Maye, no sé qué quiere decir con eso de que pronto llegarán mi hijos, que agradece que haga florecer los vientres, menos que vendrán por mí.

Que no, no somos una secta. ¡Oiga! Llegan muchas palomillas y están enormes, ¿las pueden sacar? ¿Sí?



Ilustración:
ITZPAPÁLOLT
(Dream 1A)

ACERCA DEL AUTOR

EDUARDO HONEY ESCÁNDON (México, 1969).

(México, 1969) Ing. en sistemas. Participante desde los 90s en talleres literarios bajo la guía de diversos escritores. Publica constantemente en plaquettes, revistas físicas, virtuales e internet. Textos suyos fueron primer lugar, segundo lugar o finalistas. Ha sido seleccionado para participar en diversas antologías. Imparte talleres de escritura para la Tertulia de Ciencia Ficción de la CDMX. Pertenece a la generación 2020-2022 de Soconusco Emergente. Prepara su primera novela.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



RESEÑA

PABLO ESPINOZA BARDI

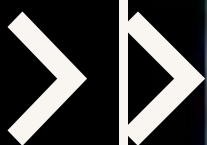
MALDICIÓN DE LOS HATELEY'S

Y OTROS RELATOS



EL TERROR DE PABLO ESPINOZA BARDI

Prólogo por el escritor
Carlos Enrique Saldívar



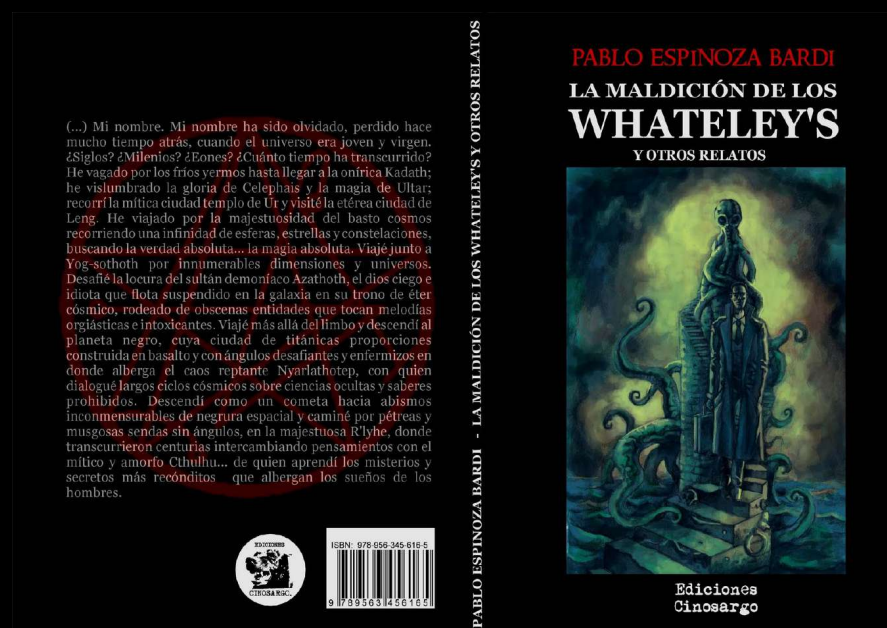
EL TERROR DE PABLO ESPINOZA BARDI (PRÓLOGO AL LIBRO «LA MALDICIÓN DE LOS WATHELEY'S Y OTROS RELATOS)»

Por Carlos Enrique Saldívar
(PERÚ)

Pablo Espinoza Bardi (Arica, Chile, 1978) es el autor de «Necrospectiva Vol.1», obra que consta de diecinueve relatos, escritos entre el 2006 y el 2010. Sus cuentos me agradaron en demasía y me provocaron sobresalto. Su estilo me llamó la atención, onírico, directo, remitía a sensaciones de locura. Eran notables las aplicaciones del horror psicológico y la visión del inframundo, aquel territorio que se mueve bajo el ambiente urbano. Pablo Espinoza ha seguido publicando, lo ha hecho con gran empeño estos últimos dos años. El autor disfruta del género terrorífico; en dicho cuaderno hubo ecos de Clive Barker, Edgar Allan Poe, Robert Bloch. La degradación humana llevada al límite, la descomposición de la realidad particular de un sujeto, debido a la insania. El tema de la maldad humana. Este gusto por el género de terror queda de manifiesto en su tercera entrega: «La maldición de los Watheley's y otros relatos», libro conformado por ocho textos, cuyos temas centrales son la transgresión de lo prohibido, la lectura de libros malditos, los mundos alternos y horripilantes. Se notan ciertas reminiscencias de Howard Philip Lovecraft, célebre escritor de geniales piezas de horror sobrenatural. Lovecraft, también llamado El recluso de Providence, es uno de los autores más recordados y leídos del género, junto con Edgar Allan Poe y Stephen King. Su fama fue tal que se creó a su alrededor el Círculo Lovecraft, con muchos autores que admiraban su obra: Robert Bloch, Frank Belknap Long, August Derleth, Clark Ashton Smith, entre otros. Cada uno de estos excelentes narradores desarrolló paralelamente, o después, una obra muy personal que mantuvo muchas veces la esencia que El recluso de Providence imprimió en sus cuentos. Estas historias estaban enmarcadas dentro de un ciclo primordial para los lectores del género fantástico, «Los mitos de Cthulhu». Este ciclo se circunscribió en su primera época a la tradición de miedo anglosajón. Los elementos fundamentales de estos mitos son: la angustia cósmica del protagonista (mayormente un erudito en busca de un saber vetado) y la expresión simbólica-onírica de esta angustia.

Es increíble cómo muchos autores, al mismo tiempo que Lovecraft, publicaron relatos relacionados con estos temas en las páginas de la mítica revista *Weird Tales*, publicación legendaria que colocaba textos la mar de horrendos, muchos de ellos inconseguibles hoy en día. Es verdad, muchos cuentos de esta laya han quedado anticuados, pero varios de estos temas, personajes y conflictos permanecen vigentes; tal vez nunca puedan dejarse de lado. Prueba de ello es la inconmensurable cantidad de narradores y poetas (por hablar solo de Literatura) que, fascinados por los seres extraordinarios relacionados con el ciclo, han escrito ficciones inmersas en dicha temática desde hace más de setenta años. Es algo excepcional. Los cuentos y novelas adscritos a los Mitos de Cthulhu son muy interesantes y siempre logran dos cometidos: generar miedo en el lector y hacernos comprender nuestra pequeñez con relación a fuerzas externas que no comprendemos. Me parece que aquí debo hacer una digresión muy importante. No deseo limitar al ámbito literario la importancia de Cthulhu y su séquito, los seguidores de este género hemos leído gran cantidad de historias y admirado durante mucho a tiempo a los autores que han ido por esa línea. Sin embargo, no debemos olvidar otras artes que han rendido homenaje o han dado su versión del asunto: la música, las artes plásticas, el teatro, el cine, etc. Citemos solo una obra maestra, el film «Dagon» de Stuart Gordon y Dennis Paoli, que nos brinda una interesante perspectiva con respecto a una de las obras más geniales de H. P. Lovecraft, «La sombra sobre Innsmouth». Esto demuestra la vigencia de este subgénero de la literatura terrorífica; estas adaptaciones son algo que los aficionados y estudiosos de lo sobrenatural agradecemos.

Volvamos a la literatura. La prueba más fehaciente de la buena salud de la que gozan estos mitos es la enorme cantidad de textos pertenecientes al ciclo que hoy se publican en revistas del género, virtuales e impresas. Muchas de estas narraciones y poemas de autores de todo el mundo poseen una calidad impresionante, lo cual refleja que la temática puede manejarse de forma apropiada con un estilo original.



Tal es el caso de Pablo Espinoza Bardi; desde el primer cuento de esta entrega, «Mr. Graveyard», manifiesta un excelente dominio de la temática lovecraftiana (en este punto ya no podemos hablar de un solo escritor-fuente, sino de una legión de autores inscritos dentro de esta magnífica corriente); Espinoza Bardi nos sorprende con un estilo enteramente propio. Podría ser un homenaje, quizá, aunque... ¿escribir un cuento de vampiros puede considerarse hoy en día un tributo a «Carmilla» de Sheridan Le Fanu o a «Drácula» de Bram Stoker? Pues no. Los mitos de Cthulhu pertenecen hoy en día a la cultura general. Concebir un relato ambientado en dicho universo, más que un pastiche, es una extensión artística de un árbol fabuloso. Es una nueva trocha hacia aquel mundo lleno de posibilidades que nació de una semilla plantada por El recluso de Providence. Las frases cortas de este libro, las imágenes potentes, la focalización onírica, se logran mediante una serie de técnicas, propias de Espinoza Bardi. Como dije, la vigencia de los mitos justifica la escritura de este tipo de cuentos. El horror cósmico es actual, como el cuento de fantasmas, de licántropos, de terror cotidiano (Stephen King), o de fuerzas malignas que quieren dominarnos (Dean R. Koontz).

Es cierto que muchas constantes lovecraftianas se perciben en los cuentos de «La maldición de los Watheley's y otros relatos», pero muy importante es el modo de contar las historias. El sentido de las cursivas al final del primer relato, así como las imágenes de ensoñación macabra en «Los últimos dioses», muestran la visión personal del artista creador con respecto a la temática del cuentario. Los ceremoniales negros, en «Marcha fúnebre hacia el valle sagrado», son un claro ejemplo de la validez del discurso de Espinoza Bardi, nótese la vacilación del protagonista al ser absorbido por una realidad atosigadora, muy tormentosa, muy singular. «El llamado de Muu Zebbuth, “El alquimista”» trata el tema del brujo, tópico muy común en otro maestro de la literatura de terror, Clark Ashton Smith, quien destacó por su lenguaje depurado, intelectual y bastante pulido. En este libro, Espinoza Bardi hace gala de un lenguaje claro y sencillo, lo cual certifica eso que intenté calificar como un estilo particular dentro de una temática general. El autor usa las técnicas de un modo sobresaliente; por ejemplo, en el cuento «El ser en el mausoleo» utiliza un documento confesional para hacer más verosímil su ficción, recurso muy usado por Lovecraft, que solía citar documentos, periódicos y localidades auténticas en sus narraciones, para lograr verosimilitud y aumentar el efecto terrorífico.



Además, nótese en este relato y en los siguientes un horror progresivo, in crescendo, que al final desemboca en una tragedia de grandes proporciones, una direccionalidad muy común en esta clase de narraciones. El hombre es destruido por aquello que no entiende.

Ficciones muy eficaces todas ellas, que van desde el asunto de los libros prohibidos: «Mr. Berneth», hasta la desesperación del protagonista que se embarca en una aventura apabullante: «¡Chak! ¡Chak! ¡Chak!». La prosa fluida genera interés y se enlaza bien al argumento. De todos los relatos destaca el último, el más largo y que da título al libro, el cual narra un oscuro secreto alrededor de una familia; dividido en capítulos, se percibe en este un acercamiento progresivo hacia apoteósicas consecuencias que doblegarán las emociones del receptor más impávido. Le brindo mis felicitaciones a Pablo Espinoza por este inquietante libro, mis deseos de éxito para que siga creando (si continúa dentro de esta corriente literaria, mejor), y mi agradecimiento por permitirme prologarlo y tener oportunidad de acercarme en primer lugar a esta obra de gran valía para la literatura.

Lima, septiembre de 2011

Carlos Enrique Saldívar, escritor, editor y crítico peruano de literatura fantástica.

(...) Mi nombre. Mi nombre ha sido olvidado, perdido hace mucho tiempo atrás, cuando el universo era joven y virgen. ¿Siglos? ¿Milenios? ¿Eones? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? He vagado por los fríos yermos hasta llegar a la onírica Kadath; he vislumbrado la gloria de Celephais y la magia de Ultar; recorrí la mítica ciudad templo de Ur y visité la etérea ciudad de Leng. He viajado por la majestuosidad del basto cosmos recorriendo una infinidad de esferas, estrellas y constelaciones, buscando la verdad absoluta... la magia absoluta. Viajé junto a Yog-sothoth por innumerables dimensiones y universos. Desafié la locura del sultán demoníaco Azathoth, el dios ciego e idiota que flota suspendido en la galaxia en su trono de éter cósmico, rodeado de obscenas entidades que tocan melodías orgiásticas e intoxicantes. Viajé más allá del limbo y descendí al planeta negro, cuya ciudad de titánicas proporciones construida en basalto y con ángulos desafiantes y enfermizos en donde alberga el caos reptante Nyarlathotep, con quien dialogué largos ciclos cósmicos sobre ciencias ocultas y saberes prohibidos. Descendí como un cometa hacia abismos inconmensurables de negrura espacial y caminé por pétreas y musgosas sendas sin ángulos, en la majestuosa R'lyhe, donde transcurrieron centurias intercambiando pensamientos con el mítico y amorfo Cthulhu... de quien aprendí los misterios y secretos más recónditos que albergan los sueños de los hombres.

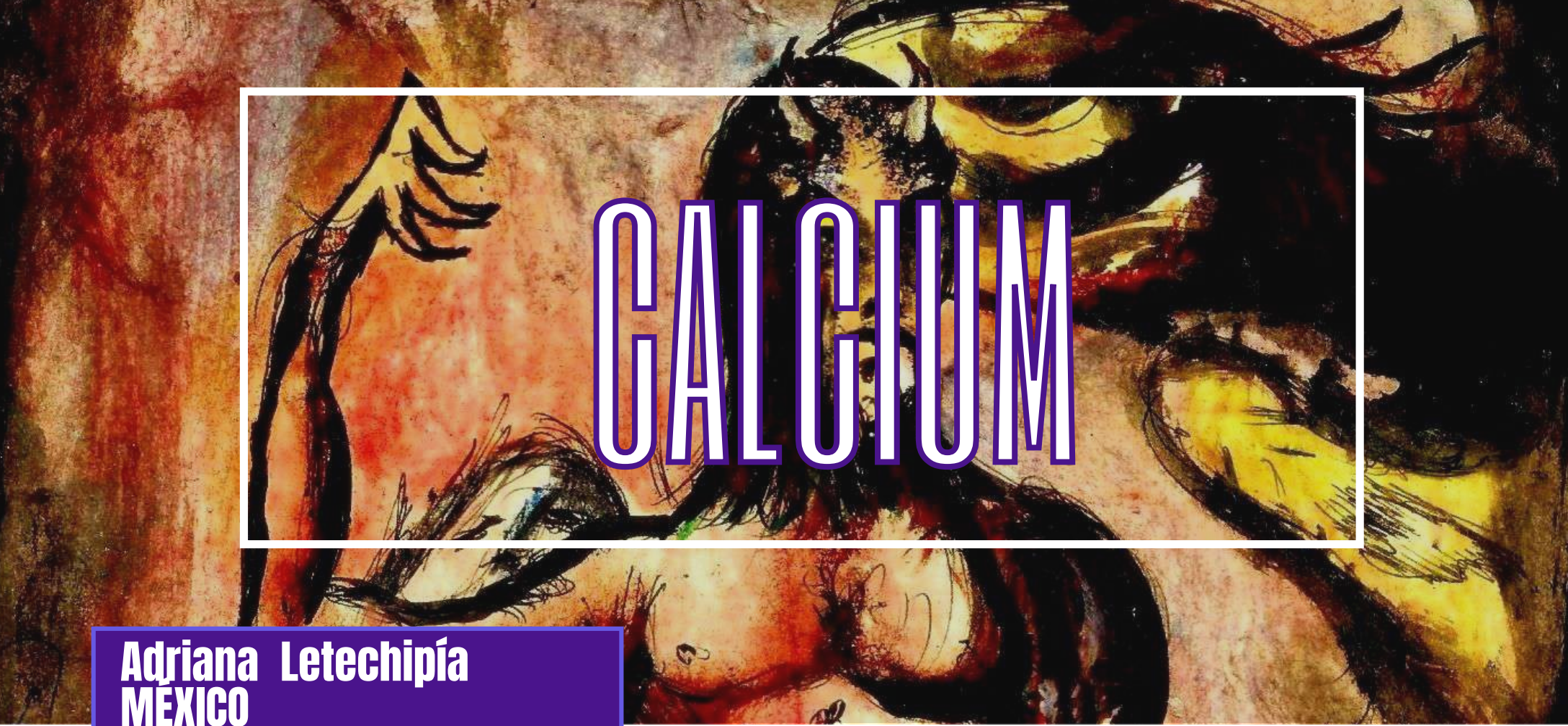


PABLO ESPINOZA BARDI - LA MALDICIÓN DE LOS WHATELEY'S Y OTROS RELATOS

PABLO ESPINOZA BARDI
LA MALDICIÓN DE LOS
WHATELEY'S
Y OTROS RELATOS



Ediciones
Cinosargo



CALCIUM

Adriana Letechipía
MÉXICO

Estaba cansada por haber visitado todos aquellos lugares. Miró sus manos, tenían sangre, provenía de ella. El vientre le punzaba.

El callejón estaba solo. Las noches en Regina usualmente eran sórdidas, llenas de gente. Esa vez estaba oscuro y desierto. La lluvia había ahuyentado a la fauna nocturna.

Miró de nuevo sus manos, ya no eran como las recordaba.

Hace tan solo un año, la sangre emanaba de su brazo roto. El hueso se transformó en un arma que atravesaba su carne de adentro hacia afuera. El líquido emanaba caliente a borbotones, bañándola. La calidez del líquido hizo que se relajara. El manto negro de la inconciencia cubrió su cuerpo.

Cuando despertó, se encontraba en una camilla del Instituto Nacional de Ciencias Médicas. Su amiga Lupe, una mazahua joven y pequeña, leía la pantalla del celular a su lado.

—¿Qué pasó? —la voz sonó pastosa por los opiáceos que circulaban por su cuerpo. La piel morena contrastaba contra los vendajes que cubrían tres cuartas partes de ella.

—Inche Lizy, llevas tres días dormida —Lupe guardó el celular entre sus ropas, se acomodó un mechón de cabello negro. Su acento fue inconfundible.

—Las escaleras...—quiso incorporarse, pero el peso de los analgésicos la tumbó de nuevo.

—Lo sé, fue un error dejarte sola —Lupita se acercó para reconfortarla.

—No alcancé a sostenerme del barandal.

—De hecho, si te sostuviste. El barandal se vino contigo por el peso de tu cuerpo —Lizy dejó correr un par de lágrimas—. No llores, ¿te duele? Le llamaré a la enfermera para que te ponga más analgésicos —Lupita tomó el timbre al lado de la camilla, apretó hasta ver una luz roja.



Avergonzada, guardó silencio. Había subido de peso por no poder hacer ejercicio. Odiaba su vida, quería soltarlo todo. Más analgésicos era lo que necesitaba en ese momento, sumirse en una mullida nube de bienestar, aunque fuera momentáneo.

Un hombre alto, de cabellos ondulados pegados al cráneo, entró en la habitación. Era el doctor González.

—Buenos días —rebuscó entre sus papeles—. ¡Liztli! Te caíste de una escalera. Qué feo.

—Mi amiga tiene dolor, necesita más analgésicos —se adelantó Lupita.

—Desgraciadamente no podemos darle más, puede desarrollar dependencia. Vas a tener que aguantar como las campeonas un par de horas.

—¿Hay algo que se pueda hacer?

—Desgraciadamente su osteoporosis está muy avanzada y no ha sido bien atendida. Si no hace algo, la próxima vez no podremos ayudarle.

Su sonrisa no era del todo honesta. Parecía esconder algo. Extendió un portapapeles con lo que parecía un contrato.

—Firme hasta abajo para participar en nuestra nueva investigación. Es un consentimiento informado. Ahorraría dinero, sería gratuito. Estamos probando un nuevo fármaco que protege los huesos y promueve su crecimiento.



@elaxiomarevista



Los opiáceos le ensordecían, firmó las hojas. Quería terminar con ese problema. Desde hacía varios años que no disfrutaba de una vida sexual, pasaba mucho tiempo en cama o sentada, ni hablar de salir en carro o de viaje. Se sentía como una muñeca de barro que se podía romper en cualquier momento.

Tenía la pierna rota en tres partes, el brazo en dos. La cadera debía de reemplazarse, era la tercera vez que se fisuraba.

Se sumió en sueños. Ignoró el resto del documento.

Fue internada en el instituto. Lupe la visitaba tan seguido como se lo permitían los médicos. Recibía a diario una serie de inyecciones directas al hueso. El aparato que las administraba estaba diseñado para tal efecto. Un grupo de dieciséis agujas desechables, biseladas, sujetas formando un cuadrado, estaban adaptadas a un dosificador. Atravesaban piel, grasa y músculo hasta llegar al periostio donde vertían el fármaco. La propia herida hacía el doble trabajo de permitir la entrada y estimular la reparación del tejido.

Lo que al principio era esperanza, se convirtió en tortura. Poco después logró ver el resultado de la investigación en carne propia. Pasaba cada vez más tiempo en la salita, al lado de Lupe, mientras los otros pacientes se distraían de la rutina que significaban las paredes blancas y la luz artificial. El resto del tiempo lo pasaba en la camilla tras las inyecciones o en el jardín para complementar la terapia con los rayos del Sol.

A los tres meses estaba en el gimnasio de rehabilitación. Lupe observaba cómo el cuerpo de su amiga se llenaba de energía.



Le facilitaba la dieta rica en calcio prescrita por el doctor González. Sopa de pescado, cartílago de cerdo u otros animales. Suplementos y verduras ricos en minerales. Le gustaba verla fuerte, había perdido peso, los músculos estilizaban su cuerpo y se conducía con mayor confianza.

Al recibir el alta era una mujer nueva. Lupe le ayudó a mudarse a un departamento. Se inscribió al gimnasio de la colonia y gustaba de montar bicicleta. Viajaba sin temor en transporte público y compraba sus alimentos en la central de abastos donde las masas de gente la rodeaban constriñéndola constantemente. Una experiencia que se antepone a la soledad de su casi olvidada enfermedad.

Especialmente le gustaba ir a la pescadería a elegir las cabezas más grandes y carnosas. Las hervía con papas para comerlas en gran cantidad.

Sin embargo, un día, cuando el gas de la estufa se terminó, la sopa quedó mal cocida. Era tanta su hambre que se animó a comerla de esa manera. Estaba encantada con el nuevo sabor fuerte que impregnaba su lengua, la carne cruda de consistencia apetitosa, la grasa adherida al paladar.

Su hambre feroz la orillaba a disfrutarlas casi inmediatamente después de comprarlas. Se internaba en los pasillos solitarios y oscuros de la central, mordía las mejillas de los robalos. Los ojos los succionaba y se relamía la comisura de los labios para recoger toda aquella gelatina de humor vítreo.

—¡Uy! ¿A qué huele? —a Lupe no se le escapaba una. Percibía el olor en la ropa de Lizy.



@elaxiomarevista



—Compré pescado.

—¿Y dónde está?

Palideció, argumentó haber olvidado el paquete.

Fueron días de placer hasta que comenzó a perder peso y ganar altura. Lupe lo notaba, pero trataba de ignorarlo por la buena salud que demostraba su amiga. Lo atribuía a la terapia junto con el cambio de estilo de vida.

En el gimnasio se hizo de amigos, aunque a decir verdad ellos la estimaban por la fuerte sensualidad que emanaba del sudor de su cuerpo. Una superhembra.

Muchos la deseaban, pero no se atrevían a invitarla a salir. Su confianza era abrumadora.

—Chula. ¿Quieres ir a tomar unos tragos con los cuates? —Sergio era aquel hombre que se la vivía en los gimnasios tomándose fotos y bebiendo suplementos. De pecho ancho con piernas delgadas.

—Claro.

La vida sexual de Lizy dio un giro. Todo el tiempo sentía deseo, mismo que satisfacía en casa a solas o con compañeros esporádicos. Sergio sería uno más.

Esa noche se despidieron de los cuates, jóvenes que no escondían su homoerotismo. Bailaban frotando sus cuerpos, porque no había mayores merecedores de aquellos músculos.

Tomaron un taxi para llegar al departamento de Lizy.



Un inmueble sencillo de la colonia Portales.

Se deshizo de su blusa y pantalón. Sergio desabotonó sus jeans para liberar su sexo. La sorprendió con un golpe en la cara, ella cayó de nalgas. Le asestó otro golpe en el abdomen, la tomó de la cadera y la giró para penetrarla por detrás.

—Pinche putita, te crees mucho pavoneándote en el gimnasio. Ora si vas a ver lo que es bueno.

Mientras Lizy se reponía del golpe, Sergio pasó sus manos por su espalda, tocó las vértebras considerablemente sobresalientes. Bajó hacia la cadera donde las crestas ilíacas eran afiladas. Al tocar el pubis, una punta aguzada lo disuadió de seguir. Se separó perdiendo la erección.

—¿Qué diablos? — miró el cuerpo desnudo de su compañera, cayó en la cuenta de la forma insectoide que tenía.

Recuperada, Lizy giró su cabeza 180 grados, saltó hacia la maldita bestia que la lastimó. Sergio gritó.

Lizy dio un paso rápido, irguiéndose. Lo abrazó para atraerlo a sus labios, mordió su carne, le arrancó la nariz de un tajo. Sergio trató de zafarse, seguía gritando. Ella torció su cuello para silenciarlo, cayó como un muñeco de trapo. La sangre manchó el piso. Lizy se hincó para seguir mordiendo su cara, el cuello, las orejas. Aquel cartílago era dulce y ácido. Delicioso. Continuó engullendo las mejillas junto con el hueso del cráneo, dejándolo irreconocible. Se debatió entre seguir o parar. No se reconocía a sí misma, el hambre era fuerte. Llamó a su amiga.



—¿Qué pasó aquí? —Lupe recogió las enaguas de su vestido negro para no ensuciarlo. Rodeó de puntitas el cuerpo de Sergio.

—No quería hacerlo, íbamos a coger. El pendejo me golpeó en la cara. No sé cómo hubiera terminado de no haberme defendido —Lizy se abrazaba. Traía puesto un camisón que mostraba cuán angulosos se habían vuelto sus hombros y caderas. La espalda encorvada le daba un aspecto sobrenatural.

Lupe miraba con horror morboso.

—¿Ahora qué voy a hacer? Esos médicos me volvieron un monstruo.

—El único monstruo aquí es ese pendejo. Traigo el carro, vamos a deshacernos del cuerpo.

Lizy lo desmembró, como si fuera pollo hervido y lo metieron en bolsas negras. La noche protegió a estas criaturas extrañas. Lo llevaron a la carretera donde lo tiraron en una zanja llena de basura. Pasarían meses antes de que alguien reparara en él, y meses más para reconocerlo.

Regresaron en silencio, alumbradas por los focos de los carros que se encontraban de frente. Lupe cortó la atmósfera en el interior del carro.

—Es como si tuvieras un superpoder. ¿Te das cuenta de lo poderosa que te has vuelto?

—Soy un monstruo. No resisto el hambre. La vulva me duele. ¿Qué fue lo que me pasó?

—Pasó que ahora eres una mujer con mayor confianza, dueña de ti misma y con el control. Podrías usar esto para lograr algo de provecho.

Lupe sacó el celular, puso la galería de fotos para mostrarle el rostro de las mujeres desaparecidas el último mes. Lizy lo tomó con sus dedos angulosos.

—En otras circunstancias este wey te hubiera matado. Piensa en cuántas mujeres han enfrentado su muerte de esa manera tan horrible. Imagina que te chingas a esos cabrones. Serías una heroína. Dudo mucho que el sistema penal cambie en los próximos veinte años. Yo no diría ni pío porque esos cabrones desaparecieran.

Sabía que las cabezas de pescado ya no serían suficientes, necesitaba algo más. Trazaron planes el resto de la noche. Lavaron la sangre del departamento, eligieron el siguiente paso.

Varios tipos desfilaron frente a las intenciones de Lizy, a quien apodaron “La Mantis”. Muchos lograron huir con solo un susto, pero aquellos que mostraban claras intenciones de más que un revolcón, sufrieron las consecuencias.

Se transformó en la silueta de una mujer hermosa, recortada por la luz de la luna. Las manos fuertes sosteniendo la carne de su víctima. Los dientes agudos devorando nariz y ojos. El hueso triturado. El color rojo de la calle.

Apenas dejaba pistas del destino de aquellos depredadores. Los engullía en cuestión de horas. El cobijo de la noche era su gran compañera.

La voz se corrió, muchas mujeres jóvenes portaban blusas estampadas con una mantis en el pecho. Aquellos que lograron huir, hablaban de una mujer de grandes ojos rodeados por espinas de hueso.

Al dejar su forma humana, Lupe se convirtió en la carnada. Por su baja estatura, era confundida con una joven colegiala. Lizy pasaba cada vez más tiempo en callejones oscuros, perdiendo la razón. La última vez que habló le pidió a su mejor amiga evitar que se convirtiera en un monstruo. Lupe supo que era el final cuando mujeres, hombres, niños, viejos, se volvieron alimento de la mujer Mantis.

—Lizy, ven aquí —las lágrimas surcaban el rostro de su amiga. La Mantis apenas la reconoció.

Lupe sacó un arma, disparó tres veces directo al abdomen de la criatura, se retorció. A pesar del exoesqueleto, producto de la metamorfosis, el vientre permaneció suave e hinchado. Antes de morir, éste comenzó a contraerse, dando salida a algunos huevos color carne entre chorros de una sustancia viscosa. Con las manos temblando dirigió las últimas balas contra aquellos no natos. Al cabo de un rato dejaron de moverse al igual que su madre.

La lluvia caía, Lupe se alejó del callejón de Regina, recordando las manos suaves y frágiles de aquella que una vez fue su mejor amiga. No repuso en los huevos que quedaron adheridos a las paredes de aquel lugar, así como de muchos otros repartidos por la ciudad.



Ilustración:
Quimera
ISRAEL MONTALVO
(CDMX, México).

ACERCA DEL AUTOR

ADRIANA LETECHIPÍA SALCEDO (Ciudad de México, 1984)

Adriana Letechipía Salcedo nació en la ciudad de México en 1984. Es Maestra en Ciencias del Instituto Politécnico Nacional. Ha participado en la producción de simposios, programas de investigación y en la divulgación de la ciencia.

Es la presidenta actual de la Tertulia de ciencia ficción de la Ciudad de México, con quien promueve reuniones y la escritura del género a través del taller permanente y gratuito Gran Colisionador de Textos Especulativos. Ha sido publicada en diversas antologías digitales hispanoamericanas y revistas nacionales.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



KAJI'IMOX

LA IRA DEL IMPERIO KAKCHIQUEL

Romeo Marmol
GUATEMALA

Lejano ha quedado ya Chi Iximche', aquel mágico imperio borrado por el tiempo; allá donde el rayo unía la ira del cielo con la indómita voluntad de la tierra. Bajo el interminable baile del sol con la luna, en donde danza tras danza aquellas infinitas estrellas los contemplaban de manera cíclica a lo largo de longevos Katún.

Ahí en el corazón del imperio, donde la madre Ixmukané, daba a la mujer sabiduría para urdir el extenso hilo de vida que daba continuidad a una generación tras otra, desde el mismo seno de su vientre. Allá donde los niños eran instruidos por los atávicos espíritus de los abuelos a través de la furia de B'alam, la astucia de B'atz, el sigilo de Ch'oy, la elegancia de Kaquix, el coraje de Juyab'al aq y la persistencia de Jemasäq.

Justo ahí, a las puertas de ese imperio donde todo comenzó, allí cuando las manos se enterraban en la tierra y los pies se tensaban por estar encucillados. Cual feroz jaguar que espera a su presa, el príncipe guerrero se ocultaba para emboscar al invasor.

Chi Iximché, imperio del real sacerdocio maya, en donde entre el juego de pelota y la observación de los planetas, el cabeza de calpul ordenaba el sacrificio de sus macehuales, pues la sangre impía de un esclavo jamás era digna de los dioses. Desde las entrañas del Xibalbá, Hun-Camé hacía rugir a Hurakán el corazón del cielo con rayos, al matar a miles de estrellas, obligándolas a caer sobre la faz de la tierra para formar el gran lago de fuego; Vucub Camé ordenaba a Sotz'il que volará y que llevará con él la oscuridad de la muerte. Segando al invasor, al conducirlo a él y a las almas de sus huéspedes al gran lago de fuego.

El casco era liviano, su celda se adaptaba a la vista; la gola resultaba incomoda, pero necesaria para cubrir el cuello; el peto era grueso y pesado, justo para resistir los embistes de las lanzas y las saetas; los escarcelones eran grandes pero necesarios para cubrir el vientre y el sexo; y las rodilleras, grebas y escarpes, obligatorias para proteger las piernas y los pies.



El invasor caminaba silencioso y confiado bajo el amparo de la noche y la espesura de los árboles; incapaz de ver al frente a Yum Kimil, dios de la muerte quien se burlaba de ellos al profetizarles una eternidad de descomposición.

La suave brisa que descendía de la cima hacia el valle, arrastraba consigo las hojas secas del nogal en un rítmico castañeteo, que a ojos del invasor era solo eso, sin poder ver realmente que era el mismo Buluc Chabtan, dios de la guerra quien arrastraba su jul y salía a su encuentro para presenciar el sacrificio que le correspondería recibir. Los cedros se cruzaban con los encinos, la humedad que manaba debajo de ellos resultaba ser una fragancia dulce y excitante para los sentidos, haciendo de la oscuridad de sus copas, la morada imperceptible del guerrero imperial. El invasor, intentando alertar este mal, ordenó a sus tropas estrechar filas en formación defensiva para así anticipar el momento del ataque; pero su preocupación fue vana, pues varios soldados de su tropa ya habían sido tragados por la silenciosa oscuridad. El miedo empezó a sentirse entre las filas, obligando a todos a enfundar sus espadas roperas y a prepararse a apuntar con sus arcabuces.

Una luz fulguraba a la distancia, era el respirar de las luciérnagas que de forma creciente, inundaron el bosque, evidenciando la presencia del invasor. Sus ojos se encandilaron, nada pudieron ver, ignorando el hecho que, aquel resplandor no manaba de un simple insecto, sino que eran las antiguas voces de las almas nacidas del wa'tesinaj que exigían sangre y sacrificio; que al igual que ellas, el invasor y sus huestes estaban condenados a nacer de nuevo, a través del sacrificio para vagar como errantes por aquel mundo verde por toda la eternidad.



@elaxiomarevista



Con sangre humana, hueso pulverizado y cal se obtenía el negro azabache, propio de la pintura guerrera que investían los poderosos y temibles holcattes, guerreros herederos del linaje de Chac Bolay el dios jaguar, que con una hermosa y larga cabellera trenzada que pendía en derredor de sus hombros y una afilada b'aj, hacían de este guerrero el depredador perfecto.

La espesura de la niebla se mezclaba con la pintura de los guerreros, no se podían ver, pero sí se escuchaban, pues el filo de sus líticas armas cortaba el viento cuando estos las blandían. El pánico de las huestes invasoras creció tanto al darse cuenta de que estaban rodeados; al punto que, mientras unos se paralizaron, otros se desmayaron. Una fogata se había encendido por la retaguardia de las huestes invasoras, unos ojos rojos se reflejaron debajo de ella y una poderosa orden, cual rugido de jaguar manó de su boca; era el batab, que infundiendo terror en el corazón del invasor y sus tropas, ordenó a los guerreros empezar la feroz batalla.

El filo de las hojas se elevó hacia el cielo y bajo el resplandor de aquellas fugaces estrellas, se pudo apreciar la trayectoria de las hachas, las cuales, no impactaron ni en el escudo, ni en la armadura del invasor, sino que, de manera inexorable se enterraron en el corazón de aquellos temibles guerreros. El terror rápido se convirtió en horror, al ver aquellos cientos de pares de ojos vengativos, congestionarse sin la más mínima expresión. Las hojas se enterraron en sus pechos, mientras que con sus manos y su último hálito de vida, extrajeron su corazón; uno a uno fueron cayendo, la incredulidad de forma paralela fue creciendo.

Pasado un momento, el mutis se rompió.



Un soldado, de manera temerosa preguntó: si aquellos guerreros, al ver a las tropas de Cristo, habían temido y por eso el suicidio se convirtió en su única opción. Los invasores se asombraron ante tal cuestionamiento, pero una estridente sorna afirmó, que en efecto, la luz del Señor les permitió ver la grandeza de la hueste, por lo tanto, el suicidio del pagano fue su única opción. Todos se rieron, todos se burlaron pero al final todos erraron.

Nunca reflexionaron el porqué de aquel acto; Ignorando que los guerreros nunca salieron a su encuentro para luchar en contra de ellos, sino más bien, para sacrificarse delante de ellos.

Innegable era el hecho que, entre el suicidio y el sacrificio existía una abismal desemejanza. El primer acto se hacía por cobardía, mientras que el segundo, era la máxima expresión del valor. Los guerreros lo tenían claro, pero los invasores no. En alegre marcha encaminaron sus pasos hacia Chi Iximché, morada del oro, de la plata y de cuanta piedra preciosa existiese.

Desde la cima del templo ceremonial, el Jalach wíinik o gobernante los veía aproximarse, debido a que era un gran líder y un poderoso guerrero, fungía como nacóm de turno; siendo él el puente entre el mundo mortal con el reino espiritual, alzó sus manos e invocó a los grandes señores de Xibalbá. Ante la sagrada presencia de Hun-Camé y Vucub-Camé el temible Kaji' Imox pactó una eternidad de servicio y adoración tanto él como su imperio para aquellas sagradas divinidades. Bienaventurada fue la ofrenda recibida del emperador hacia los dioses, tanto que aquellos decidieron apoyarlo para consumir su venganza.

Morador de la quinta casa del inframundo, despiadado asesino devorador de sangre y portador del sagrado cuchillo ceremonial de sacrificios, Camazotz, dios vampiro fue llamado ante la presencia de aquellas divinidades. Bajo pacto de sangre erigiría a su legión, la cual bebería sangre, comería carne y saborearía los huesos de las huestes del invasor.

Subiendo al mundo mortal para caminar entre los hombres, Camazotz, tomó los corazones de los sacrificados guerreros como agradable ofrenda para sí. Llenando con sus sangre aquellos órganos, los devolvía a sus cuerpos, haciendo nacer nuevas criaturas; Seres de tez blanca como la luna, de ojeras vasculares tan azules que evocaban la profundidad del mar, con un par de orejas finas y puntiagudas, poseedores de una mirada dominante en un iris tan negro como el jaspe y una córnea tan roja como el ópalo de fuego. Con largos colmillos frontales para desangrar y afiladas garras sobre finas manos; aquellos hijos de la noche manaban una poderosa aura de muerte.

Bajo la luz de la luna las paredes de oro y de plata resplandecían con la misma intensidad de una fogata, Chi Iximché era una corona revestida con infinidad de piedras preciosas. El silencio y la soledad dieron paso al alegre saqueo, Dios era grande, Dios era bueno. Un soldado se agachó para recoger un enorme diamante, notó que no lo pudo agarrar, quiso hacerlo de nuevo, pero al no poderlo hacer, vio horrorizado como la piedra se bañaba en sangre, misma que brotaba de su mano, la cual ya no tenía dedos. Desesperado intentó gritar, pero una leve presión en su cuello se lo impidió; poco a poco sus ojos dejaron de ver y el frío de la noche lo llevó hacia la oscuridad eterna.



Sobre las cabezas de las huestes invasoras, uno a uno los fueron mermando. Las percusiones de los arcabuces resonaban en todas direcciones a lo largo de aquellas sacerdotales paredes, las continuas deflagraciones terminaron segando los ojos de aquellos desesperados soldados; uno de ellos quiso correr, pero sus pies se habían enredado en algo, al intentar levantarse pateando para desembarazarse de aquello que lo había hecho caer, notó que la espesura de tal entrecruzamiento no provenía de ninguna planta, sino más bien, nacía de sus propias entrañas; igual que todos, quiso gritar pero un par de ojos rojos se posaron delante de él, sintiendo el apoyo de otros labios sobre los suyos, presenció como su lengua le abandonaba en un grotesco y sanguinario desgarró, liberando así, la sangre prisionera en su cuerpo hacia la infinitud de la tierra.

El clamor de las huestes invasoras fue grande, invocaron a Dios, pero no le encontraron. En medio de la desesperación, todos se separaron, un soldado quiso disparar, pero al levantar sus brazos e intentar apuntar, presenció como estos le abandonaron; dos manos abrazaron su cabeza de atrás hacia delante, introduciendo los dedos en su boca y presionando en ambas direcciones, deshaciendo la cabeza como cuando se rompe un huevo.

Creyeron que bajo la espesura del bosque hallarían refugio, pero igual, todos fueron cazados. A unos los desmembraron, a otros los evisceraron y a unos cuantos pocos, corrieron con la irónica suerte de solo desangrarlos. Aquella noche, Chi Iximché se bañó en sangre; Camazotz y sus hijos, bailaron sobre los cuerpos muertos de sus enemigos... ¡Quilitz, quilitz! (revolotearon) ¡Quilitz, quilitz! (a todos desangraron).

El invasor al ver a sus huestes consumidas no supo qué hacer, si corría lo mataban, si se quedaba, moría también. En medio de la confusión, su naturaleza (como era costumbre) lo acobardó; aprovechando que todos lo ignoraban, hacia el templo ceremonial huyó, esconderse quiso, pero esto, Kaji' Imox lo preveo. Al llegar al templo, el príncipe guerrero le recibió; tomándole por el cuello, este lo elevó y viéndole a los ojos, con una despiadada sonrisa lo sentenció:

¡Tonatiuh!

Eleq'on

Desde el primer momento en que profanaste este reino,
el cielo se desgarró y la tierra se secó;
pensaste que sería tan fácil como el imperio de Q'umarkaj,
creíste que yo poseería la nobleza de Ahau Galel.

Tu arma fue el engaño,
y tu distintivo la traición;
inundaste estas tierras con sangre inocente,
mismas que junto con tus huestes
te ahogaré hasta la desesperación.

El gran lago de fuego será tu único refugio.
una vez llegues a las entrañas del inframundo;
en donde el tiempo y la muerte celarán tu suerte,
por estar condenado a llevar la peste,
de tus impúdicos y viles actos,
ante tantas almas inocentes.

¡Maldito seas!



Aquella noche, el invasor caminó desde la lejana capitanía del mundo verde, hasta el virreinato de la Nueva Alma mater; se dijo que murió como consecuencia de una embestida de bestia, pero lo cierto es que, caminó errante por el mundo, careciendo de alma y de conciencia, atormentado por no hallar la muerte, buscó la cumbre del cerro, donde desde lo más alto, de cara al frente saludó al vacío, creyendo (erradamente) que, por su servicio a Dios, este le recibiría en su reino, pero cuan alejado estaba de ese sueño, pues en las profundidades del gran lago de fuego, han pasado los siglos y no ha amainado su tormento.

En cuanto al resto de sus desgraciadas tropas, los que sobrevivieron al desmembramiento y solo fueron desangrados, caminaron condenados hasta ser transformados por Cuchumaquic, el gran recolector de sangre; vaciando sus cuerpos de aquel elemento vital, lo sustituyó por sabia de pino, maldiciéndolos a caminar como a criaturas del bosque, que con el transcurrir de las extensas centurias, siguen caminando como seres mitad hombres mitad plantas, sin memoria alguna de su vida pasada.

Finalmente, el gran príncipe reunió a su legión y bajo las fugaces luces estelares, jugaron a la pelota, donde sacrificaron a los más valientes, una y otra vez en honor a su padre Camazotz, en donde la inmortalidad hizo gala de la eterna fiereza de aquel sagrado imperio. Llegada la mañana, como una sola conciencia, elevaron sus manos ante los primeros rayos de Nohok Ek, la gran estrella vespertina; resonando a gran voz alaridos y gritos de guerra, las flautas, los tambores, los cascabeles y los caracoles dieron lugar a las mágicas danzas de guerra.



@elaxiomarevista



La llama celestial se encendía, las divinidades del inframundo demandaron su tributo y desde el altar ceremonial aquel gran imperio, pagó con sangre, carne y fuego la delicia de aquel triunfo. Kaji' Imox y sus guerreros se deleitaron viendo por última vez al cielo mientras a cenizas a todos ellos los redujeron.

Lejano ha quedado ya Chi Iximche', aquel mágico imperio borrado por el tiempo; donde las memorias y las crónicas de la Colonia decidieron silenciarlo, pero la voz de la resistencia, tal cual raíz se pudo profundizar, ha florecido una y otra vez a lo largo de las centurias, llevando por consigna el “transmitir y no olvidar” el recuerdo de aquellos mágicos guerreros, que ferozmente resistieron, durante una sola noche en que como hijos de Camazotz, vampiros se convirtieron.



Ilustración:
Hijos de Camazotz
(1A Dream).

ACERCA DEL AUTOR

Romeo Marmol Aguilar (Guatemala, 1985).

Mi nombre es Romeo de Jesús Marmol Aguilar, nací en la ciudad de Guatemala un 10 de septiembre de 1985, actualmente tengo 36 años; soy licenciado en Ciencias Criminológicas y Criminalísticas. Desarrollándome en el ámbito laboral como Prosector (Técnico forense 2008–2011) en el Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Guatemala (INACIF); actualmente me desempeño como agente de seguridad presidencial en la Secretaría de Asuntos Administrativos y de Seguridad (SAAS). Adicionalmente, soy profesor en enseñanza media de Lengua y Literatura por parte de la universidad San Carlos de Guatemala.

El

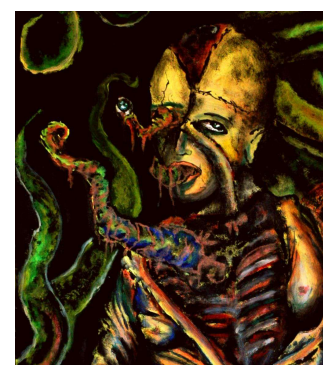
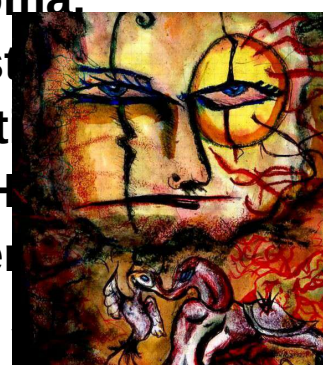
AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



UN ILUSTRADOR DE LO MUTANTE Y TRANSGRESOR HUMANO

Para la ilustración de algunos de los títulos de los cuentos de este séptimo número de El Axioma, contamos con la participación de uno de nuestros colaboradores de la Ciudad de México, el multifacético escritor y artista plástico Israel Montalvo. Ha compartido con nosotros cuentos de terror y ciencia ficción, pero ahora tocó darnos una probadita de ilustraciones mutantes y con un faceta de lo humano brutalista.



Israel Montalvo (CDMX, México), es un trazador de mundos perdidos, los cuales ha manifestado en diversos medios artísticos como la pintura, la música, el audiovisual y la narrativa.

En donde aborda como temáticas centrales el horror, en todas sus manifestaciones, la metaficción y la condición humana. Israel como pintor ha participado en múltiples exposiciones colectivas e individuales por todo México. También se desempeña como promotor cultural desarrollando eventos artísticos en los estados de Nayarit y Jalisco. Como escritor e ilustrador ha publicado en una infinidad de revistas, cómics, libros y ha participado en más de sesenta antologías literarias de cuento enfocadas en el horror y la ciencia ficción en México, España, Uruguay, Argentina, Perú, Chile, Guatemala, Colombia y Venezuela.



@elaxiomarevista



¿Qué te motiva a realizar ilustraciones?

Suelo utilizar el arte para interpretar y comprender el entorno que me rodea.

¿Qué tipo de métodos usas?

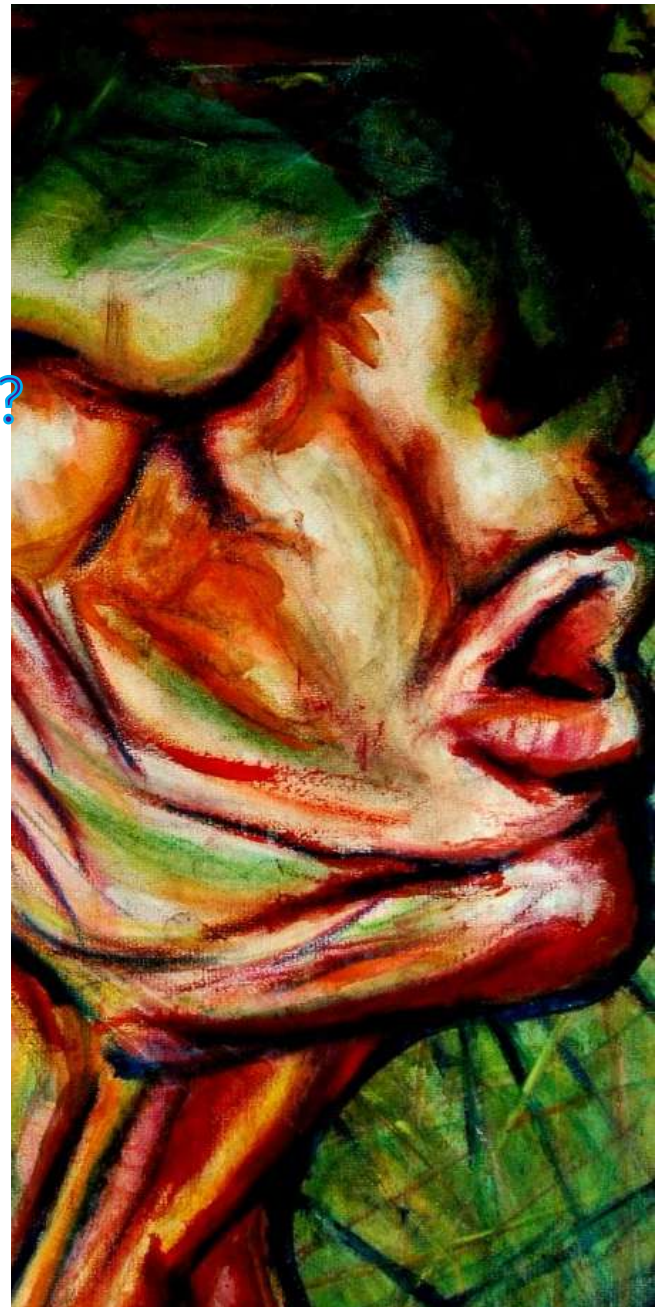
Utilizo varios métodos, que suelo combinar, es algo complicado de explicar por lo complejo que puede llegar a ser el proceso, pero puedo ejemplarlo diciendo que mezclo que mezclo pintura acrílica, acuarela, tintas, con collage y resinas.

¿Cuál fue tu inspiración para realizar las ilustraciones sobre monstruos?

La naturaleza humana

¿Cuáles son tus proyectos futuros?

Estrenar mi nueva novela gráfica en el 2023. Segunda parte del Señor Calzetín.



REDES SOCIALES

Instagram: @nuematikman
Facebook: /israelmontalvoart
Fanpage Facebook:
<https://www.facebook.com/neumatikman>



CLUB DE CUERVOS

Enrique Fuentes
MEXICO

Natasha, era una joven impetuosa de dieciocho años de cabello oscuro, tez blanca, ojos claros y delicada figura, asistía a clases a la universidad con sus vestimentas negras y extravagantes, usando maquillaje negro que contrastaba con el color de su piel haciéndola lucir aún más pálida de lo que era. Para ella los días y las noches transcurrían de manera normal, asistiendo a clases, conciertos y fiestas donde el alcohol, el cigarro, la diversión desenfrenada y la música eran el pan de cada día, sin embargo, a pesar de su juventud, belleza y la libertad de la que gozaba, sentía que su vida era monótona, como un bucle que se repetía semana a semana y eso le causaba cierto conflicto existencial.

Un día en las gradas del campo de futbol mientras escuchaba música, fumaba y hacía garabatos en su libreta, dibujó sin darse cuenta lo que parecía ser una figura alada. Al ver su creación con más detenimiento una idea cruzó por su mente.

—Un cuervo... —susurró en voz baja para ella mientras miraba la parte interna de su muñeca, imaginando el tatuaje de un cuervo en ella.

Ese mismo día al llegar a su casa, buscó en internet imágenes de cuervos en su computadora, sus ojos pasaban rápidamente sobre cada uno de los dibujos de aves de plumaje negro, buscando uno que reflejara fielmente sus oscuros gustos, después de todo ese sería su primer tatuaje.

Cuando estaba a punto de rendirse al no encontrar lo que quería, fijó su atención en el dibujo de un cuervo, cuyas alas giraban en círculo y alrededor de él había unas letras de color rojo que decían “Club de Cuervos”. La joven quedó tan intrigada por la imagen y el nombre que decidió entrar a la página y allí se encontró con un sitio web que daba la bienvenida a los amantes del movimiento gótico.



“Club de Cuervos es un lugar exclusivo donde tus más oscuras fantasías cobrarán vida” citaba en la parte superior. En medio de la pantalla aparecían dos casillas, una para un nombre de usuario y otra para la contraseña, pero no tenía ninguno de los dos y no veía ningún botón para registrarse, debajo de las dos casillas sólo aparecía una leyenda que decía: “Muchos son los convocados, pocos los elegidos”.

Revisó la página con detenimiento buscando algo que le dijera como acceder al club, estaba intrigada y quería pertenecer a él a toda costa para conocer a quienes lo integraban. En la parte inferior derecha algo llamó su atención, era una pequeña ala, movió el puntero sobre ella y le dio clic, pero no pasó nada, y un segundo después se abrió una ventana y en ella un texto con fotos que decía lo siguiente: “Si estás aquí es porque tienes interés en pertenecer al club, pero para eso, antes tendrás que pasar por una prueba...”

Esta consistía en ir sola por la noche al panteón de Dolores al poniente de la ciudad y escribir en el lugar que le indicaban su nombre. En las fotos que habían tomado de día aparecía detalladamente por donde entrar y como llegar a la cripta donde debía realizar su tarea. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, conocía el lugar, su abuela estaba sepultada allí y no le asustaba el hecho de tener que acudir sola. Después de realizar su tarea debía tomar fotos y enviarlas al correo electrónico que le indicaban. El texto finalizaba con la siguiente frase: “Y recuerda, muchos son los convocados... Firma Samuel”.

Por un momento pensó en comentarles a algunos de sus amigos lo que había visto, pero pensándolo bien, era mala idea, alguno de ellos se le podía adelantar y ella necesitaba una experiencia así, algo que contarle a su pequeño grupo con los que se reunía en el chopo, así que planeó ir el viernes y decirles todo el sábado.



Llegó día elegido y cuando salió de la última función de cine ya había oscurecido, era la hora perfecta, cerca de allí tomó un taxi que la llevara a las puertas del panteón. Después de pagarle al chofer caminó rodeando el lugar hasta encontrar la abertura que había visto en las fotos. Una vez dentro encendió una linterna y caminó alumbrando su camino buscando las señas para llegar a la cripta que le habían indicado, una a una fueron apareciendo, reconocía el lugar, el camino la llevaba hacía la parte más antigua del panteón y después de caminar varios minutos por el sendero encontró viejas y olvidadas lápidas, con nombres desgastados por el paso del tiempo y árboles secos con ramas torcidas que parecían darle la bienvenida e indicarle donde debía ir.

Cerca de uno de estos árboles se encontró un pilar con el busto de una persona sobre él y a un lado unas escaleras que iban hacia abajo. Al llegar a la parte inferior se encontró con una reja oxidada que estaba abierta y se suponía debía proteger la entrada a la cripta que parecía estar en completo abandono.

Una vez dentro sacó de su mochila otra linterna más potente y al encenderla pudo observar bien donde estaba, había unas viejas fotos en uno de los muros y en ellas aparecía un padre que en vida respondía al nombre de Simón Adams, se había hecho famoso principalmente por alimentar a los cuervos que venían del parque cerca de su parroquia, al leer eso entendió por qué habían elegido ese lugar. Al buscar donde poner su nombre, se llevó una sorpresa al encontrar escrito con pintura roja sobre un muro la leyenda: “Club de Cuervos”, la habían hecho con una plantilla y debajo de ella decía Samua.



Natasha se acercó a ver más de cerca alumbrando el muro, Samuael no había terminado de escribir su nombre, al parecer algo lo había asustado ya que la letra “e” estaba parcialmente escrita, pero terminaba en una línea que se desvanecía, observó que en los otros muros había rastros de pintas de distintos colores con otros nombres sin terminar y eso la llenó de orgullo, sería la primera en lograr la tarea incluso antes que el fundador del club.

De su mochila sacó un aerosol fosforescente y comenzó a agitarlo, el sonido del balín dentro de la lata resonó en la cripta acompañado del silbido del viento, lo que ocasionó que un escalofrío recorriera su cuerpo, pero no iba a dejar que eso la detuviera, la oscuridad no la asustaba, pero para calmarse sacó sus audífonos y los conectó en su teléfono, las notas de “Double Dare” de Bauhaus sonaron como un himno para darle valor mientras escribía su nombre con unas letras que ella misma había diseñado. Con precisión movió la lata trazando una curva en la “N” después la “A” para terminar con la “T” en la que simuló un crucifijo. Al terminar levantó la linterna y se alejó unos pasos para verlas bien, pero no estaba satisfecha, sintió que le hacía falta algo más, algo como lo que había hecho Samuel con su nombre haciendo referencia a un demonio, necesitaba un apelativo, después de todo tendría el privilegio de ser la primera en completar la tarea y pertenecer al club.

—Nat..., —dijo en voz baja—, Nat... asha, Nat... kasha, ¡sí, Akasha! —dijo con una sonrisa de malicia y complacencia en su rostro recordando el personaje de Ann Rice—. ¡Seré Natasha, La reina de los condenados!



@elaxiomarevista



Natasha se acercó a ver más de cerca alumbrando el muro, Samuael no había terminado de escribir su nombre, al parecer algo lo había asustado ya que la letra “e” estaba parcialmente escrita, pero terminaba en una línea que se desvanecía, observó que en los otros muros había rastros de pintas de distintos colores con otros nombres sin terminar y eso la llenó de orgullo, sería la primera en lograr la tarea incluso antes que el fundador del club.

De su mochila sacó un aerosol fosforescente y comenzó a agitarlo, el sonido del balín dentro de la lata resonó en la cripta acompañado del silbido del viento, lo que ocasionó que un escalofrío recorriera su cuerpo, pero no iba a dejar que eso la detuviera, la oscuridad no la asustaba, pero para calmarse sacó sus audífonos y los conectó en su teléfono, las notas de “Double Dare” de Bauhaus sonaron como un himno para darle valor mientras escribía su nombre con unas letras que ella misma había diseñado. Con precisión movió la lata trazando una curva en la “N” después la “A” para terminar con la “T” en la que simuló un crucifijo. Al terminar levantó la linterna y se alejó unos pasos para verlas bien, pero no estaba satisfecha, sintió que le hacía falta algo más, algo como lo que había hecho Samuel con su nombre haciendo referencia a un demonio, necesitaba un apelativo, después de todo tendría el privilegio de ser la primera en completar la tarea y pertenecer al club.

—Nat..., —dijo en voz baja—, Nat... asha, Nat... kasha, ¡sí, Akasha! —dijo con una sonrisa de malicia y complacencia en su rostro recordando el personaje de Ann Rice—. ¡Seré Natasha, La reina de los condenados!



Iba a acercarse al muro agitando la lata nuevamente para terminar su obra cuando se detuvo un momento, había escuchado un ruido como el silbido de un ave, pero no venía de adentro, ni de afuera, el sonido provenía de sus audífonos sumándose el golpeteo de dedos contra las cuerdas de un bajo. Conocía bien esas notas, era “Burn” de The Cure y no pensó en un mejor tema para terminar su obra, apagó la linterna y la depositó en el suelo quedándose en completa oscuridad, Natasha cerró los ojos y abrió los brazos levantando el rostro dejándose abrazar por las tinieblas, sintió que la temperatura disminuía lo que la hizo inhalar una gran bocanada de aire expulsándola por la boca al mismo tiempo que temblaba por un escalofrío en todo su cuerpo que la hizo sentirse en cierta forma excitada, era como sentir el frío contacto de la penumbra contra su piel. Lanzó un suspiro expulsando vaho que fue tenuemente iluminado por los escasos rayos que proyectaba la luna dentro del lugar.

Una vez concluido su rito, se dispuso a terminar lo que había iniciado trazando las letras faltantes, cuando comenzaba con la “S” escuchó lo que parecía ser un graznido al que no le dio importancia, pero después se escuchó otro con más fuerza que la hizo reaccionar, eso no era parte de la canción y al voltear hacia atrás observó que un enorme cuervo la veía atento a lo que hacía. Levantó la linterna para verlo mejor y pudo darse cuenta que tenía un ojo lastimado, iba a continuar lo que hacía cuando el ave abrió las alas negras y dio unos saltos hacia ella graznando, la chica lo observó en silencio apuntando la lata hacia él, presionó la válvula esperando asustarlo y que con eso saliera del lugar, pero antes de que pudiera hacerlo elevó el vuelo lanzando picotazos contra ella lo que la hizo tirar la lata y salir de la cripta subiendo las escaleras a tropezones.



@elaxiomarevista



Corrió unos pasos alejándose y ocultándose detrás de una cripta esperando que el ave saliera volando, pero su sorpresa y terror fue mayor cuando observó que sobre las ramas del árbol que había cerca, una parvada de cuervos la esperaba sin quitarle la vista de encima. Natasha tragó saliva al verlos mover sus alas y lanzar pequeños graznidos, comenzó a caminar de espaldas lentamente para no hacer movimientos bruscos que pudieran asustarlos, pero repentinamente el cuervo de la cripta salió volando lo que ocasionó que los demás agitaran sus alas violentamente y lanzaran graznidos de forma eufórica. Llena de terror Natasha corrió horrorizada tratando de recordar alguna plegaria, pero ninguna le venía a su mente.

—Ángel de mi guarda... ángel de mi guarda... —repetía con lágrimas en los ojos sin poder recordar lo demás mientras corría tratando de ubicar el camino de regreso.

Al voltear observó a los cuervos levantar el vuelo siguiendo al que la había atacado, se alejaron con rapidez surcando el cielo nocturno, al verlos sintió alivio, pero sólo le duró unos segundos cuando vio que trazaban una curva regresando. Lo último que vio fue la figura de una enorme ave negra que se formaba en el cielo y se dirigía hacia ella, un momento después un desgarrador grito de auténtico terror se escuchó resonando por todo el panteón.

Un par de semanas después dentro de la cripta, un hombre de avanzada edad había terminado de limpiar las pintas y recolectar la basura y latas de aerosol que había tiradas dentro del lugar. De una bolsa que llevaba sacó una veladora que encendió y colocó frente a la foto del padre persignándose.



@elaxiomarevista



Después de cerrar con tres llaves la reja que recién se había colocado para evitar que más jóvenes entraran en ella, subió lentamente las escaleras y una vez arriba se quitó su viejo sombrero de paja secándose el sudor de la frente antes de ponérselo nuevamente, después sacó dos nueces de la bolsa que llevaba colgando a un costado y las trituró en su mano quitando los restos de las cáscaras para llevarse una semilla a la boca, pero un segundo antes de comerla se detuvo quedándose pensativo, devolvió las nueces a la bolsa y la colocó en el suelo tomando una piedra para golpearlas suavemente hasta resquebrajarlas. Una vez que terminó vació el contenido a los pies del pedestal del busto del padre Adams, luego tomó su herramienta de trabajo y antes de irse levantó la vista al cielo tocando el ala de su sombrero en señal de reverencia, después de esto se retiró a paso lento silbando. A sus espaldas, un cuervo con un solo ojo sano que estaba posado en el viejo árbol seco lo miraba alejarse, con él había otros que extendían sus alas mientras otros las agitaban dejando ver que entre sus plumas tenían al menos una de un color distinto al negro, pero había uno que destacaba entre todos, uno con una pluma color tornasol casi fosforescente que contrastaba con su negro plumaje.



**Ilustración:
Los cuervos
(1A Dream).**

ACERCA DEL AUTOR

ENRIQUE FUENTES (México).

Desde muy pequeño me llamo la atención el arte y la lectura y comencé a escribir cuentos cortos a los veinte años, mi motivación por escribir nació porque siempre fue la mejor manera de expresarme y de transportarme a esos mundos mágicos, extraños y enigmáticos donde el terror y lo mágico se conjugan para dar vida a personajes excéntricos pero divertidos sin perder la atmosfera oscura que los rodea.

Soy un gran admirador del grandioso escritor Edgar Allan Poe, Los Hermanos Grimm, H.P Lovecraft y el cineasta Tim Burton.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



OLLÁPARO

Pilar Alvarellós Lema
ESPAÑA

El joven abrió la vieja y ajada puerta de madera. Al hacerlo sonó una campanilla que alertaba al dependiente de la tienda de la entrada de un nuevo cliente. Caminó con paso decisivo hacia el mostrador.

—¡Ajos, por favor! —Le pidió al tendero y también dueño de la única tienda de comestibles que había en aquel remoto pueblo gallego ubicado en las montañas.

El hombre, un señor mayor, (demasiado pensó el muchacho para seguir regentando aquella tienda), presentaba un aspecto cadavérico debido a su extrema delgadez y una altura descomunal. Tenía el cabello completamente blanco y al sonreír mostraba la falta de varios dientes en su boca. Los pocos que le quedaban tenían un aspecto amarillento. Llevaba más de medio siglo tras aquel mostrador. Miró detenidamente a aquel muchacho durante unos minutos. Luego le preguntó, con suma amabilidad, a dónde se dirigía. Era muy inusual la presencia de turistas por aquellos parajes y más en aquella época del año en que el verano había llegado a su fin hacía tiempo. Los vecinos de aquella región eran conocedores, por vivirlo en sus propias carnes, invierno tras invierno, de las grandes heladas que se formaban en aquel lugar. Y, sobre todo, de lo peligroso que era andar por aquellos montes. El joven le dijo que quería subir a la cima de la montaña Penalonga. El tendero guardó silencio durante unos instantes, luego le preguntó para qué quería los ajos. El muchacho lo miró desconcertado, al tiempo que profería una sonora carcajada queriendo indicar con ello, lo absurdo de aquella pregunta. Aquel hombre le estaba tomando el pelo, pensó.

—¿Acaso no lo sabe? —Le instó de manera desafiante—, dicen, en el pueblo, que allá arriba hay demonios. He de llevar ajos para ahuyentarlos.

El tendero le puso la ristra de ajos más grande que tenía en una bolsa de plástico.



Mientras lo hacía se vio en la necesidad de alertarle de lo que le podría pasar si subía a aquella montaña. Así que lo hizo pasar a la trastienda. El joven vaciló unos segundos ante la invitación que le hacía aquel anciano. Al final accedió y entró tras él. Se encontró en una habitación pequeña y húmeda, carente de ventanas y con el ambiente muy cargado de humo de tabaco.

El hombre le sirvió una taza de café y sentados ante una vieja mesa de madera que había visto días mejores, encendió un cigarrillo y pasó a contarle una historia que el joven ya había escuchado con anterioridad a la gente del pueblo.

—Allá arriba en las montañas, vive un gigante, lo llaman Olláparo. Es muy feroz, salvaje y con un gran apetito. Tiene un ojo en medio de la frente, aunque algunos aseguran que también en la nuca. Esto último son meras suposiciones porque nadie que lo haya visto ha sobrevivido para contarlo. Come carne, tanto humana como de animales, y vive en las cuevas de la montaña. En invierno debido a la escasez de alimentos, baja al pueblo de vez en cuando, causando pánico y terror entre los vecinos. Nadie sale de sus cosas al anochecer. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

El muchacho asintió. Unos cuantos ajos no le harían nada a aquel ser, a aquel monstruo, lo entendía. Pero no se iba a rendir ahora que había llegado tan lejos. No volvería a casa hasta estar completamente seguro de que aquella leyenda fuera verdad. Cogió la bolsa y despidiéndose del hombre, se fue. El anciano no se levantó de la silla para acompañarlo. Exhalando el humo de la última calada del cigarro. Lo apagó.



@elaxiomarevista



Al escuchar la campanilla de la puerta al abrirse y el ruido de la misma al cerrarse, hizo la señal de la cruz, juntó sus arrugadas y viejas manos y comenzó a rezar.

El joven, una vez hubo salido de la tienda, se dirigió al hotel donde se había alojado la noche anterior. Se cambió de ropa, preparó una mochila con lo necesario para subir a la cima de la montaña. Al terminar miró a su alrededor comprobando que hubiera guardado todo, salió al aparcamiento y se subió a su todoterreno. Esperaba regresar al hotel antes de que anocheciera.

La flamante cámara de fotos que había comprado para la ocasión, descansaba sobre el asiento del copiloto junto con la ristra de ajos. Por el camino no dejaba de pensar en lo que la gente del pueblo, incluido el tendero, le habían contado sobre aquel ogro que habitaba en las cuevas más profundas de la montaña: el Olláparo. Había un dato que lo carcomía por dentro y no podía quitarse de la cabeza. El hombre de la tienda le había dicho que los ajos no servirían a lo hora de ahuyentar a aquel ser diabólico. Era la única persona con la que había hablado del pueblo, que pensaba eso, y habían sido muchos a los que había preguntado. Unos lo esquivaban al escuchar la pregunta que les hacía, otros le daban respuestas más bien vagas, visiblemente nerviosos huyendo de su lado como almas que lleva el diablo. Sólo el tendero había querido hablar sobre el tema. Tenían que estar equivocados. También cabía la posibilidad de que el tendero, fuera el único conocedor del tema. Decidió no pensar más en todo aquello. Su salud mental corría grave peligro si seguía obsesionándose con aquello. Se concentró en el camino de tierra por el que iba. Puso la radio y sintonizó una emisora de música, con la intención de distraerse un poco y dejar de pensar en el tema.



@elaxiomarevista

Dejó el coche en una llanura, se colgó la cámara al cuello junto con los ajos y se dispuso a subir la montaña. Había amanecido un día soleado, con el cielo despejado de nubes que enturbiaran la mañana.

Después de un par de horas caminando, hizo un pequeño descanso, todavía le quedaba un gran trecho para poder culminar la cima. Bebió un poco de agua, se tumbó sobre la tierra y cerró los ojos con la única idea de descansar unos minutos para reunir fuerzas y continuar el ascenso. Estaba contento, había realizado unas buenas fotos del entorno. Pero le faltaba la más importante y que le impulsaría en su carrera de fotógrafo: la de aquel ser, la de aquel monstruo.

La tierra empezó a temblar con tal fuerza, que pensó que se trataba de un terremoto. Pero no uno cualquiera, no, sino uno de gran intensidad. Se levantó sobresaltado, miró a su alrededor desesperado intentando encontrar un sitio donde ponerse a salvo. Entonces lo vio, a lo lejos, acercándose a él a grandes zancadas. Se escondió tras una gran roca que lo ocultaba casi por completo. Asomando un poco la cabeza pudo ver algo inusual que lo hizo estremecer de pies a cabeza mientras el miedo y el terror más absoluto se adueñaron de su cuerpo. Un ser, con la apariencia de un ogro de un tamaño descomunal, con un solo ojo en la frente, bajaba por la ladera de la montaña a gran velocidad. Lo podía ver con la claridad que sus ojos abiertos, de par en par, fruto del pavor que le embargaba le mostraban. Estaba cubierto de cerdas similares a las que tienen los jabalís. Presentaba un aspecto sucio y desaliñado, con melena y barba pelirrojas, tan largas que les llegaban a las rodillas. Estaba tan cerca, que pudo ver con todo lujo de detalles, el par de hileras de enormes dientes puntiagudos y negros que poblaban su boca. Las manos eran muy grandes y cada una de ellas tenía diez enormes dedos.



@elaxiomarevista

Las uñas eran puntiagudas y ennegrecidas por la suciedad que tenían. No pudo evitar el profundo alarido de terror que brotó de su garganta, ante aquella macabra visión. Aquel grito de horror, fue el detonante que le llevaría a un fatal desenlace.

El gigante se detuvo y giró su enorme cabeza hacia el lugar de donde había salido aquel sonido estridente y se acercó hacia la piedra tras la cual el muchacho estaba escondido. Oisqueó el ambiente como si de un perro de caza se tratara buscando a su presa. La levantó con ambas manos con una facilidad pasmosa, como si se tratara de un pequeño guijarro y la lanzó lejos, produciendo un sonido parecido al de una bomba al chocar contra el suelo. El muchacho temblaba de miedo, estaba horrorizado. Sintió una humedad en la entrepierna al darse cuenta de que había sido descubierto. Intentó moverse, pero las piernas no le respondieron. El ser monstruoso lo agarró con una de sus grandes y peludas manos, lo levantó a la altura de su cabeza y lo observó detenidamente con su único ojo de color negro, el color de la muerte, de la desesperación, de la nada absoluta. El muchacho sintió el fétido aliento de aquel monstruo en su cara. Sintió arcadas. No podía moverse, escapar era del todo imposible, el ogro lo tenía agarrado con tal fuerza que sentía el crujir de sus costillas bajo la presión que hacían aquellos enormes dedos sobre él. Era tal el dolor que recorría todo su cuerpo, que estaba a punto de enloquecer.

El ser abrió la boca.
Después, oscuridad y silencio.



Ilustración:
El troll
(1A DREAM).

ACERCA DEL AUTOR

PILAR ALVARELLOS LEMA (España).

Soy Pilar Alvarellos Lema, gallega, escritora de relatos de terror. Este relato habla sobre uno de los muchos seres mitológicos que se encuentran en las numerosas leyendas que se cuentan, de generación en generación, en Galicia.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



ENTREVISTA

EL HORROR CÓSMICO DE GERARDO LIMA

HORROR A LO MEXICANO

Desde criaturas insólitas, hasta conflictos en lugares mexicanos que podrían ser reconocibles o alejados de la realidad. Lima nos sumerge en mundos extraños y terroríficos.



GERARDO LIMA: Escritor de lo terrorífico

Revista El Axioma tiene el honor de presentar al fantástico escritor mexicano Gerardo Lima, uno de los impulsores del terror y horror desde Tlaxcala para el mundo.

Existen autores que van tomando impulso en la escena de la literatura de terror en México, aunque algunos los podrían considerar un género menor, muchos autores mediante plumas versátiles y con historias bien entramadas, nos acercan a la realidad situaciones terroríficas que pueden causar conmoción hasta el más arraigado a lo cotidiano. Es así, que Lima entre la construcción de tramas situadas en algunos lugares conocidos de México, nos ingresa a situaciones extrañas y peligrosas, en donde los protagonistas tendrán un acercamiento hacia lo insólito.

En esta ocasión, este aclamado autor, nos comparte algunas de sus respuestas a nuestras preguntas inquietantes de su carrera.

Gerardo Lima Molina (Tlaxcala, 1988) es licenciado en Relaciones Internacionales por la UPAEP. Actualmente estudia la Maestría en Literatura Hispanoamericana en la BUAP. Ha colaborado con algunas revistas, digitales y físicas, como Ágora COLMEX, Playboy México, LETRARTE, Tierra Adentro o Río Grande Review. También ha participado en varias antologías, incluyendo Seamos Insolentes (Destino, 2011) Breve manual del libro fantástico (UAM, 2020), Proyecto Cthulhu (Raíces Latinas, 2020), Flores abiertas a la noche (La Tinta del Silencio, 2021) o No entren al 1408 (Editorial El Conejo, 2021)



Cosmos nocturno

Gerardo Lima Molina

CUENTO

Gerardo ha sido becario del PECDA en la disciplina de novela (2013-2014 y 2018-2019) y del FONCA en su programa Jóvenes Creadores, en el área de cuento (2016-2017, 2021-2022). Ha obtenido la Mención Honorífica en el XXXIV Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción. Asimismo, ha ganado el Premio Estatal Dolores Castro de Poesía 2014 con *Ya no hay tokiotas*, el Premio Tlaxcala de Narrativa 2017, el Premio Emanuel Carballo de Ensayo con *De qué hablo cuando hablo de horror* (próximo a publicarse, además del Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri 2018 con el libro *Cosmos Nocturno* (FETA, 2018). Su libro más reciente es *Megaloceros. Libros del Ciervo* (Paraíso Perdido, 2021). Próximamente se publicará su novela *No es el diablo*.

¿Cómo fue su inicio en la escritura?

GL: Realmente no lo recuerdo. Pero cuando me lo tomé en serio fue a partir de 2009, cuando concursé para un premio de la universidad con un cuento que jugaba con la figura del doble. Después me puse como objetivo escribir libros de relatos que fluctuaban desde lo rulfiano a la sci-fi y el weird. Escribí dos novelas que no llegaban a ningún lado, y poco a poco fui entendiendo mis intereses como escritor, que han derivado también hacia el género del horror.



Dentro del género de terror hay demasiado, creo que todo es influencia, pero los cuentos de Robert E. Howard, Lovecraft, Robert W. Chambers, Robert Bloch, Algernon Blackwood, Arthur Machen, Lord Dunsany o William Hope Hodgson me inspiraron a crear algo similar a ellos.

¿Qué autores han influenciado en su forma de escribir y cuáles son sus preferidos a la hora de la lectura?

GL: Los primeros fueron Lovecraft y Stoker, los autores que más leía con ganas y ardor desde la secundaria. Después fui descubriendo la novela gótica con Maturin, pero sobre todo con Matthew G. Lewis y su El Monje. Durante un tiempo preferí el estilo de Murakami y Banana Yoshimoto, y busqué todo lo que pude de literatura japonesa y nórdica, Thor Vilhjálmsen, Sjón o Yasunari Kawabata.

En cuanto a literatura en general, creo que he sido un apasionado de Dostoievski y de Tolstoi, obsesionado con Proust y su novela que nunca se termina a pesar de ser un círculo precioso.

Mis obsesiones con las novelas gigantescas van de Thomas Pynchon a Robert Musil pasando por Hermann Broch. Adoro la literatura de entreguerras, la literatura norteamericana, la de Europa del Este, la literatura griega o la rumana del siglo XX y una enorme plétora de voces distintas. Leo con emoción, desde hace algunos años, a Mircea Cartarescu, a László Krasznahorkai y a Miklos Szentkuthy.



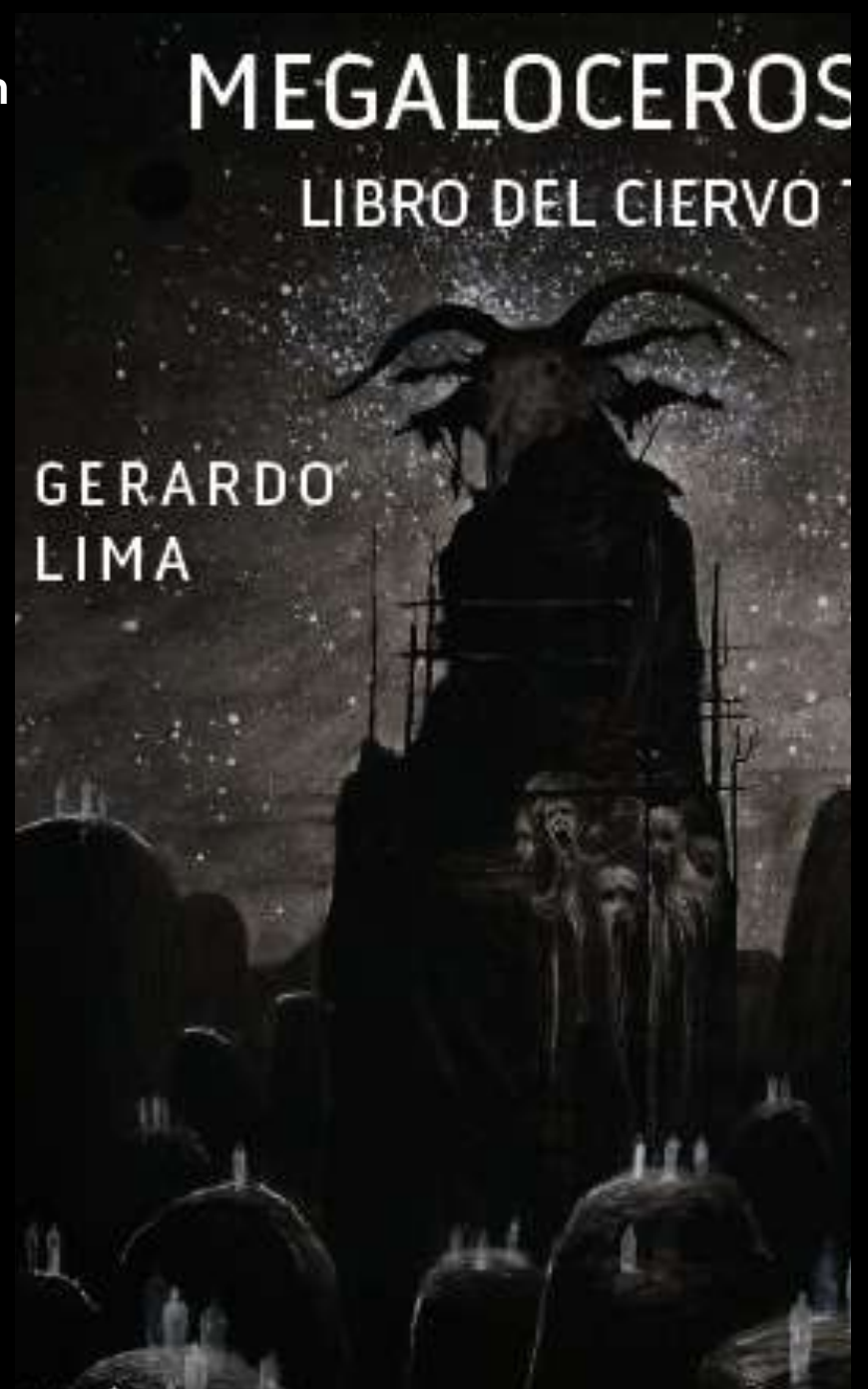
A Gerardo Lima le gusta el planteamiento de geografías certeras donde poder enmarcar la realidad de los personajes y diseño la profundidad de estos a través de sentimientos muy humanos.

Dentro del género de terror hay demasiado, creo que todo es influencia, pero los cuentos de Robert E. Howard, Lovecraft, Robert W. Chambers, Robert Bloch, Algernon Blackwood, Arthur Machen, Lord Dunsany o William Hope Hodgson me inspiraron a crear algo similar a ellos. Después vendrían muchas más lecturas e influencias, Caitlín R. Kiernan, Laird Barron, Stefan Grabinski, Alfred Kubin, Hanns Heinz Ewers, Guadalupe Dueñas, Inés Arredondo, Rosario Castellanos o Adela Fernández o Ligotti que me sumergirían en la literatura oscura, aunque no sea necesariamente de terror.

Como escritor del género de Terror. ¿Qué técnicas narrativas usa y qué consejos da para crear atmósferas terroríficas?

GL: No lo sé de cierto. Me gusta la generación de atmósferas por medio de una prosa a veces abigarrada, en ocasiones certera en cuanto a sus conceptos y su sonoridad. Me gusta el planteamiento de geografías certeras donde poder enmarcar la realidad de los personajes y diseño la profundidad de estos a través de sentimientos muy humanos. Prefiero el conflicto entre los personajes y una amenaza exterior e inhumana que trace un desafío para los límites del pensamiento y de los sentimientos, de lo que puede ser concebido.

No me interesa tal cual llamarle cósmico a lo que hago o folk. Me interesa lo que quiero lograr, la aspiración respecto a mis filosofías pesimistas, pero también, siguiendo a Eduard von Hartman, dándole en ocasiones una pequeña inspiración luminosa ante un universo carente de sentido humano.



La inspiración de Gerardo tiene que ver con su gusto por las literaturas anglosajonas y las mexicanas.

A mí me parece que la mejor forma de construir atmósferas es por medio de la ubicación de lugares certeros, junto con la prosa que desarrolle y describa los elementos que podrían hacer siniestro el lugar. Hacer tan familiar el ambiente donde se está desarrollando el personaje, que pueda ser, de pronto, subvertido, transformado, o incluso autorevelado como lo que no debería ser pero es.

¿De qué trata su antología de cuentos “Megaloceros” y cuál fue su inspiración para hacerla?

GL: Siempre me es difícil responder a esta pregunta. Son seis cuentos independientes, aunque interconectados, que retratan la visión de un mundo circundado por lo asombroso y terrorífico, signado esto mediante el símbolo del ciervo, ya sea como monstruo, como leyenda o como dios. Se desarrollan, además, en lugares reconocibles (o irreconocibles) de la geografía mexicana, mostrando distintos universos dentro de ellos.

Mi inspiración tiene que ver con mi gusto por las literaturas anglosajonas y las mexicanas.

Quería conjuntar todo ello, y por eso surgió esa ciudad fronteriza llamada Lago Amarillo, además de que desarrollé dos relatos en geografías mucho más cercanas en la “realidad”, como son Puebla y Tlaxcala, que formulan una especie de identidad literaria en la que me muevo.

Los cuernos llegaron solos, y así mi único trabajo fue investigar un poco más de ellos, leer algunos textos que rondaban la figura del ciervo, desde los más icónicos hasta cosas nuevas como la novela de Margaret Kiljoy, *The Lamb will slaughter the Lion*.



Su libro Megaloceros se ancla más en la realidad y busca por medio de sus cuentos el desarrollo de un universo mitológico en el que el ciervo es el símbolo de lo maravilloso, lo divino y lo ominoso.

Como maestro mexicano del género. ¿Qué consejos da a los nuevos escritores para fortalecer su estilo narrativo?

GL: Bueno, no creo que sea maestro de nada, pero lo único que podría decir, además de leer mucho, y no sólo del género, al contrario, leer todo, ensayo, poesía, literatura medieval, investigación científica, etc., es que la única manera de fortalecerse es escribiendo y leyendo lo que uno hace. Alejándose por momentos de la obra para tratar de observarla con detenimiento. Y pensar mucho en el oficio de la escritura, en los detalles que lo enmarcan a uno. Además, creo que el consejo de Rulfo siempre será bienvenido: escribir el libro que uno quisiera leer, que uno cree falta en las estanterías.



¿Cuáles son los libros que ha publicado hasta la fecha y de qué tratan?

GL: Son dos, y uno espurio. El espurio es un poemario más o menos experimental llamado Ya no hay tokiotas, sobre la alienación de un gaijin dentro de Japón. Cosmos nocturno es una serie de cuentos breves que basados en la obra de Beksinski o de dibujantes como John Kenn Mortensen, busca la écfrasis y la búsqueda de universos propios, llenos de fantasía, pero también de oscuridad. Megaloceros, por otro lado, se ancla más en la realidad y busca por medio de sus cuentos el desarrollo de un universo mitológico en el que el ciervo es el símbolo de lo maravilloso, lo divino y lo ominoso.



También está por salir "No es el diablo", una novela antipolicíaca con aires de terror, que retrata la búsqueda de un escritor enfrentado a un hecho violento: el feminicidio de tres chicas.

Como becario del FONCA, ¿cuál ha sido su experiencia y qué consejos da para terminarla con éxito?

GL: Cada beca ha sido distinta. La primera fue de muchísimo aprendizaje, de comprensión de lo que estaba haciendo, pero por fortuna podía anclarse en encuentros que se llevaban a cabo en vivo. El encuentro con los compañeros y con los tutores en un ambiente relajado donde lo único que importa es la creación es una forma maravillosa de escuchar y entender los procesos creativos de cada uno. Sin embargo, en esta ocasión los encuentros han sido por zoom, un solo día, lo que limita muchísimo la comunicación, el intercambio y la utilización de todos los recursos que uno tiene a mano cuando es presencial.

Dos consejos: para ganar una beca de este tipo se debe ser muy disciplinado y trabajar un proyecto que a uno le apasione. De nada sirve pensar en qué podría gustarle al jurado. Eso es una cábala. Pero sí se puede trabajar con algo que uno desee escribir porque nos dice algo. Y ser muy cuidadoso y claro al momento de exponer un proyecto. Y para terminarla es mucho más fácil (y es trampa): escribir mucho. Darlo todo hasta que la obra se termine y luego lleguen las correcciones.

¿Qué proyectos tiene a futuro y dónde podemos contactar sus talleres?

GL: A futuro viene un libro de cuentos, que espero salga este 2023, junto con una novela fragmentaria y extraña a la que le tengo mucho cariño. Además, llegará algo que me tiene muy emocionado, un proyecto editorial que ya estarán viendo próximamente. Y en el caso de los proyectos de escritura, tengo varios, pero ahora estoy concentrado en la escritura de una novela que me ha costado ya años de escritura, borradura, reescritura. Trabajar con ella ha sido difícil, pero siento que esta versión es la definitiva. Aún no revelaré nada sobre ella, pero trata sobre algo que ocurre en un pueblo en las profundidades de Tlaxcala, sobre la relación entre un hombre, su mujer y familia, y los secretos que nos hacen a nosotros monstruos.



Después ya vendrá un proyecto doble de Fantasy oscura basado en dos de mis ciudades más amadas: Thambalai y Ossari, y sus guerras eternas.

Sobre los talleres, me parece que descansaré un poco este año porque lo tengo algo saturado. Vendrá una antología de varias escritoras y escritores de terror, que saldrá en Fondo Blanco, algunos proyectos más y la escritura de mi novela. Quizá me anime a dar alguno o a dar un curso sobre alguno de los temas que más me emocionan.

REDES SOCIALES

En Twitter aparezco como @Jerryla, en Facebook me encuentran como Gerardo Lima (estoy trabajando con mi página de escritor, pero aún no está lista), y en Instagram aparezco como @don_megaloceros

LIBROS DISPONIBLES DEL AUTOR





GÉVAUDAN

José Luis Ramírez
MÉXICO

El lobezno se ocultó detrás de un árbol para observarlos desde un punto de vista más cercano, de pie ahí en sus cuatro patas, vino atraído por el aroma de la sangre pero decidió mantener una distancia cauta debido al ruido de los gritos y los golpes; aunque las siluetas parecían de momento más interesadas en su presa que en cualquier aparición que viniera de los linderos del bosque.

La banda de enmascarados estaba reunida alrededor de lo que parecía una familia de humanos tendidos en el suelo, una de las niñas se escondía bajo el carruaje pero salió corriendo cuando de la nada apareció un cerdo entre sus piernas, levantándole el vestido con el hocico.

Gruñó un par de veces, oink-oink, y al instante se echó a reír hasta el punto en que se le salieron las lágrimas, pues le divirtió la soez rudeza de aquel gesto suyo; tanto, que al salir de ahí abajo y erguirse en sus dos pies, se tuvo que agarrar la tripa con las manos para tratar de contener la carcajada.

La niña ya estaba sangrando por entre los muslos cuando otra de las bestias, esta con cara de lince, la agarró y le dio la vuelta por los hombros; enseguida, ahí delante de su familia, le cortó el cuello con el filo de una de sus uñas retráctiles y la dejó caer al suelo frente a ellos.

Los ojos del lobezno miraban casi desorbitados, estaba horrorizado viendo cómo la sangre manaba en chorros largos e intermitentes, alzándose desde la joven conforme fueron cesando los latidos en la yugular de su cuello, hasta que las arterias perdieron toda presión.

El lince, entretanto, se limpió la garra con la cual había degollado a la infanta, y acercó entonces el hocico con su nariz felina al brote de aquella fuente, donde hubo de llenarse los bigotes de escarlata mientras el chorro tenía aún buena altura. Los ojos se le pusieron blancos, denotando su éxtasis.

Otros dos de los maleantes, uno con rostro de ave rapaz y el otro de oso, escupieron el cadáver y maldijeron al comenzar a desollarlo con sus garras.



"No tan diferente de ti" pensó, mientras los veía arrancar jirones de ropa y piel, entonces reparó en que ellos no se alimentaban con las tiras de carne que le arrancaban ni las compartieron con los otros miembros de tan singular manada; sino por el contrario, echaban los trozos al fuego o los escupían tras metérselos a puños en la boca, como si el propósito fuera tan sólo saborear por un momento los jugos que se le escurrían a los músculos y el tuétano de los huesos.

Una sensación de ira y asco comenzó a crecer en el interior del joven lobo.

Habría querido alejarse de aquel sinsentido, irse corriendo de ahí tan rápidamente como el follaje denso de aquel bosque se lo permitiera a sus patas; sin embargo, algo mantenía bien sujeta su atención, como si aquella escena fuese el reflejo de su rostro en el espejo de agua, distorsionado primero por las ondulaciones de su propia lengua cuando comenzaba a beber pero apareciendo al final claramente en el fondo del lago.

Sólo que en vez de un silencio de agua mansa, lo que miraba él aquí, en este momento, era más bien el crepitar furioso de las llamas, el ulular de un viento tempestuoso o el rugir de las rocas derrumbándose en el acantilado.

Pura y llana destrucción.

Aquí, un jumento sodomizaba el cadáver boca abajo de la madre, allá un orangután aplastaba el costillar ya deshecho del padre golpeándolo furioso con ambos puños, acullá el castor roía los restos mortales de dos niños mellizos.



@elaxiomarevista

El mundo pareció de pronto estar girando en cámara lenta y destellos de fuegos fatuos surgieron del suelo, como si fuera el propio espíritu del bosque quien estuviera manifestando su furia por vez primera en el mundo.

¿Pero qué significado podía tener esta pesadilla?

¿Cuál era la anécdota de aquella orgía de sangre y violencia fortuita? Intentando además involucrarlo a él, quien ya no era sólo y únicamente un observador, sino que sentía crecer su excitación contemplando aquella escena, así escondido entre las ramas de los árboles, mirando a los truhanes cómo exhibían sus cuerpos desnudos, mostrando sus genitales erectos.

El cachorro sintió aquel bulto bajo su panza creciendo, el prepucio se abrió y dejó entrever su glande bulboso; no pudo resistirse más, parecía incluso no percatarse del peligro en su disfrute, comenzó a frotarse el miembro contra la hierba con igual frenesí al que había mostrado el lince cuando bebió la sangre de la infanta, un ímpetu idéntico al del jumento penetrando por detrás a la madre de las criaturas y la misma fuerza del gorila azotando al padre de ellos hasta destrozarlo.

Se había convertido en voyeur. Ni siquiera notó cuando los monstruos tomaron sus ropas del suelo para comenzar a vestirse, saciados sus apetitos de la carne y la sangre de sus víctimas. Ya sin las máscaras y una vez puestas sus ropas, quedaban en su lugar personas normales, el ministro de la Iglesia, un doctor en leyes, alguno de los profesores que daban clases en la escuela del pueblo, aquel era leñador y ese otro araba el campo; al último de ellos lo conocía bien, pues era quien pastoreaba a las ovejas.



Fue él quien lo había descubierto entre el follaje, cuando sus miradas se cruzaron, por un segundo temió que enseguida lo señalara y gritase para dar aviso a los otros.

Todo su ser estaba rígido como si le hubieran petrificado.

De haber sido el caso, tendría que saltar por entre los matorrales y darse a la fuga sin mayor cuidado de no tropezar o evitar arañarse el rostro con las ramas, pues estaría corriendo por su vida.

Sin embargo, el pastor sólo se sonrió como sobrado de sí mismo, tomó su cayado y, tras echarse encima la camisa, sin abotonarla se echó a andar como hacia el pueblo detrás de los otros.

Al tiempo que se desvaneció la sensación de alerta fue relajándose de a poco la tensión en los músculos y también dejó de crispársele el pelaje del lomo.

Supo que la había librado apenas. Entonces, el hueco en el estómago le recordó por qué fue que se había alejado de su manada en primer lugar, para dirigirse a aquel paraje de dónde provenían el sonido de los gritos y los golpes, así como el olor a sangre fresca que le hacía salivar.

Desde donde se encontraba fue el primero en acercarse a donde había ocurrido el asalto, así que comenzó a hurgar sin mayor cuidado entre los restos humanos, los cuales eran muchos y abundantes salvo en los mellizos, pues además que eran aún muy pequeños, el pastor había devorado la mayor parte. Del padre quedaban las extremidades magulladas, pues el gorila dejó el torso hecho una pulpa con los puños y aplastó además el cráneo con algo que apenas alcanzó a distinguir ya como un viejo arcón de madera o un cofre.



@elaxiomarevista



Aunque los restos de la madre parecían los menos afectados, con tan sólo unas mordidas en los hombros y magulladuras en la espalda, tenía un fuerte olor a urea que lo hizo desistir, por lo que prefirió en su lugar ir a donde la niña desollada.

La carne estaba aún jugosa ahí donde no la habían desgarrado, así que se echó con el vientre al suelo y sujetando el mayor trozo con las patas delanteras, comenzó a arrancar a dentelladas la tierna carne de los huesos; devorando lo que habría sido uno de los muslos de la niña, tras el cual siguió con el otro y enseguida con las pantorrillas, comió hasta saciarse, al punto que la pesadez lo hizo quedarse dormido.

Soñó que estaba contento, dando saltos alrededor de una jovencita quien, con su vestido blanco inmaculado, perseguía con los ojos vendados a un par de pubertos idénticos mientras sus padres, ya mayores, los veían desde los linderos del prado en que estaban; la cara de ella recargada en el hombro de él y los dedos de ambos entrelazados en sus regazos, pues estaban sentados en el baúl que habían bajado de la carreta y puesto sobre el pastisal gris.

Entonces sucedió lo inaudito, reconoció el intenso color escarlata en el collar de su propio cuello, en el listón que cubría los ojos de la jovencita y en flujo corriéndole desde la entrepierna a través de los muslos; ya no era una mancha negra en la camisa del padre y las enaguas de la madre, sino que se había tornado en un carmesí intenso, lo mismo en las extremidades amputadas de los gemelos, podía reconocer los distintos tonos de rojo en la sangre de sus muñones.



Despertó atado en una celda que habían oscurecido con algún manto grueso, había distintas voces de hombres y mujeres alrededor, muchos murmurando y algunos hablando a voces para atraer a ellos la atención.

Por supuesto no tenía manera de entender lo que significaban sus palabras, pues los hombres no hablaban el lenguaje de los lobos, pero al menos un par de los sonidos se le grababan de tanto repetirse como el canto de un grillo o el chillido de una cigarra.

Bête, decían. Loup-garou.

Arrancaron de pronto la lona con la que estaba cubierto, la luz del sol lo hirió de tanta que era entrando por sus pupilas, pues estaban aún muy dilatadas y tardaban más de lo que debían en contraerse.

Hubo entonces un grito ahogado, que se correspondía a la perfección con su propio asombro, no estaba en una jaula como había creído, sino una especie de cadalso improvisado en la plaza central del pueblo, frente al atrio de una iglesia.

Incluso, pudo reconocer sin la máscara de cerdo al robusto ministro y al doctor en leyes de gestos felinos, relamiéndose los bigotes; atado como estaba, sólo alcanzó a mover el cuello para buscar entre la multitud al profesor, el leñador o el campesino, aunque no alcanzó a verlos, a quien reconoció sin ningún problema fue al joven pastor

Estaba ahí al frente, azuzando a la multitud para deshacerse de aquel engendro de Satanás, un adolescente a quien exhibían desnudo para que todos pudieran ver su cuerpo hirsuto como prueba incontrovertible de su culpabilidad.



@elaxiomarevista



Finalmente, el pastor arrojó la primera piedra y enseguida la muchedumbre hizo lo propio, mientras le gritaban bestia y lobo-hombre lo apedrearon hasta la muerte, pues tal había sido la condena por las atrocidades contra la familia del médico, a quien habían enviado de Paris hasta aquel pueblo tan alejado del Sacré-Cœur, en la región de Gévaudan.



Ilustración:
Dios egipcio
ASTRID BREITER
(Chiapas, México).



ACERCA DEL AUTOR

JOSÉ LUIS RAMÍREZ GUTIÉRREZ (Puebla, México, 1974).

José Luis Ramírez Gutiérrez. Nació en 1974, en la ciudad de Puebla, México. Es Ingeniero Industrial en Electrónica y estudió una maestría en Ciencias de la Computación.

En 1998, recibió el Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción. Ha sido publicado en Los Mejores Cuentos Mexicanos, así como en distintas antologías, revistas y fanzines de Ciencia Ficción.

El

AXIOMA

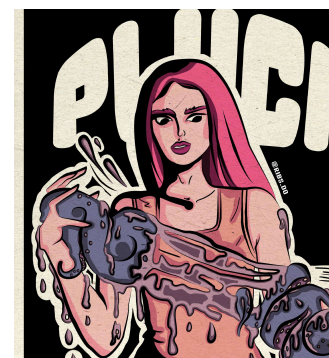
Mirando desde una nueva perspectiva

Ilustradoras Fantásticas: REBECA DZUL ORNELA

UNA ILUSTRADORA DE LO INSÓLITO Y MUTANTE

Para la ilustración de algunos de los títulos de los cuentos en El Axioma No.7 también contamos con la excelente participación de la ilustradora tabasqueña Rebeca Dzul Ornela o mejor conocida como RIBS. Quien mediante un diseño digital, nos sumerge en escenarios extraños, con el acercamiento de lo femenino a lo mutante.

Rebeca Dzul Ornela (Tabasco, México) Es una diseñadora gráfica con enfoque a la ilustración digital y al dibujo tradicional; también conocida como Ribs, crea ilustraciones donde se presentan situaciones irreales, fantásticas o grotescas. De forma general, puede apreciarse la influencia del arte de horror y la caricatura, dando vida a diferentes personajes y escenarios.



Ella nos ayudó a contestar algunas preguntas sobre su trabajo de ilustradora:

¿Qué te motiva a realizar ilustraciones?

Me motiva que, es lo que más me gusta hacer; dibujar, pintar y ver mi trabajo expuesto o apreciado (o no jaja) siempre va a ser algo positivo.



@elaxiomarevista



¿Qué tipo de métodos usas?

Aún cuando se trata de ilustración digital y por tanto se usan herramientas digitales, siempre empiezo por el papel y el lápiz. Para todas mis ilustraciones hay bocetos o borradores que más tarde serán la base del trabajo digital.

Se define el tipo de línea, el grosor y la paleta de color, etc. Y por lo general, no uso muchos colores sino variantes de la paleta establecida. Durante la aplicación de color, voy probando a la par texturas que serán parte de la ilustración final.

¿Cuál fue tu inspiración para realizar las ilustraciones sobre monstruos?

Los monstruos mismos. Siento una emoción enorme cuando se trata de criaturas que conocemos y desconocemos; y el hecho de poder plasmar un poco eso que imaginamos, a través de la ilustración y que otros puedan apreciarlo, lo hace más inspirador.





@elaxiomarevista



¿Qué proyectos futuros tienes?

Continuar ilustrando y me gustaría mucho entrar en el mundo editorial.

Otras curiosidades de sus ilustraciones

De las criaturas o elementos que más me gusta ilustrar son los tentáculos. Tienen muchos puntos a favor como el movimiento, la fuerza, el caos y son “maleables”.



REDES SOCIALES

INSTAGRAM: @ribs.do

BEHANCE: <https://www.behance.net/rebecadzul> (Ribs Do)

FACEBOOK: Rebeca Dzul Ornela



ROG

Ismael Mendoza
MÉXICO

La lluvia golpea gentilmente contra los cristales. La cama te envuelve con un cálido y mullido abrazo y la oscuridad se siente bien en tus ojos cansados y adoloridos. Cualquier otra velada ya estarías durmiendo plácidamente, pero hoy no. Afuera, el graznido frenético de un ave desgarrar la penumbra misma con un aire de pena y miedo que trae a tu memoria recuerdos de dolorosa vergüenza. Cualquier otra noche o cualquier otra ave tal vez hubieras podido ignorarla, pero no esta noche y no esta ave. Las voces de aquel pájaro te recuerdan aquella vez que María Luisa te regañó con lágrimas en los ojos luego de que decidiste, sin razón aparente más allá de probar tu destreza, derribar el nido de cuervos sobre el viejo guaje de casa de los abuelos. Sin embargo, ya no queda nada de ello. Tanto la casa de los abuelos como María Luisa y el guaje fueron devorados por un alud de tierra. De hecho, la lluvia que ahora mismo golpea la ventana, es seguramente la cola del huracán que reblandeció la tierra que se tragó el lugar más feliz de tu infancia.

Intentas dormir, mañana debes ir a acompañar a tío Mario en lo que buscan los cuerpos para darles propia sepultura. Quieres creer que tal vez haya supervivientes, pero sabes que la casa era demasiado vieja y frágil como para soportar la cantidad de tierra que dicen que cayó. El ave continúa su desesperada llamada, lleva horas así. La escuchaste más temprano, cuando posiblemente fue alcanzada y herida por el gato de algún vecino y durante un tiempo calló lo suficiente como para suponer que estaba muerta, pero al empezar la lluvia reanudó su patético canto, si es que a tal cacofonía se le puede llamar canto.

No puedes más, cada graznido trae a tu memoria el rostro lleno de lágrimas de María Luisa mientras sostenía el nido hecho pedazos entre sus brazos y la madre cuervo a lo lejos plañía por sus crías perdidas. Entrecierras los ojos y de pronto tu mente te muestra imágenes displicentes, no es ya un ave, sino una pequeña María Luisa la que se arrastra por el techo y el techo ya no es techo, sino una empinada ladera desgarrada de lodo y tierra. Te levantas como impulsado por un resorte, un vacío en tu estómago te hace querer vomitar. Ahora sabes que no podrás dormir hasta hacer algo.



Te paras frente a la puerta que da al patio. Por el estruendoso ruido metálico supones que el ave está sobre el cuartucho de lámina que el abuelo construyó sobre la casa para guardar sus herramientas. Subes el cierre de tu chamarra y abres la puerta. Un aire gélido y cargado de lluvia te golpea de lleno y te hace estremecer hasta la médula. Das un paso afuera, con una mano sostienes la linterna y con la otra la cubres para evitar que le entre agua. Miras arriba, pero entre la noche cargada de nubes negras y la lluvia cayendo sobre tu rostro no puedes vislumbrar casi nada.

Avanzas hacia la escalera con la mirada en el techo para poder buscar algún rastro del ave entre las sombras. Mientras avanzas la lluvia que te golpea te hace recordar aquellas tardes en que con Luisa jugaban a ser marineros antiguos y usaban una tabla vieja a manera de nave sobre la laguna seca, que más que laguna era un lodazal lleno de lombrices. A pesar de las condiciones verdaderas de ese triste charco, en su mente de niños ese lodazal era el mismo océano en el que se divirtieron esas vacaciones en que leíste sobre Simbad. De pronto, el llanto del ave estalla de nuevo y ya no estás en tu patio, sino en la cubierta de tu barco. La lluvia ya no es lluvia, sino el agua de mar que chisporrotea conforme embisten las olas y las nubes no son nubes, sino la aterradora sombra del ave Roc que cubre el cielo y cuya cólera presagia calamidades. Entonces lo recuerdas, ese nido lo derribaste porque era el nido del Roc que había capturado María Luisa para darla de comer a sus crías. Eras un niño que se dejó llevar por la fantasía, nada más que eso. Pero eso no quita el sabor de la culpa que se arrastra desde el fondo de la garganta, ni la imagen de aquella niña sollozante envuelta en un vestido manchado de lodo, sangre y plumas.



@elaxiomarevista



Comienzas a ascender las escaleras a la azotea y al llegar arriba deseas gritar órdenes como un capitán en el puente de su nave, pero te contienes por decoro, es tarde y los vecinos podrían preocuparse, aunque igualmente puede que no te escucharan bajo el estrépito de la lluvia que parece ir arreciando. De todas formas levantas tu puño al cielo y lo agitas como cuando niño y... una idea cruza tu mente “ese maldito Roc, al fin se llevó a Maria Luisa y yo no estuve ahí... no estuve ahí para detenerlo”. Te molesta, te enoja la idea, desearías haber estado ahí, aunque sabes que ni el mismísimo Simbad hubiera podido detener una montaña que se desploma.

Te acercas al cuarto, no parece estar arriba sino encerrado dentro, lo que explicaría porque el gato no pudo llegar a él. Igualmente si lo dejas ahí podría hacerse daño. Tal vez si lo liberas aún esté en condiciones de volar. El aleteo se vuelve más frenético y de pronto se detiene, parece que te escucha acercarse y teme que seas un depredador más. Estiras la mano y tomas la cuerda que cierra el cuarto mal hecho, pero no parece haber estado cerrada, tal vez la dejaste entreabierta más temprano cuando subiste por un poco de lazo para tu equipaje. Si la puerta no fuera demasiado pesada para un gato el ave no hubiera tenido tanta suerte.

Tienes un nudo en la garganta y tiemblas de frío y nerviosismo. Nunca lo hablaste con nadie, pero, desde lo del nido, los cuervos te generan cierta incomodidad. No sabes si es verdad lo que decía el tío Mario acerca de que los cuervos recuerdan a los que les hacen algún mal o si sólo te molestaba, pero desde ese día al andar por el pueblo no podías dejar de sentir que sus ojos negros te seguían y que sus graznidos eran improperios contra ti, el asesino de crías.



Aún hoy en día y lejos del pueblo, los zanates de la ciudad te causan cierta incomodidad, como si de alguna manera toda ave negra hubiera escuchado de tus crímenes contra los suyos. Aprietas la cuerda, sólo deseas terminar con esto para volver a dor... Te golpea en la cara y caes al piso, el aleteo de un ala negra en tu rostro, el horrible graznido. Te cubres el rostro horrorizado. Un grito escapa del fondo de tus pulmones y te arrastras mientras retrocedes. Alejarte, sólo esa idea absoluta domina tu mente. No hay lugar para la mente. Huir, huir es imperativo.

Vuelves en ti. Tu respiración está agitada, tiembles y los músculos apenas te responden. No te diste cuenta de cuando, pero lágrimas tibias enjugan tu rostro. Agradeces que no haya nadie más ahí que un cuervo alborotado que huye al fondo de la casucha espantado. Te sientes ridículo. Te levantas, recobras tu linterna y te acercas de nuevo a la puerta. Alumbras al interior y el cuervo revolotea de arriba a abajo. Parece que se rompió un ala. De pronto, una sensación oscura florece. Sabes que deseas matarlo. Sería tan simple como tomar la pala a tu derecha y acabar con su dolor. No puedes quedarte en casa a cuidarlo y dejarlo ahí sería dejarlo como comida para los gatos y... simplemente deseas matarlo.

Estiras tu mano y a tientas buscas el mango de la pala, mantienes el haz de luz sobre la corvida figura que brinca cerca de una gran bolsa negra. De pronto la bolsa se yergue, revelando una alta figura. Crees que se trata de un desconocido encapotado hasta que detrás de lo que creías un brazo surge una emplumada cabeza negra. No entiendes lo que está pasando, no tiene sentido. La bolsa negra se vuelve un ala y unos ojos negros y relucientes se revelan al tiempo que un negro pico se alza y araña el techo de la casucha.



@elaxiomarevista



Al menos dos metros parece medir aquella aparición. El aire, al igual que cualquier cosa similar a la razón, escapa de ti. No hay palabras, deseas gritar, pero al momento que lo logras un atronador graznido ahoga cualquier otro ruido, como si la furia de aquella bestia negra fuera tan absoluta que aplastara a cualquier otro sonido en la naturaleza. Es tan estridente que no te deja escuchar tu propio grito, tanto que reverbera al interior de tus entrañas y huesos. El aire se llena de una pestilencia mortecina. El aroma de los muertos consumidos.

Tus oídos zumban. Intentas retroceder, pero tus piernas se sienten débiles y frágiles, como si las más leve variación en la presión que ejerces sobre ellas fueran a causar que se hicieran añicos. Un relámpago estalla a la espalda del ave y puedes ver las esmaltadas garras de sus patas tensarse y las alas recluir brevemente, lo suficiente para dejar clara la intención. Carga contra ti. Estiras tu brazo y sientes la pala, la blandes cual espada, pero no eres ningún marinero antiguo y el peso es demasiado para tus atemorizadas fuerzas, por lo que la sientes deslizarse de tu mano. Escuchas el claqueo de la pala rebotando en el piso al tiempo que sientes la inmensa presión de un pestilente y gigantesco pico aprisionando tu cabeza. El ave da un brinco, la súbita aceleración te hace sentir como si el cuello fuera a desprenderse de tus hombros, lo que provoca que te retuerzas en el aire. Te liberas. La afilada tenaza negra resbala sobre tu mejilla en una diagonal escarlata. Giras en el aire y caes sobre tu espalda. El aire estalla fuera de tus pulmones apenas tocas el suelo, aunque tu cuerpo tiene demasiado miedo como para sentir dolor.

Intentas arrastrarte sobre el suelo mojado, pero las afiladas garras del ave te perforan el tronco para inmovilizarte.



Un dolor que penetra hueso y carne te atraviesa y te atenaza, en tu mente no existe otro pensamiento más absoluto que el dolor. El ave grita furiosa, como marcando su cruel dominio sobre ti. Su grotesco pico desciende furioso una y otra vez lacerando tu ya de por sí lastimado rostro mientras busca frenético tus ojos. Tus manos luchan inútilmente por librarte de la garra que te apresa. Manoteas desesperado y uno de tus golpes milagrosamente alcanza al ave en el ojo con suficiente fuerza como para hacerla retroceder. Giras sobre ti e intentas levantarte. Lluvia y sangre oscurecen tu visión. De pronto tu pierna es halada, ya conoces la presión monstruosa del pico que atenaza tu pantorrilla y amenaza con partirla en dos. Intentas liberarte, pero esta vez el dolor estruja violentamente tu estómago herido y hace que tus piernas cedan antes de siquiera poder intentarlo. Sientes al ave trepar a tu espalda y sus garras atravesarte y aprisionar tu costillar. Sabes que todo terminó. No puedes respirar y comienzas a ascender.

La lluvia se estrella vertiginosa sobre tu nuca. Sientes que al ave le cuesta volar cargando tu peso muerto en la tormenta, pero aún así no recuerdas si alguna vez en tu vida viajaste tan velozmente. A tus pies la ciudad escapa frenética y se encoge hasta dejar tras de sí sólo diminutos haces de luz. Mientras se aleja, todos en ella te parecen lombrices de la laguna seca. Tan diminutos, tan ignorantes e impotentes ante la furia del Roc. Tomas tu vientre y sientes una sensación caliente y húmeda escurrir. No sabes si es sangre o son tus órganos. Igualmente evitas forcejear, pero aunque lo intentaras no sabes si podrías. Respiras pero nada parece quedarse dentro. Los pulmones te arden. Comienzas a sentir el mundo dar vueltas, te desplomas a la inconsciencia.



Golpeas el suelo y escuchas tu cuerpo crujir al caer y rebotar. No existe nada, el mundo es un páramo blanco e infinito. Tu cuerpo entero es una herida abierta jadeante, pero al mismo tiempo no hay dolor. María Luisa se acerca a tu cuerpo maltrecho. Allá a lo lejos el ruido de la lluvia se va apagando mientras el zumbido en tus oídos se intensifica, a lo lejos el cuervo llama dolorido por sus crías muertas. Comienzas a disolverte desde tus orillas hacia el centro. El sabor a sangre se diluye en este nuevo y extraño sabor a nada, a ruido como de estática. El frío lo domina todo, pero no puedes ni temblar. María Luisa atraviesa la neblina y... una sombra negra la levanta. El graznido terrible se aproxima. La blancura se extingue bajo las alas negras. La montaña cede bajo las poderosas alas de tifón y aplasta tu pecho. La furia de la madre Roc es absoluta e inescapable, ahora lo sabes. Un gran pico negro aprisiona tu ojo derecho, sabes que empezará a comer. Duele, pero ya no importa. Ya no eres más que una lombriz de una laguna seca y como tal, sólo te deslizarás de nuevo a las profundidades de la tierra a dormir en una casa devorada por la oscura montaña.



**Ilustración:
Ave Maldita
(1A DREAM).**

ACERCA DEL AUTOR

ISMAEL MENDOZA (Ciudad de México, 1996).

Nació el 30 de octubre de 1996 en la Ciudad de México. Actualmente soy pasante de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas de la UNAM. Me considero un apasionado de la literatura y el cine de terror, el boxeo y la lingüística.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



Y DERRITIRÁN TUS MENTES

Karla Hernández Jiménez
MEXICO

Alguna vez, alguien le dijo a su novio que aquel parque era uno de los más embrujados del estado de Veracruz y del país, que los muertos que habían quedado sepultados debajo del asfalto seguían ejerciendo una influencia nefasta, que pocos eran los que habían salido con vida del infame castillo de la Blanca Nieves viviente, que no parecía una verdadera coincidencia que cada cierto tiempo aparecieran nuevas figuras adornando la entrada.

¿De casualidad su novio le hizo caso cuando le explicó todo esto en un intento desesperado por hacerlo entrar en razón? Para nada, siguió caminando directamente hasta la entrada del parque como si todo lo que le hubiera dicho fuera una simple excusa para evitar cumplir con el reto que sus amigos les habían impuesto días atrás.

En ese momento, deseaba con todas sus fuerzas no haber asistido jamás a su reunión habitual de las cuatro de la tarde en el Clásico que estaba muy cerca de la playa. Hubiera devuelto con gusto cada gota de alcohol que consumió en esa ocasión si Andy no los hubiera retado a ella y a su novio a asistir de noche al parque más embrujado luego de ver el modo en que ambos se estremecían al ver el video de la figura de Blanca Nieves moviendo los ojos para sorpresa de la persona que estaba grabando.

Andy pensó que sería divertido si los hacía ir de noche y sonrió de forma maliciosa cuando sugirió el plan.

—Es eso o invitarnos pizza a todos durante un mes entero. ¿Qué opinan?

“Maldita Andy”, pensó Mich cuando recordó otra vez lo sucedido.

Las palmeras se movían constantemente debido al viento del norte que se aproximaba con gran velocidad hasta la ciudad. Además, el camino se iba haciendo cada vez más sinuoso y estrecho conforme avanzaban más allá de la explanada donde ella había estacionado su coche gris.



Mich se sentía mareada por el miedo que estaba experimentando, en cuanto pasaron las casetas de cobro y saltaron la barda para poder entrar, ella supo que no había marcha atrás. La decisión ya había sido tomada sin siquiera preguntarle cómo se sentía con respecto a hacer ese peligroso tour. Su novio dió por sentado que ella estaría de acuerdo con la alternativa que les habían asignado a ambos. Ese fue el primer gran error de la noche.

Avanzaban con paso lento pero firme, siempre con el miedo de ver aparecer delante de ellos las tenebrosas figuras de escayola que poblaban el parque, especialmente la Blanca Nieves viviente que se rumoreaba en todas las redes sociales.

Hasta ahora, todo había sido demasiado tranquilo, quizás más de lo que había pensado.

Revisaron varios rincones dentro del parque, pero jamás dieron con una sola de las figuras.

Estaban dispuestos a irse con las manos vacías, cuando de repente sintieron en sus cráneos una fuerza descomunal, una fuerza que jamás había experimentado alguno de los dos, y que justo en ese momento se alojó en lo más profundo de sus terminaciones nerviosas.

Cuando despertó, lo primero que Mich observó fue una figura borrosa que cada vez se fue haciendo más clara conforme entornaba los ojos. Fue tomando cada vez más conciencia de dónde se hallaba.

Una vez que sus ojos se fueron acostumbrando, fue más evidente que quien se hallaba delante de ella no era otra si no la Blanca Nieves viviente.



@elaxiomarevista



Miró a Mich con esos ojos aterradores que varios buscaban radicar, los mismos ojos que estaban inyectados en sangre a pesar del hecho que únicamente debían estar hecho de escayola.

Mich sintió en lo más profundo de su cuerpo, que aquella era una situación perdida. No había forma de enfrentar lo que se presentaba de una forma tan evidente.

Al ser consciente de ese hecho, sintió un líquido caliente bajando por sus piernas. Se había orinado encima sin darse cuenta.

Su novio estaba pasando por algo similar, se puso más pálido de lo que ya era debido a la aparición.

En un terminado momento, la estatua comenzó hablar. Dijo muchas cosas, pero Mich sólo sentía curiosidad por saber lo que había ocurrido para temer la presencia de figuras que se movían de a sus anchas dentro de aquel castillo.

Sorprendentemente, la Blanca Nieves se dio cuenta de la curiosidad sin resolver de la humana y la contestó sin demora.

Explicó que con anterioridad, que el cementerio donde ahora estaba el parque siempre había sido un lugar pacífico, pero que todo se había arruinado desde el instante en que algún empleado decidió convertir el lugar en un parque.

Ante la mirada atónita de Mich y su novio, también comentó que ella no era una figura cualquiera, que debajo de aquella escayola había una persona que alguna vez estuvo viva.



—Los estúpidos diseñadores de estatuas se quedaron sin varillas para armar el pedido para el parque. No sé por qué pensaron que sería una buena idea usar cadáveres humanos para reemplazar los armazones. Cuando me di cuenta, ya estaba atrapada en esta prisión de escayola —comentó luego de dar un profundo suspiro.

—Entonces, ¿por qué haces esto? —preguntó su novio con la voz entrecortada debido al miedo.

—Ahora, serán como nosotros —les dijo Blanca Nieves mientras descubría la carne putrefacta de su cara que se ocultaba debajo de la superficie de escayola. La lengua larga también hizo acto de presencia en ese momento, concentrando toda la saliva posible decidió darle el mismo tratamiento que le había dado a otros curiosos, metiches, farsantes, charlatanes de turno y demás luego de llevarlos el mismo castillo donde ahora mismo tenía guardadas a sus víctimas, esperando para probar carne fresca.

Cuando hubo la cantidad exacta de saliva acercó su cuerpo hasta el lugar donde se hallaban Mich y su novio. Agarrando la cabeza, echó aquel escupitajo que había reservado justo en el ácido que su cuerpo había conseguido.

Una vez que pudo, tiró la saliva justo en medio del cráneo. Al principio, el creyó que No le pasaría nada ya que era claro que el espectro transformado apenas tenía poder.

Sin duda alguna, descartar de forma tan inmediata a la figura que los había capturado no fue la idea más inteligente.

En poco tiempo, el pelo y el cuero cabelludo se fueron disolviendo lentamente.



Era como si le hubieran echado un ácido potente para acabar con su conciencia.

Experimentó un gran dolor, miró a Mich con el rostro desencajado antes de que la criatura lo levantara para llevarlo a la siguiente parte de la transformación.

Antes de darse cuenta, el chico ya estaba adentro. Muy pronto, la escayola se fue apoderando de la carne hasta tomar su lugar en el cuerpo a que ahora sería duro conforme pasaran los minutos.

Intentó sacudirse a toda costa el material extraño que hora lo poseía, pero fue en vano. Los pocos pedazos de escayola que era posible remover inevitablemente se llevaban un trozo de la carne, convirtiendo la zona en una especie de masa sanguinolenta que lo hacían gritar con un dolor más agudo ante la piel desgarrada. Intentó gritar, pero su boca no se movía, se quedaba estática en su cara, esperando por el momento de romper con aquella prisión. Tampoco podía desquitar su enojo con golpes, aunque su naturaleza se lo impedía. Pero en este caso, no había nada que hacer al respecto ante el cautiverio en el que lo habían dejado.

Al ver eso, Mich se preocupó al instante e incluso intentó ayudarlo antes de tener conciencia de que todo intento sería inútil. Ya estaba condenado a ser parte de las figuras de escayola del parque.

En ese momento, la Blancanieves viviente se acercó hasta donde estaba ella, y acunando la cabeza de Mich entre sus manos rígidas, le dijo:

—Ya lo ves, ahora tú también serás parte de nuestra familia, de toda nuestra familia.



Después de decir aquello, el interior del castillo se iluminó, dejando a la vista todas y cada una de las estatuas escayola que formaban parte de la colección. Había de todo, niños, hombres mujeres y hasta ancianos. Todos estaban petrificados debido a la escayola. Unos incluso habían sido convertidos en personajes populares de la televisión y los cuentos, pero eso no lo hacía menos macabro.

Sacando a su larga lengua y recolectando saliva, la Blanca Nieves viviente consiguió su cometido.

Mich no despertó jamás, su piel su sangre, su carne, y su raciocinio habían sido robados por un material sobre el que estuvo convencida hasta el final. Que no podía ser de este mundo.

Ahora, poco de eso importa debido a que tanto ella como su novio, estaban atrapados en aquella prisión inerte sin la más remota posibilidad de vivir una vez más.

Ahora también formarían parte de la colección de los seres humanos convertidos en estatuas para conformar el séquito de la mujer mutante.

"Ahora sólo me falta buscar el último de mis enanos", pensó la maligna criatura con una sonrisa nostálgica cruzando su cara.

Después de todo, no se podía ser Blanca Nieves si no se tenía a todos los enanos de tu parte. Ya buscaría otro día, por hoy era más que suficiente haber obtenido aquellos dos para su colección privada. Mañana podría ser un día diferente.

ACERCA DEL AUTOR

KARLA HERNÁNDEZ JIMÉNEZ (Veracruz, México, 1991).

Nacida en Veracruz, Ver, México (1991). Licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica. Lectora por pasión y narradora por convicción, ha publicado un par de relatos en páginas nacionales e internacionales y fanzines como Página Salmón, Nosotras las wiccas, Los no letrados, Caracola Magazine, Terasa Magazin, Perro negro de la calle, Necroscriptum, El gato descalzo, El camaleón, Poetómanos, Espejo Humeante, pero siempre con el deseo de dar a conocer más de su narrativa.

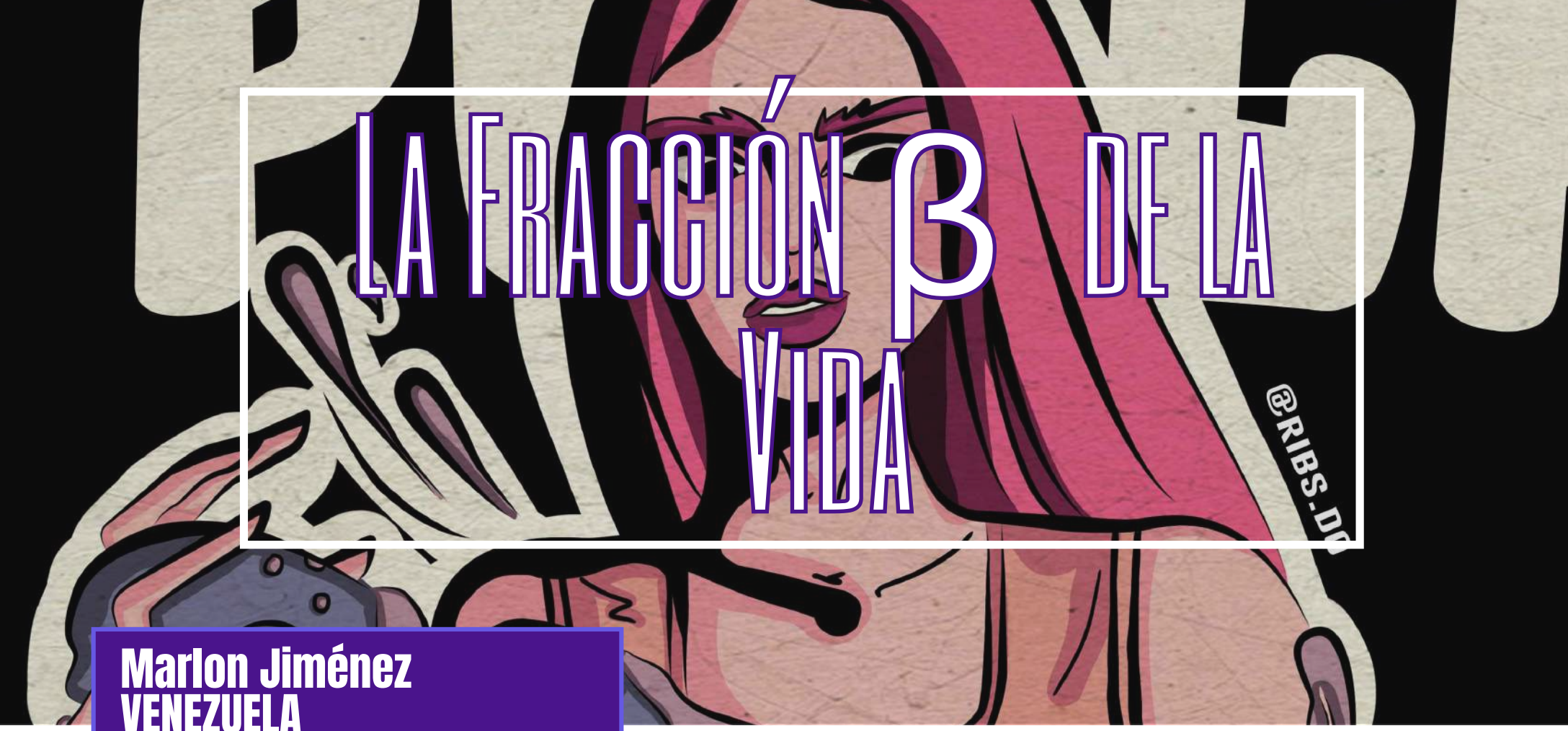
Facebook: <https://www.facebook.com/Karla.Hdz.09>

Instagram: @KarlaHJ91

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



LA FRACCIÓN β DE LA VIDA

Marlon Jiménez
VENEZUELA

I

Maureen llegó a la escena del crimen y con voz violenta y altiva mandó a desalojar a los uniformados que tenía a cargo en su unidad. Ser detective de la unidad de homicidios no se lo había ganado fácilmente y definitivamente sabía que el constante ir y venir de sus compañeros inexpertos sólo dañaría la escena del crimen encubriendo pistas y detalles importantes que podrían ayudarle a atrapar a este asesino en serie.

Era frustrante para ella este caso en particular, pues ya esta era la séptima víctima, y aun no sabía el móvil de los crímenes, ni tenía pistas concretas; lo extremadamente extravagante y, a la vez horrible, de los crímenes era lo único que la hacía apuntar a un solo asesino; algún individuo totalmente fuera de sus cabales o demasiado psicópata como para cometer actos tan salvajes con las víctimas para cumplir alguna especie de compulsión o peor aún, complacer algún gusto particular por su obra; como si de un artista se tratase.

Para ella, esta última era la opción más factible y probable, pues aún un demente en sus pocos ratos de lucidez caería en cuenta de lo que hace y el inevitable ataque de conciencia al hacer el insight de sus actos le habría valido de seguro para intentar delatarse o pedir ayuda para que alguien lo detenga. Eso no había pasado, y aunque para Maureen primaba la justicia y el edicto legal en primer lugar; muy dentro de su ser, encarcelada y encadenada, la rabia que le causaban los delincuentes sólo gritaba una idea impoluta: todos debían morir.

No importa quién fuese, violadores, pederastas, psicópatas, sicarios, narcotraficantes, corruptos... TODOS debían pagar lo que hicieran para dañar a personas inocentes, como lo había sido ella en su juventud. Sin embargo, el sistema era lo que tenía; y con sus deficiencias, era lo único que podía usar para cumplir con su deber.



El ejercicio profesional, y su obsesión por hacer cumplir sus ideas y metas, la habían vuelto pragmática y escéptica, y lo expresaba hasta en la manera de vestirse; aunque le gustaba el cabello largo, jamás lo dejaba crecer más allá de los hombros, y cuando por alguna causa particular y totalmente desconocida para la gente que la rodeaba lo dejaba crecer hasta allí, lo recogía con una simple y sencilla cola de caballo. Usaba pantalones ceñidos y camisa de mangas cortas y a diferencia de las demás mujeres de su división y del departamento, sólo delineaba sus ojos; aunque la mirada grave e intimidante por la que se le conocía era la que más mostraba a diario.

Sus iguales constantemente pensaban en ella como una mujer sola y amargada. Y sus subordinados la veían como una severa y obstinada líder, les infundía miedo y respeto. No era para menos, le había costado mucho llegar hasta allí; sacrificios, ausencias, dos pérdidas por insuficiencia ovárica y llanto por su consorte asesinado, también oficial de policía. Aunque no expresara más en su rostro, como si fuera el rostro de un ángel de piedra sobre un epitafio, con la diferencia de que los querubines minerales mantenían la vista perdida e inmóvil; ella no.

La última víctima, fue reconocida por su historia dental y una única cicatriz en su vientre, producto de una cirugía. Un tal Donremi August, ex militar francés que se había jubilado y decidió pasar su jubilación en un país tropical y cálido; disfrutando de su dinero, del licor y las prostitutas latinas que eran los deliciosos delirios de más de un vejete europeo; incluyéndolo a él.



@elaxiomarevista



La escena del crimen sería difícil de describir, centrada en el desorden de los hechos, el cuerpo yacía sobre el vestíbulo del piso de abajo, rodeado de vidrios rotos de la gran puerta a dos brazos que servía de entrada al cuarto principal del hostel y quedaba frente a las escaleras; para los inexpertos y más jóvenes policías, parecía obvio que alguien había empujado al anciano a través de la puerta, con tal fuerza que habría dado una vuelta sobre la baranda de las escaleras, caído de cabeza al vacío y muriendo por el golpe.

Sin embargo, Maureen, vio como la cabeza de la víctima, horriblemente desfigurada y su macizo facial aplastado casi al ras, no correspondía a la posición, encontrándose ésta mirando hacia arriba; sin duda la cabeza había sido girada 180 grados, y sus extremidades, deformadas hasta el punto de aparentar ser amasijos de carne acodados por múltiples e incontables fracturas de todos los huesos; para el tipo de lesiones que el individuo sufrió, posiblemente por su edad ya habría muerto de hipovolemia antes de que su cara fuese aplastada tan descomunamente; pero tampoco había tanta sangre derramada como la esperada para tales atrocidades y daños cometidos en el cadáver.

El resto de las lesiones y la causa real de la muerte, las darían los forenses; sin embargo ella no dejaba de pensar en la similitud de este crimen con los otros seis; sin distingo de sexo, o posición social, pues de los seis anteriores eran cuatro féminas: una prostituta, una abogada de litigios públicos, una modelo de lencería medianamente famosa y una pianista. Sin nada en común, salvo las múltiples fracturas de los miembros, la cara aplastada a golpes y algo más, dentro del abdomen de las víctimas; todas estaban embarazadas.



Para cotejar las víctimas masculinas, resultó más difícil, pues solo compaginaban las múltiples fracturas de los miembros y sólo el último había recibido los golpes incontables sobre el rostro hasta molerle las facciones, el otro, de alguna manera tenía las mismas lesiones, con la única excepción de las lesiones en cara. ¿Cuál era el móvil? ¿Qué era la causa de que este asesino escogiera a las víctimas como las escogía y por qué hacía lo que hacía? Maureen a menudo pasaba largas horas mirando los archivos y los detalles de los casos tomando cantidades ingentes de café que le irritaban el intestino.

II

La autopsia de 'le chavelier', efectivamente determinaba que la causa de muerte no había sido la caída, sino la incontable cantidad de golpes y fracturas que le ocasionó hipovolemia por las innumerables hemorragias internas; de hecho no había lesiones que indicaran que el hombre hubiese caído de esa altura. También en la historia clínica se había identificado que el francés había sido sufrido de cáncer, teratocarcinoma abdominal y había sido intervenido quirúrgicamente para extirpar la masa principal del tumor y se encontraba en la segunda etapa de quimioterapia; aunque su pronóstico era reservado.

Otro dato importante era que el cadáver de alguna manera aún por determinar, había sido exanguinado posterior a las fracturas; aunque no se encontraron heridas que indicaran la sangría del cadáver y los forenses tampoco podían explicar el método mediante el cual la sangre, posterior a producir la hemorragia, había podido ser extraída del cuerpo casi en su totalidad. Los datos coincidían con los mismos de las otras víctimas en cuanto a la causa de la muerte y los hallazgos de la autopsia.



@elaxiomarevista



Las pruebas de enzimas y toxicológicas determinaron que había grandes concentraciones de alcohol, metabolitos de quimioterápicos, hormonas como ECA, adrenalina y fracción Beta de la gonadotrofina coriónica humana; una hormona que estaba presente por el cáncer en él, y en las mujeres asesinadas, por estar en las primeras etapas del embarazo.

Maureen al leer el informe no disimuló su decepción, rabia y asco lanzando la carpeta contra la pared y lanzando un grito mientras pateaba la silla de su escritorio; su compañero, un hombre más relajado y paciente por su edad, trató de calmarla con unas palabras sutiles. Ella respondió:

—¿Cómo quieres que me calme si los forenses sólo determinan que el maldito viejo fue exanguinado justo después de morir a golpes?!
—Tomó una bocanada de aire— Este maldito informe no aclara nada... igual que los otros, estamos totalmente desorientados con este caso...
—fue interrumpida por otro oficial, que recibió una llamada de una de las unidades móviles, tenían a una víctima que había logrado sobrevivir a un ataque similar a los asesinatos.

Los oficiales llegaron a la escena y la víctima fue trasladada al hospital con múltiples fracturas en los miembros e intubada de emergencia por aplastamiento de la tráquea. La detective Maureen no podría tener sus declaraciones; pero esta vez, había un testigo, el compañero de apartamento del hombre que había sido atacado.

El hombre había resultado con heridas menores al ser alcanzado por esquirlas y vidrios rotos de la ventana por donde, según él, había salido el atacante cuando fue sorprendido por él dentro del apartamento atacando a su compañero, de nombre Adenis Monrroy .

**@elaxiomarevista**

Las declaraciones del individuo sin embargo, eran más parecidas a un cuento de terror o una alucinación por demasiados hongos que un resumen de los hechos; según el pobre hombre, cuando entró en su apartamento vio a su compañero tendido en el suelo atrapado y siendo estrangulado por una criatura parecida a una mujer, pero con facciones grotescas y exageradas, con mentón prominente, ojos de fuego y una boca gigantesca sin dientes que dejaba salir una larga lengua como una aguja hipodérmica; su piel era de color amarillo pálido y tenía una gran joroba negra en la espalda que se transformó en dos gigantes alas de escamas y plumas negras que abrió para huir por la ventana cuando fue vista por él.

Para ella, lo único que coincidía con los hechos era el escape del asesino través de la ventana, aunque no se explicaba cómo había sobrevivido a una caída desde un cuarto piso. Indicó la custodia del testigo en la comisaría, pruebas toxicológicas y envió a dos policías a vigilar al herido al hospital con la orden de que le avisaran si en algún momento la víctima pudiera comunicarse una vez que estuviese estable y los médicos autorizaran el interrogatorio policial.

Estaba obsesivamente intrigada entre los motivos incógnitos del asesino y la inverosimilitud de los hechos; en su oficina repasaba una y otra vez sus notas, una y otra vez los informes del forense; ¿por qué matarlos así? ¿Qué buscaba? ¿Qué necesitaba? ni siquiera había un patrón en las muertes, escogencias al azar; lo único realmente común entre todos los asesinatos era la forma de matarlos, la exanguinación y una hormona en la sangre... quedó unos segundos observando esto; una corazonada hizo que llamara a uno de los oficiales en el hospital.



@elaxiomarevista



—Habla la detective Garzota, Oficial Foseta ¿tiene el resumen del caso del paciente con los exámenes a la mano? —preguntó sin mucho rodeo.

—S... sí, lo tengo señora —respondió Foseta mientras sacaba la libreta de notas.

—¿Qué diagnósticos tiene?

—Politraumatismo, fracturas múltiples y conminutas de los 4 miembros y cáncer de testículo —dijo el oficial con un tono vacilante e intrigado.

—¿Y resultados de exámenes? específicamente fracción beta de hormona gonadotrofina coriónica humana...

—¿Qu... qué cosa...? — tartamudeó el oficial.

Maureen impaciente no le dejó terminar la pregunta:

—Búsquela como Bhcg...

—¡Oh sí señora, esa sustancia tiene un valor de .657,56... —Respiró y continuó—, valores normales de <50! —Terminó el oficial.

—Muy bien... —respondió la detective dándose por satisfecha.

—Tenemos un patrón —Le dijo a su compañero—, quiero que investiguen a todo personal médico que vio a todas las víctimas, traten de buscar un nombre común, una enfermera, un médico, un ayudante de laboratorio, lo que sea... y quiero que redoblen la vigilancia del señor Adenis...



Tomó el resto del café de la taza.

—Si no me equivoco, el asesino intentará terminar su trabajo, no se puede permitir que por una víctima que fortuitamente sobrevivió en medio del ataque, su obra vaya a quedar inconclusa o imperfecta —Terminó diciendo con un aire de victoria.

Su compañero la interrumpió brevemente en su salida de la oficina:

—Los exámenes toxicológicos del testigo dieron negativos, y los interrogatorios subsecuentes no han cambiado ni un solo detalle...

Ella frunció el ceño. Pero no dijo nada más.

III

Los ancianos cuentan sobre un antiguo mal, tan antiguo que se convirtió en leyenda; una leyenda que cayó del cielo.

Por el año de 1908, en las pocas aldeas alrededor del río Tunguska en la taiga rusa, la supervivencia normalmente dura en esos parajes, empeoró gracias a que una gran explosión arrasó con los árboles en varios kilómetros a la redonda del impacto, que acaeció inmediatamente después de que un brillante destello se viera atravesando el cielo; a pesar de la lejanía relativa, estando la aldea más cercana a 250 kilómetros del impacto, la devastación fue relativamente severa. Las personas más ancianas en su mayoría fallecieron por diversas causas; y el auxilio por parte del Zar tardaría varias semanas en llegar. Una joven enfermera de la aldea fue la encargada de atender a todos los heridos, entre hombres, mujeres y niños; apenas dándose abasto para darles alivio a sus dolencias y una muerte tranquila a los que no podía salvar por la radiación y las quemaduras de la onda expansiva.



@elaxiomarevista



Katiyusa Smélov, se hizo famosa en su pueblo por ser la enfermera más valiente y dedicada de la explosión de 1908; incluso recibió por parte del zar una condecoración y el trato de heroína del gran imperio ruso; un reconocimiento que sólo tenían los más altos militares y héroes de guerra de ‘La Gran Aplanadora Rusa’ como llamaban al ejército del gran imperio.

Sin embargo, la alegría a Katiyusa no le duraría mucho; casi inmediatamente después del incidente del 30 de Junio; tan sólo un año después, una peste desconocida causó la muerte de otros tantos aldeanos, o más bien, aldeanas; la extraña plaga causaba una agonizante enfermedad en las mujeres jóvenes y embarazadas del pequeño pueblo y muy a pesar de los esfuerzos de Katiyusa; las afectadas morían sin poder hacer mucho. Nuevamente se solicitó ayuda al Zar; pero esta vez no fue respondida la petición.

La superstición empezó entonces a tomar terreno entre los pobladores, y mucho se habló que la legendaria bruja Baba Yaga había maldecido el asentamiento y hasta que no se le detuviera ni se le ofrendara lo que ella pidiera, las muertes de las embarazadas seguirían aumentando. Otros decían que la gran explosión había sido también causada por la bruja y que las obras de Katiyusa la habían ofendido en gran manera al vencer con sus conocimientos médicos la poderosa magia de la madre bruja, y Katiyusa fue poco a poco empujada forzosamente al bosque a buscar a la gran bruja a pedirle misericordia y perdón por sus ofensas hacia ella; muchos no esperaban que volviera, Baba Yaga asesinaba a todo aquél que se acercara demasiado a su choza en lo más profundo del bosque nevado.



Como lo esperaban, Katiyusa no volvió; y la superstición sólo recordada por los más ancianos del pueblo murió con ellos ya cuando el imperio ruso había pasado a ser La Unión Soviética. Y con el tiempo y el sepultado sistemático de todo vestigio del zarismo en la unión; su nombre fue olvidado.

Cada cuanto, en algunos pliegues de papiro, pergaminos y libros de escribas; se describen plagas puntuales en distintas partes del mundo; plagas que sólo afectaban a las embarazadas, causándoles la muerte, y así como ocurrían; desaparecían, haciendo que dichos brotes no fuesen más que anécdotas raras para la mayoría de los escritores clásicos e historiadores antiguos.

Los eslavos llamaban a estos brotes, la maldición del embarazo; y la atribuían a una bruja muy poderosa. Los griegos la atribuían a las Lamias que habitaban en las costas del Peloponeso, cerca de Turquía. Los romanos las atribuían a maldiciones por parte de los bárbaros en venganza por la invasión de sus tierras. Con el advenimiento del cristianismo y el crecimiento del islam; estas muertes se atribuían a posesiones demoníacas o acción directa del enemigo de la cual no había cura alguna, salvo la muerte de la madre y el feto.

Incluso, en China, Japón y demás potencias el lejano oriente se describían estas muertes esporádicas, debido a entidades diversas y difíciles de combatir. Algunos pergaminos supervivientes de los grandes imperios Mexica e Inca hablaban que esta enfermedad era causada por una deidad maligna contra la cual sólo la bendición de Quetzalcoalt para los mexicas y del omnipotente Dios Sol Inti para los incas; podía servir y salvar a la mujer, pero no siempre al feto.

Lo cierto es que todas estas plagas siempre coincidían con un evento astronómico mayor o menor. Aunque pocas veces se registraba.

IV

La ventana chirrió como empujada por la brisa, y se abrió lentamente empujada por una mano pálida que se extendía sobre ella desde una de las esquinas desde fuera y como si de una mosca se tratase, una mujer casi desnuda y con el vientre hinchado entró por ella y vio a la víctima inconsciente e intubada.

Cautelosamente avanzó hacia la cama y se colocó sobre el paciente rodeando su cuerpo con las piernas; después de un espasmo generalizado y una bocanada de aire, su piel se agrietó dejando ver otra piel mucho más húmeda y grisácea que la anterior sus manos cambiaron de cinco a tres dedos terminados en ganchos bicornes y de su boca anormalmente abierta sobresalió su lengua, que a modo de labro se convertía en una probóscide que, como aguja hipodérmica penetraría el cuerpo de la víctima y succionaría sus fluidos vitales.

Adenis entreabrió los ojos y vio a la horrida criatura una vez más sobre sí e intentó gritar, mas el tubo se lo impedía y con su mano derecha presionó el botón de ayuda a enfermería; la alarma se encendió en la estancia principal; Maureen, que había llegado se apresuró junto a las enfermeras, tomó su radio y avisó a los guardianes de la puerta del paciente que entraran.

Los agentes casi no darían crédito a lo que vieron, e incluso mucho tiempo después de lo acaecido lo ponen en duda.



Una enorme criatura de alas negras y desaliñadas, con piel verde grisácea tenía ensartada en el pecho de la víctima una larga estaca conectada a su cabeza y con movimientos pendulares disecaba poco a poco el cuerpo.

Uno de los policías sacó su arma y a la voz de alto, la criatura se estremeció sacando de un tajo su trompa succionadora y una vez extendió sus alas para escapar por la ventana, al momento que recibía dos disparos de Maureen que la hicieron chillar agudamente sin evitar que desplegara sus alas y escupiera un vómito sanguinolento y lleno de mucosidad, que salió volando por la ventana. Ella corrió hacia la ventana y alcanzó a verla volando en el firmamento como si trastabillara hasta desplomarse a medias sobre la plaza arbolada que quedaba justo frente al hospital.

—¿Qué era eso Foseta?! —preguntó Maureen.

—¡No lo sé! —respondió alterado el hombre.

Tomó el radio nuevamente mientras bajaba apresuradamente los pisos por las escaleras en compañía del resto de los oficiales; pidió más refuerzos; y haciendo gala de su forma física dejó atrás a sus compañeros y corrió como alma que lleva el diablo hasta el parque; justo al sitio en donde vio caer a la extraña criatura.

En el lugar había una gran mancha negra, en forma de estrella irregular y a partir de ella un rastro del mismo líquido negro que indicaba el camino que la criatura había tomado, el rectilíneo y delgado camino de lo que pensaba Maureen era sangre, se extendía unos metros atravesando unos árboles y pasó a ser un camino ancho y rojo oscuro como si ahora en vez de andar, se arrastrara.



Lo siguió hasta una banca y allí vio a una mujer desnuda y delgadísima, blanca pálida, rubia y manchada de sangre que le escurría desde el lado izquierdo del pecho y en la base del cuello por encima de la clavícula.

Maureen corrió hasta ella y la vio respirando forzosamente, la acostó sobre la banca al momento que pidió por radio una ambulancia y soporte médico. El pequeño instante de descuido logró que la mujer tomara con ambas manos por el cuello a la detective y con una fuerza descomunal la lanzó a varios metros contra el suelo y luego se posó sobre ella apoyando sus piernas para aprisionarle los brazos mientras que con ambas manos intentaba abrir la boca de la oficial.

Maureen forcejeaba inútilmente mientras la rubia acercaba su boca a la de ella y abriéndola como antes, se asomaron un par de apéndices como antenas y la cabeza de una criatura similar a una cucaracha se dejó ver. Maureen logró zafar una de sus manos y tomó la cabeza de la criatura, la apretó entonces tan violentamente que la hizo crujir en su mano; la mujer lanzó un chillido y se alzó hacia atrás soltando a la detective y permitiendo que esta se incorporara sobre ella sosteniéndola con ambas manos.

La mujer con lágrimas en los ojos la miró y en un español algo accidentado logró decirle: “soy... soy Katiyusa Smélov...”. Para cuando sus compañeros llegaron la oficial Garzota yacía sentada en el piso al lado del cadáver con una de sus manos gravemente quemada.

Apenas habían pasado unos días, y Maureen con su mano derecha vendada acudía una vez más a la oficina a intentar por enésima vez hacer el reporte de lo sucedido en el hospital y tratando de cotejar todo para que pareciera creíble.



Pues, aunque a pesar de que ella misma había vivido de propia mano los hechos extraños del crimen; le parecía ridículamente inverosímil todo aquello. Ni siquiera ella misma podía creerse lo que estaba escribiendo y eso le hacía rabiar. Ya que no encontraba nada más que decir en sus reportes.

Constantemente daba manotones al teclado del ordenador, e incluso uno de ellas fue con la mano lastimada, pues en su frustración se había olvidado de los vendajes. Su compañero se reía para sus adentros con cada puñetazo hasta que la escuchó quejarse de la mano herida, entonces volteó a verla y le dijo:

—Cálmese oficial, a veces en este trabajo hay cosas que van más allá del entendimiento que podemos tener.

—¿Y qué se supone que debo decir en el informe? ¿Qué el asesino de todas estas personas era una mujer que se transformaba en un zancudo gigante a voluntad y que trato de infestarme cuando la atrapamos?

Su compañero, el detective Samaniego, hizo un breve silencio y luego con una media sonrisa le comentó:

—Ya algo se te ocurrirá... por cierto; podrías agregarle los hallazgos del forense en el cuerpo de la mujer...

—¿Qué dijeron? —cuestionó intrigada Maureen.

—Pues... esta tal Katiyusa Smélov... o es una identidad robada, o para el día de hoy tendría 142 años, aparte de las lesiones de los disparos y los restos de una cucaracha gigante de una especie no identificada en su boca; no había nada más... salvo excepto... —interrumpió el informe.



@elaxiomarevista



—¿Excepto qué? —dudó Maureen.

—¿Dijiste que era delgada? — preguntó el inspector con suspicacia.

—Sí, con un maldito abdomen plano y firme como nunca lo tuve ni lo tendré yo —dijo Maureen.

—Pues... según el forense, su útero, con ovarios demasiado atróficos como para ser fértil, tenía signos de haber estado embarazado.



Ilustración:
Pluck
REBECA DZUL
ORNELA
(Tabasco, México).

ACERCA DEL AUTOR

MARLON JIMÉNEZ (Venezuela, 1985).

Nombre: Marlon J. G. Jiménez R.

38 AÑOS. VENEZUELA

FACEBOOK.COM/CRONICASDELASTROLABIO

Médico y escritor de poesía, prosa, y cuentística. Lector asiduo.

Aficionado de Quiroga, Borges,

Tolkien, Víctor Hugo y Poe.

Libros: “Odas y Otros Poemas” (2014) “Odas y Algunos Poemas” (2021)

Publicaciones:

↯ Revista Digital Zompantele, México.

↯ Revista Digital El Axioma, varios números, México.

↯ Revista Poetómanos. Año 2 Numero 6. México.

↯ Revista Aeternum, Titanes. Perú.

↯ Antología “Error 404: Vínculo No encontrado”. Editorial Libre e Independiente. Perú.

↯ Revista Historias Pulp. Número 5. El Exorcista. España.

↯ Antología “Todos los Infiernos”. Editorial Omicrón. Ecuador.

↯ Antología 21 “Horros Cósmico y Señores Oscuros”. Kanon Editorial, Perú.

↯ Antología “Realidades y Distopias”. Editorial Portable México.

Mirando desde una nueva perspectiva



EL ÚLTIMO DE LOS SACRIFICIOS

Alba Salazar García
MÉXICO

Eran las nueve y media de la noche cuando se sentó en la banca desgastada de madera. El frío era cada vez más fuerte y calaba hasta los huesos, pero sus propias preocupaciones le mantenían en su sitio. No le importaba el hecho de que las amplias e irregulares calles de terracería del pueblo estuvieran abandonadas desde el atardecer por los pocos habitantes que aún no habían marchado a otros municipios; el silencio funesto le daba cierta tranquilidad.

De los bolsillos de su deslavado pantalón sacó una vieja foto, cuyas orillas estaban ya amarillentas por el pasar de los años. En el fondo se podía aún vislumbrar la hacienda en la que su abuela había vivido cuando era una niña que temía a los caballos, gigantes de ojos negros que podían pisotearla en cualquier momento. Sabía que cerca de ahí existía un río que moría en el seno de un lago en el que antes las familias iban a pescar; nunca había estado en ese lugar, y, sin embargo, dentro de sí lo conocía como las cicatrices de su hombro derecho.

Ocultó la foto dentro de las mangas de su chamarra al escuchar el eco de unas pisadas que se acercaban cada vez más. El hombre le ignoró completamente y se dirigió hacia el altar coronado por un retablo cubierto de oro, con pinturas de mártires en sus últimos momentos. El horror al vacío de aquellas personas del Virreinato bien podía ser el mismo que sentían todos cuando al final eran abandonados por Dios en la noche oscura que los invadía hasta consumirlos por dentro, al percatarse de que la saturación de aquello que les daba un sentido no valía nada.

Una punzada en la sien. Ojos negros que brillaban entre las penumbras. Las tráqueas fracturadas bajo garras, burbujeando sangre. Y cada vez se le dificultaba respirar.

Miró hacia lo alto del retablo y lo observaba la mirada penetrante del Padre que se sentaba entre nubes. Cerró los ojos, intentando evitar aquellos orbes de vidrio.



@elaxiomarevista

No había día en el que no pasara frente a la antigua iglesia y al convento anexado. Y no había momento en el que no sintiera un calor desagradable en la nuca al mirar las pequeñas ventanas de las celdas de los monjes, porque sabía que entre los barrotes de hierro se asomaba aquella mano que había desgarrado las carótidas de los niños que se acercaban al río cerca de la hacienda donde ya nadie vivía.

Cuando se paraba frente al retablo del evangelio, siempre terminaba observando la imagen de San Rafael. El pez que cargaba en su brazo, las alas blanquecinas y azuladas que se desplegaban tras la espalda del arcángel, la boca abierta y la mirada moribunda de un ser que había sido arrebatado de las aguas. Escamas viscosas entre dedos pálidos y delicados. Escaparía en cualquier momento para sumergir sus branquias en el lodazal que yacía a los pies del ser celestial y morir.

Y sus ojos serían arrancados.

Y sus entrañas quemadas.

Y su vesícula conservada.

La vida que devoraba vida en un ciclo continuo, inquebrantable, desacralizado, en un pequeño pueblo en el que no había más que lágrimas y una soledad profunda. Donde le habían arrebatado a su abuela todo aquello que le daba un resguardo.

La derruida estructura de la hacienda le saludo desde lo lejos. Al acercarse, los arcos le hicieron sentirse como en casa, como si ya hubiera vivido ahí. La piedra helada besó su mano cuando puso su palma sobre ella y el río era un murmullo que le acunaba. Guiándose por su instinto llegó a la pequeña capilla con su cúpula colapsada y los tesoros desaparecidos.



@elaxiomarevista

Arrancó de su pedestal una figura que reconoció porque siempre escuchó de su madre la existencia de la misma. Aulló cuando la sostuvo y las sombras se proyectaban cada vez más largas en el suelo conforme se alejaba en su desesperación.

Sabía que, si la llevaba a la iglesia, pondría fin al sufrimiento que le acompañaba desde siempre. Pero no reconocía el sendero que había recorrido para llegar hasta ahí. Su corazón latía desbocado.

Un rostro borroso.

La monstruosidad que surgía del cuerpo rompiendo músculos, estirando ligamentos hasta desgarrarlos.

Sin darse cuenta, había vuelto a las afueras del pueblo y tras su espalda, la hacienda le despedía sombríamente.

El aire estaba perfumado. Olía a jazmines y excrementos. De nuevo sus percepciones trastornaban su alrededor en un intento de apoderarse de la realidad y no podía hacer nada para evitarlo. Al recargarse en la puerta de su casa, notó que no había cerrado con llave, pero poco le interesó. Entró y lo primero que hizo fue colocar la estatuilla sobre la mesa, cubriéndola de un fino polvo. Se mordió los dedos y sus brazos temblaban.

¿Quién era más monstruoso? ¿Aquel que intenta encajar y ocultar su pestilencia o quien deja brotar su propio ser?

No pudo seguir el tren de su pensamiento porque el sonido gutural que surgía de su recámara le hizo sobresaltarse. Su corazón comenzó a latir rápidamente y se dejó caer de rodillas al piso mientras, desconsoladamente, pedía perdón una y otra vez hasta que el sonido cesó por completo.



@elaxiomarevista

La pequeña ofrenda de bulto tuvo el efecto temporal de apaciguar aquello que se ocultaba en aquella casa de techo de lámina, rodeada del frescor del anochecer y la hierba que crecía descontroladamente, donde las piedras ocultaban criaturas ponzoñosas y los chapulines brincaban de un lado a otro.

Aún resonaba el suave sonido del río en sus oídos. Y planeó cuándo llevar la figura al recinto sacro para que fuera bendecida y pusiera fin al infierno que había sido desatado sobre aquella tierra.

Cada noche dormía menos y durante el día no podía despertarse por más que luchara contra el cansancio. Sus sueños eran caóticos usualmente, pero ahora simplemente no podía encontrarles alguna lógica. Lo peor era que cuando lograba salir de su sopor, su cuerpo tenía heridas y cicatrices nuevas, y su memoria se iba deteriorando poco a poco hasta olvidar lo que había sucedido durante esos momentos en los que descansaba.

Mientras caminaba por la calle, la gente se alejaba de su presencia, sea porque no le conocían del todo ya que no tenía mucho tiempo que había decidió vivir en aquel paraje casi desconocido por los turistas o porque repudiaban el linaje al que pertenecía. Era como si fuera un fantasma que recorría las estrechas calles, entre magueyes y tumbas; la gente no le miraba. No existía para ellos o no querían que existiera.

Como siempre, se detuvo frente a la iglesia, admirando desde los escalones la cruz de piedra que se encontraba en el atrio. La entrada de madera, el arco que resguardaba la entrada a una capilla ya cerrada desde hacía tiempo atrás. Los árboles se mecían por el soplar del viento y sentía que el frío que cargaba le cortaba la cara. No era como si le importara.



@elaxiomarevista



El dolor de las heridas que se abrían en sus brazos o piernas rozando su ropa era mucho más insoportable que sólo una sensación desagradable en el rostro. Pero el aire olía a hierro y tierra. Un olor conocido que le hizo tragar duro.

Ah, el olor que su abuela había descrito cuando el caballerango de la hacienda, montado en un caballo azabache, se paseaba a los alrededores, con una mirada sombría y la boca en una línea tensa. Su mano posada en un arma que estaba lista para ser usada ante el menor ruido.

Ella siempre que recordaba ese olor sonreía de una forma extraña. Decía que era un agüero de que algo iba a suceder. ¿Sería bueno o algo malo? Sólo el pasar de los días lo diría con seguridad. Y ya bajo su piel sentía un hormigueo peculiar al pensar sólo en ello.

La estatuilla estaba rota. Fragmentos sobre la mesa y el piso le hicieron saber que aquella ofrenda no era suficiente para relegar aquello dentro de la casa. Se jaló el cabello intentando no entrar en pánico al saber que lo que se escondía saldría pronto de nuevo, arrancando la piel que le cubría, las uñas transformarse en garras funestas y del coxis brotaría una cola imposible, lista para asfixiar a cualquiera que se cruzara en su camino.

Maldijo su suerte mientras intentaba pegar aquel rompecabezas de yeso sacralizado y rezaba que todo se detuviera. Y que tal vez, todo sólo fuera un producto de su mente, pero el sabor de la sangre en su garganta le hizo saber que era tan real como lo que le rodeaba.

Como la vida. Como la muerte.



Se paseó delante de las miradas de aquellas pinturas que estaban incrustadas en las paredes, polvorientas y con manchas de pintura blanca de alguien que no tuvo cuidado alguno al pintar el interior de la iglesia cuando la renovaron durante los ochenta. Lienzos húmedos, dañados y que eran ignorados. Sus ojos se clavaron en el ángel que entregaba el cáliz de la amargura a Cristo.

Un nudo se formó en su garganta. Y las luces de las pocas lámparas que estaban instaladas se apagaron. El silencio era asolador, pero aún más lo eran las viejas puertas rechinando al ser azotadas con furia. La profunda tristeza del rostro inmaculado iluminado por la tenue luz de la luna mientras las perlas de sangre brotaban de su frente sudorosa; sus piernas temblaban. El piso vibraba y corrió hasta detenerse ante el altar, aferrándose al mármol y mirando hacia las entradas que daban al exconvento. La cruz sobre su espalda mientras la arrastraba por el polvoriento suelo. Una garra se asomaba entre la oscuridad.

Balbuceó algunas palabras hasta que unos enormes ojos de búho le contemplaban con ansías. Se subió sobre el altar. Los instrumentos de tortura yacían sobre la tierra. Se hincó suplicando para que no se acercara, pero sus palabras no llegaban hasta las puntiagudas orejas de la criatura. La sangre que se derramaba de sus heridas eran un testimonio de su gran sufrimiento. Su llanto fue ignorado y la columna vertebral, desnuda, se erizó como lo haría el lomo de un gato enfurecido. Y saltó hasta donde se hallaba. No pudo evitar lanzar un terrible grito cuando la bestia le acorraló entre su ser y el altar de mármol.

Los vitrales vibraron peligrosamente ante el chillido de ultratumba que lanzó la criatura.



@elaxiomarevista



Sus dedos se enterraron entre las plumas que cubrían sus patas cuando el pico de la bestia desgarró su camisa y la piel de su vientre. Músculos visibles que eran abiertos para poder llegar al interior de su cuerpo. Un sonido viscoso. Grito hasta que su garganta no pudo más y se desgarró, escupiendo sangre entre cada alarido.

El último sacrificio estaba servido. Su abuela devoraba sus intestinos, sus riñones y cada órgano que encontraba su lengua bifurcada. Sintió escalofríos que subían y bajaban por sus brazos y espalda. Miró aquella figura que colgaba de lo alto del retablo mayor. La mirada penetrante del Padre que no parpadeaba se clavó en su cara. Volteó la cabeza, intentando evitarla, sea por la culpa de no haberla matado cuando la oportunidad se le había presentada, o porque al fin logró recordar que durante el día siempre le procuró víctimas, esperando que el odio y el hambre dentro de ella pudiera ser apaciguado por los descendientes de aquellos que la habían vendido a un hombre que no conocía, que le habían negado su infancia y felicidad. Que le habían hecho morir mientras vivía hasta que se le otorgó una oportunidad como ninguna otra.

Y supo que su presencia la había hecho tan desdichada porque su hija descendía del hombre que le hizo madre a tan temprana edad, porque era el fruto de la hija de su abuela y sus facciones le recordaban a su infame abuelo.

Cerró los ojos, intento no pensar en aquellos ojos de vidrio del Padre que le miraban con frialdad, mientras todo se iba haciendo cada vez más oscuro.

ACERCA DEL AUTOR

ALBA MARICELA SALAZAR GARCÍA (México).

Pasante de la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Participó en el PAPIIT “Archivo de mujeres. Un lugar para la memoria de las mujeres en la historia”. Es miembro del voluntariado de Islas de la lectura, parte de Universo de Letras, UNAM.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva

AHORA MISMO ESTÁ DETRÁS DE TI

Carlos Ramos
MÉXICO

Estuvo escondido desde la madrugada, entre la hierba y la zarza, atento a los ruidos de los animales y el correr del río. Sabía perfectamente que ese día vendría a su propiedad el señor N., había visto movimiento en los días anteriores. Se disponía a descubrir lo que ocurría adentro de esa cueva, porque cuando el misterioso sujeto entraba, todos en el pueblo se quedaban a la espera, decían, que ahí ocurrían cosas de magia negra.

La gente del lugar siempre que hablaba del señor N., lo hacía con temor, como si los fuera a escuchar sin que estuviera presente. Murmuraban que había construido en ese lugar del cerro para hacer su pacto. La casa era una verdadera fortaleza y su acceso muy complicado. Al frente, un río con agua furiosa, alimentado por un sinnúmero de manantiales, atrás, un acantilado que solo es accesible con equipo de montaña, a un lado, maleza muy espesa llena de plantas con espinas y del otro, un camino muy reducido y escondido que lleva a una parte de lo que fue el Camino Real.

Las habitaciones son subterráneas y en la parte de arriba solo hay un pequeño cuarto con unas escaleras muy reducidas y en las paredes rendijas para espiar cualquier movimiento. Aunque la verdadera razón para edificar en ese lugar, fue que cerca hay una cueva que es un portal o la guarida de algún ser desconocido.

Esta era la urgencia del joven, saber qué pasaba adentro. Él había llegado por la orilla del río, incluso en alguna parte tuvo que meterse al agua, para así quedar lo más cerca posible de la entrada.

Charlatanerías. ¡Bah! Son puras habladurías, cuentos para espantar a los niños, esto se decía Sergio cada vez que se encontraba con historias de cosas sobrenaturales. Él era escéptico, no había cuento o leyenda que logran espantarlo, ni ahora ni cuando era niño. Su forma de razonar era muy clara, tratar de encontrar una explicación a cada uno de los fenómenos: todo tiene una explicación racional, sentenciaba con algo de arrogancia.



Estaba matriculado en la Facultad de Ciencias en la capital y ésta tesis la comprobaba a cada paso, por esta razón esas hojas amarillentas y gastadas que sostenía no le causaban ninguna impresión.

Aunque, hasta para él era un misterio cómo habían llegado a sus manos. Estaba en la biblioteca buscando libros sobre reanimación de cuerpos por medio de impulsos eléctricos y de casualidad encontró uno sobre reanimación a partir de un elemento químico poco estudiado, esto llamó mucho su atención. Pidió el libro y se lo llevó a su casa para estudiarlo con detenimiento, pues quería impresionar a su clase y al severo profesor W., que parecía que se las había tomado contra él.

En su cuarto sacó el libro y al abrirlo cayeron al piso las hojas. Cuando las levantó sintió que por su mano corría una energía que venía del papel, en su habitación comenzó a oler muy raro, ideas más, es solo eso, se dijo tratando de no dar importancia al asunto. Hizo a un lado los libros que estaban sobre su escritorio, abrió la ventana y vio que ya era tarde, por un momento contempló el lento mecer de los árboles, luego vio hacia arriba y descubrió unas nubes ridículas tratando de ocultar el cielo. Se dispuso a continuar leyendo lo que estaba en esas hojas y que extrañamente era una historia de su pueblo.

En el pueblo decían que el señor N., se dedicaba a asaltar bancos en la capital y por esta razón tenía un pacto con las sombras, contaban también que ya tenía mucha sangre en las manos.

Cuando comenzó a clarear el joven escuchó ruidos que venían de la casa.



@elaxiomarevista



Había hecho lo posible por estar perfectamente oculto y al mismo tiempo ver lo que pasaba. Sabía que el señor N., hacía una gran fiesta, pero primero entraba a la cueva justo a las doce del día.

El joven era paciente y muy curioso, quería saber por cuánto tiempo estaba adentro, qué hacía y decía, pero, sobre todo, quería ver a ese ser al que le llevaba la ofrenda, porque estaba seguro de que era un ente corpóreo.

Estaba decidido a todo, tenía varios meses planeándolo, no había visto al señor N., pero estaba seguro de que lo reconocería. Pasó la mañana y él seguía atento desde su puesto, de pronto, al voltear hacia arriba vio que el cielo tenía un tono azul muy peculiar y entonces supo que era el momento.

El silencio llegó como alud, de pronto, el joven vio a un tipo completamente vestido de negro, sostenía una canasta y se dirigía a la cueva. Cuando llegó a la entrada el extraño sujeto volteó hacia el río, miró la alberca circular y dijo algo que el joven no alcanzó a escuchar, después, entró haciendo una reverencia. El joven estaba completamente seguro que adentro no había otro ser humano. Con cautela se fue acercando a la entrada, palpó su cintura y ahí estaba el cuchillo con el que se defendería en caso de ser necesario. No sabía la profundidad de la cueva ni si había ramificaciones, aun así, siguió.

El interior estaba muy oscuro, el agua corría adentro haciendo más tenebroso el lugar, el piso no estaba parejo así que en algunos puntos la corriente estancada era profunda.



El joven se había adentrado tal vez diez metros, se comenzó a sentir sofocado, pero debía ser cuidadoso para no ser descubierto, estaba pegado a una de las paredes y sus manos palparon algo viscoso que le causó repugnancia, pero guardó silencio. Siguió avanzando y al voltear vio la luz de la entrada, pero le pareció que ya estaba muy lejos, tanto que apenas era un pequeño punto, se sintió nervioso y por primera vez se dijo que quizá había cometido una estupidez, mientras pensaba esto, escuchó una voz sin vida que le terminó de helar la piel porque estaba cerca. Se calmó lo más que pudo y con el valor que da el terror continuó, ya estaba ahí y no había vuelta atrás, solo fueron unos pasos y lo que oyó lo paralizó.

Charlatanerías. ¡Bah! Son puras habladerías, cuentos para espantar a los niños, volvió a decir Sergio mientras dejaba las hojas sobre su escritorio y se frotaba los ojos, porque por alguna extraña razón los sentía cansados y le lloraban como si hubiera estado expuesto al humo. Después vio sus manos y se sorprendió porque le parecieron avejentadas, como si de pronto hubieran pasados muchos años y su piel se le estuviera pagando al hueso. Se recargó en el respaldo de la silla y sintió un dolor que le recorrió la espalda, físicamente estaba abrumado, se volvió a frotar los ojos y cuando los abrió miró hacia la ventana y aunque no había nada extraño comenzó a estar nervioso, su cuerpo era puro temblor y las manos le sudaron profusamente.

La habitación seguía con ese olor desagradable y repentinamente comenzó a sentir mucho frío que no tenía sentido en esa época del año.



@elaxiomarevista



Tomó las hojas, las juntó y las golpeó contra la mesa para ordenarlas, se disponía a continuar leyendo desde donde se había quedado “...y lo que oyó lo paralizó...”, pero las soltó porque en ese momento, “algo” entró por la ventana, se le erizó la piel. Echó un vistazo a la habitación, estaba solo, ideas mías, se dijo, volvió a tomar las hojas y trató de controlarse.

Cerca de él se escuchaba esa voz sin vida, estaba en completa penumbra, trató de poner atención a lo que decía y descubrió que se expresaba en un idioma incomprensible para él. Su cuerpo estaba tenso y con una mano buscó el cuchillo que estaba en su cintura, de pronto, se prendieron tres veladoras y solo así pudo distinguir al tipo completamente vestido de negro, que ahora estaba en una especie de altar en donde había colocado la canasta y sacaba el contenido, dejó todo listo para el banquete y se hizo para atrás. La luz de las veladoras se tambaleaba de forma increíble, no había viento y algunas veces las flamas se movían en sentido opuesto.

Con la vaga luz que había, el joven supuso que el señor N., estaba parado sobre una piedra porque a sus pies se veía agua estancada que parecía profunda, él no avanzó más porque tendría que meterse a la corriente y haría ruido. El señor N., comenzó a hacer figuras con los brazos, luego los juntó al frente y en ese momento el joven sintió mucho frío, un frío que no supo de dónde venía y un olor asqueroso le golpeó la nariz hasta casi marearlo. Tomó su cuchillo porque presintió que algo malo pasaba, con su mano izquierda lo apretaba muy fuerte, pero era de puro nerviosismo. Volteó para tratar de ubicar la entrada y poder guiarse, pero le fue imposible, se sintió perdido, luego giró y las veladoras se habían apagado, en ese momento, una voz le dijo: voltea.



Cuando lo hizo, algo, tal vez unas manos, lo tomaron de los hombros y lo sacudieron, gritó, mejor dicho, aulló, porque sintió tanto miedo que estuvo a punto de dejar este plano. Cayó al agua, el cuchillo se le perdió para siempre, ahora balbuceaba, suplicaba, pedía que no le hicieran nada y nuevamente lo sujetaron con fuerza, lo levantaron y lo aventaron contra una de las paredes. El golpe le sacó el aire y quedó adherido pues de inmediato algo pegajoso lo sujetó, no supo lo que era, pero lo apretaban tanto que parecía que lo querían hacer entrar a la piedra.

Seguían las voces, pero ahora no sabía de dónde venían, estaba completamente desorientado y asustado, trató de zafarse, pero era imposible. Comenzó a escuchar que una procesión se acercaba, venían rezando y él cada vez más apretado contra la roca. Las almas solo recuerdan el odio, escuchó que alguien le susurró al oído, prendieron una veladora y él comenzó a gritar con las pocas fuerzas que le quedaban, lo que estaba ahí era espantoso, toda la escena era algo horripilante, nunca pensó que lo último que vería fuera eso, un viento helado apagó la luz y su grito quedó retumbando en el lugar.

Soltó las hojas, no pudo continuar leyendo, estaba temblando, las piernas no le respondían. Vio que algo se movió muy rápido adentro de su cuarto, ideas más, solo eso, nada de esto existe, dijo para tranquilizarse.

Por primera vez sintió miedo. No lo quería aceptar, pero estaba aterrado, cuando era joven conoció esa cueva y se burló de las supersticiones de los campesinos. Decidió dejar de leer lo que estaba en esas hojas, las quemaría con todo y su infernal contenido.

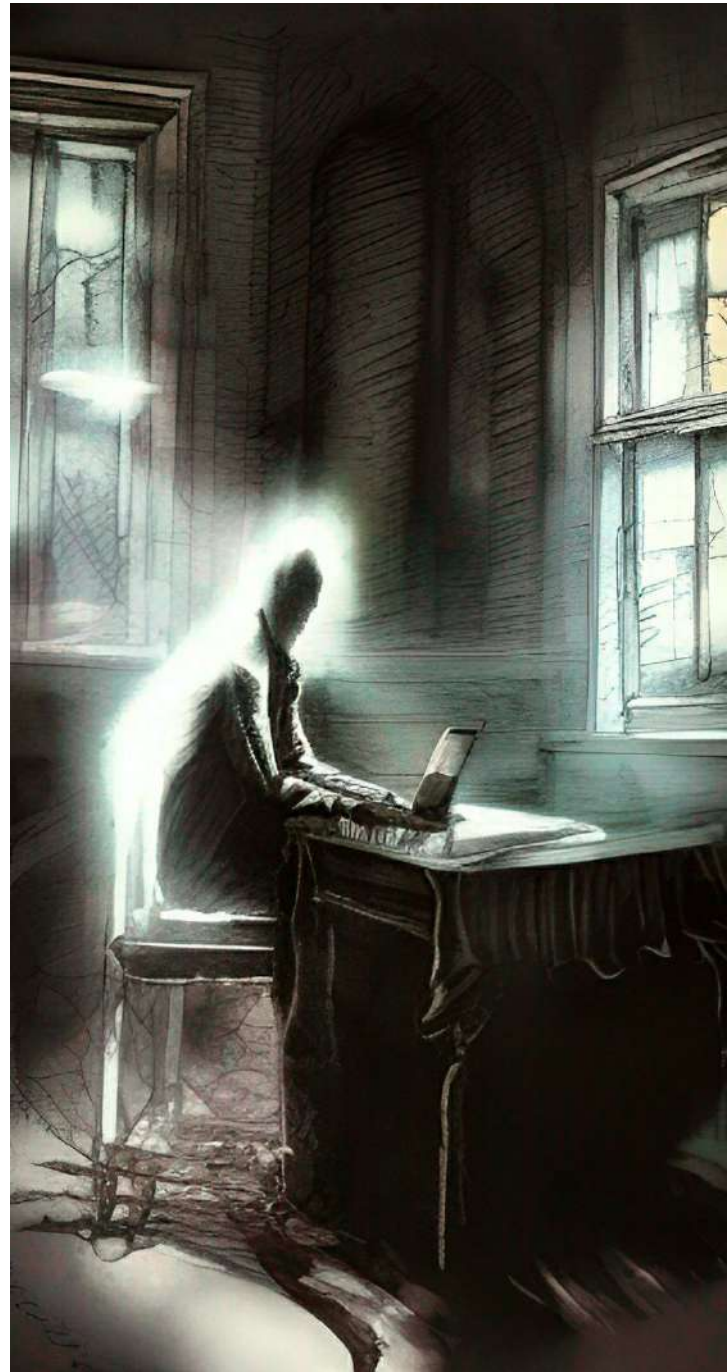


@elaxiomarevista



Las puso sobre el escritorio, sintió náuseas y mareo, algo se había roto dentro de él, no quería saber más de eso, tenía que destruirlas. Abrió un cajón del escritorio, estaba muy nervioso, buscó unos cerillos, pero no los encontró, escuchó ruido afuera, seguro son los gatos, sí, solo eso. El frío seguía y el asqueroso olor se le había impregnado en la nariz, era algo desesperante.

Estaba por levantarse para buscar los cerillos en otro lugar, pero no pudo hacerlo, una fuerza extraña lo mantuvo sujeto a la silla, miró las hojas, de manera perturbadora alguien o algo que Sergio no veía comenzó a escribir: voltea, ahora, voltea, estoy atrás de ti. Después sintió unas manos que lo tomaban de los hombros y esa horrible voz: ¡voltea!



**Ilustración:
La lectura
(1A DREAM)**

ACERCA DEL AUTOR

CARLOS RAMOS (Hidalgo, México, 1984).

Carlos Ramos. Hidalgo, México, 1984. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Iztapalapa. Autor de los libros, "No los llares" (2018) y "En esta parte del mundo" (2020). Tiene cuentos publicados en revistas impresas y digitales. No los llares, en 2021 se traduce al inglés y al italiano.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



HACIA LO PROFUNDO

Juan David Cruz Duarte
COLOMBIA

(El fondo del Océano Pacífico, 2070)

There are more things in heaven and earth, Horatio,
than are dreamt of in your philosophy.

William Shakespeare, Hamlet. Acto I, Escena 5

Soy el capitán Max Williams. Soy un oficial condecorado de la marina de los Estados Unidos. También soy el primer hombre negro en ser asignado como capitán de un submarino tipo Swift Manta 3000, el submarino nuclear más rápido del mundo. Hace un par de meses vi algo que nunca creí posible. Mis superiores se mostraron escépticos cuando les entregué el informe de mi misión. Imágenes de radar, fotografías y videos de alta resolución captados por submarinos de reconocimiento no tripulados han confirmado que lo que vi en el fondo del océano es real, tan real como usted o como yo.

Un submarino de espionaje estadounidense del tipo Silent Shark 2.0 desapareció a finales del año pasado en las profundidades del Océano Pacífico. El gobierno no sabía quién podía ser el responsable de este catastrófico suceso. Algunos miembros de inteligencia militar sospechaban de las fuerzas navales de la Federación Ortodoxa Rusa, aunque nuestras relaciones con los rusos habían mejorado muchísimo en los últimos 20 años. Otros sospechaban de Irán. Un ingeniero me dijo en secreto que el Silent Shark 2.0 era todavía un prototipo, y que nuestros compañeros podrían haber muerto a causa de una falla mecánica. Todas estas eran teorías sin fundamento. Como capitán, mi labor consiste en obedecer órdenes, y reaccionar de manera adecuada a eventos inesperados, incluso en situaciones desesperadas. No soy un hombre de teorías, soy un hombre de acción. Por eso me encargaron la tarea de encontrar los restos del submarino perdido, y redactar un informe acerca de las posibles causas de su destrucción. Esta no era una misión de rescate, el submarino había desaparecido hace muchos meses. Mis órdenes eran explorar el área, hallar los restos del Silent Shark 2.0, y dar una opinión experta acerca del naufragio.



No nos tomó mucho tiempo llegar al área aproximada de la catástrofe. Como dije antes, yo estaba a cargo del submarino más rápido jamás construido. El Silent Shark 2.0 se había reportado a la base por última vez en un punto remoto, lejos de cualquier isla, en medio del Océano Pacífico. Era inverosímil que se hubiera topado con un submarino enemigo de contraespionaje en un lugar tan remoto; las probabilidades de que algo así sucediera eran sumamente bajas. Por otra parte, el Silent Shark 2.0 era prácticamente invisible, virtualmente indetectable, incluso para los radares más avanzados. La idea de una falla mecánica como causa de la desaparición del submarino me resultaba cada vez más creíble.

Yo les había dicho a mis hombres que debíamos cumplir esta misión a cabalidad. Teníamos que hacerlo por nuestros compañeros muertos y por sus familias. Como soldado, he llegado a comprender que nada le causa más dolor a una persona que la desaparición de un ser querido. Es preferible un cuerpo concreto bajo una lápida que un fantasma de incertidumbre que vaga por el mundo. Todos estábamos muy motivados. Encontrar un submarino en medio del suelo oceánico no es tarea fácil, pero teníamos que hacerlo, era nuestro deber como soldados, como compañeros y como seres humanos.

Un objeto gigantesco apareció de repente en nuestro radar. Era tan grande como un estadio. Todos estábamos sumamente confundidos. Alguien sugirió que habíamos encontrado un coliseo submarino, una edificación perteneciente a la ciudad perdida de Atlantis. Otros creían que se trataba de una base militar enemiga, o de un observatorio científico que podía pertenecer a los chinos, a los indios, a los japoneses o a los rusos.



@elaxiomarevista



Pero todos nos quedamos pasmados cuando el objeto en nuestro radar se movió, avanzando lentamente hacia nosotros. Di la orden de dar media vuelta al submarino y emprender la retirada, pero entonces vi algo asomándose por una de las ventanillas laterales. Una sombra borrosa se movía a gran distancia. Al principio creí que se trataba de una ballena azul, pero era demasiado grande para ser una ballena. Al ver su forma alargada y serpenteante creí que nos habíamos topado con algún tipo de ser prehistórico, una serpiente marina o un dragón. También en esto estaba equivocado, lo supe cuando vi las ventosas gigantes del tentáculo monstruoso. Cada ventosa era tan grande como un automóvil. ¿Qué tan largos eran aquellos tentáculos? ¿Tenían doscientos, doscientos cincuenta, trescientos metros? No era fácil saberlo. La criatura trató de atraparnos con sus tentáculos, pero el Swift Manta 3000 es el submarino más rápido del mundo. En cuestión de horas estábamos de regreso en nuestra base militar en la costa oeste. Escribí mi informe en menos de 50 minutos.

Después de entregar mi informe tuve por fin tiempo para pensar en lo que yo y mis hombres habíamos visto. Recordé de forma difusa un viejo libro que había leído en mi pequeña casa en Carolina del Norte cuando tenía unos trece o catorce años. No pude acordarme del título de la novela, pero recuerdo que hablaba de un submarino enorme comandado por un capitán indio. Mis labios pronunciaron de forma inesperada la palabra “Nautilus”. ¿Era el título del libro, el nombre del submarino o el de su capitán? Recordé que el libro hablaba de una batalla entre los tripulantes del submarino y varios calamares o pulpos gigantes.



Me pregunté qué tanto de verdad habría en los viejos relatos de marineros europeos y americanos acerca de voraces pulpos o calamares gigantes que hundían embarcaciones pesqueras con sus enormes e inclementes tentáculos. Traté de imaginar el horror que pudieron haber experimentado los tripulantes del Silent Shark 2.0 cuando se vieron atrapados por los enormes tentáculos de esa criatura. Si el monstruo era similar a un calamar común, entonces su grotesco pico de loro prehistórico pudo haber destrozado el submarino como si se tratara de un juguete de balsa. Me pregunté si esos hombres habrían muerto ahogados o si habrían sido devorados mientras estaban con vida. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando comprendí que, si existe un monstruo semejante, lo más probable es que no fuera el único de su especie. ¿Cuántas de estas horripilantes bestias submarinas habrá en los abismos submarinos más profundos de nuestro planeta? ¿De qué se alimentan? Se necesitarían toneladas de comida diaria para mantener vivo a un ser semejante. ¿Hibernaban acaso como los osos? Y si ese era el caso, ¿cuánto tiempo podía durar su sueño? ¿Cien años? ¿Tal vez dos o tres siglos? Probablemente los seres humanos no estamos hechos para comprender todos los misterios que esconde este extraño universo. Nuestra curiosidad nos ha llevado a experimentar con fuerzas que no deberían ser estudiadas.

Cualquiera que haya visto el poder destructivo de una bomba de hidrogeno sabe que esto es verdad. Pero tal vez nuestra curiosidad también nos llevará a descubrir seres y criaturas que no deberían ser descubiertos. Es posible que en nuestro mundo, y en otros planetas distantes, existan monstruos cuya paz y aislamiento no deberíamos perturbar.



@elaxiomarevista



Pasaron un par de semanas después del aterrador encuentro submarino. Nada se dijo en las noticias o en los periódicos acerca del descubrimiento de la enorme criatura marina. Después de leer mi informe, la mayoría de mis superiores se mostraron escépticos. No obstante, al cabo de un par de meses, misiones no tripuladas nos enviaron videos y fotografías de la monumental criatura. También logramos detectarla con radares especializados en exploración submarina. Los científicos del ejército concluyeron que no se trataba de un calamar gigante. Este monstruo era más parecido a un pulpo: un pulpo de casi un kilómetro de diámetro. Se sugirió que podía alimentarse de ballenas, calamares gigantes y tiburones. El hecho de que la criatura fuera más similar a un pulpo que a un calamar tenía ciertas implicaciones serias: el pulpo es uno de los animales marinos más inteligentes que existe. ¿Qué sucedería si ese monstruo decidiera atacarnos de forma premeditada? Por otra parte, algunos nos preguntábamos si algún día lograríamos establecer cierto tipo de comunicación, por precaria o primitiva que fuera, con el titán submarino. Recuerdo que varios cabos y cadetes dijeron que la criatura podía ser tan antigua como la Tierra misma, pero eso es imposible. Los suboficiales más supersticiosos hablaban acerca del gigantesco animal como si se tratara de un demonio o de un dios. Algunos pensaban que se trataba de una deidad maligna de otra dimensión. La palabra kraken era pronunciada en susurros dentro de las paredes blindadas del edificio del Pentágono. El biólogo mexicano, Bernardo Fernández, sugirió que el pulpo podía tener alrededor de 900 años. Yo qué sé.

Supongo que deberíamos estar agradecidos de que no fueron ni los iraníes ni los rusos los que acabaron con la tripulación del Silent Shark 2.0.

Yo sólo sé que hay más cosas maravillosas y aterradoras en este mundo de las que podemos imaginar. Sólo recordar el tamaño de esos tentáculos me hiela la sangre. Tal vez nunca vuelva a encontrarme frente a frente con la criatura. Pero ¿cuántos titanes similares pueden vivir en las sombras eternas de los fríos abismos oceánicos? Tengo que confesar que, después de ese día, siento miedo cada vez que me embarco en mi submarino. Pero este es mi deber, es mi trabajo, y ya no puedo dar marcha atrás. Siempre soñé con una vida de aventuras, siempre quise estar al servicio de mi país. A veces me pregunto si debí haberme hecho astronauta.



Ilustración:
Tentáculos Assault
REBECA DZUL ORNELA
(Tabasco, México)

ACERCA DEL AUTOR

JUAN DAVID CRUZ DUARTE (Bogotá, Colombia, 1986).

Juan David Cruz Duarte nació en Bogotá, Colombia. En el 2018 obtuvo su doctorado en literatura comparada en la University of South Carolina. Sus cuentos y poemas han aparecido en Axxón, El Axioma, Máquina Combinatoria, Five: 2: One, Burningword, Jasper, Blue Collar Review, the Dead Mule School of Southern Literature, Fall Lines, Escarabeo, etc. Sus ensayos académicos han sido publicados en Variaciones Borges, Divergencias y Fafnir. Cruz Duarte es el autor de Dream a little dream of me: cuentos siniestros, La noche del fin del mundo y Léase después de mi muerte (Poemas 2005-2017). Actualmente vive en Bogotá.

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva



Astrid Breiter

EL AXIOMA

#7 TERIOMORFOS &
OTRAS CRIATURAS

Diciembre 2022

El

AXIOMA

Mirando desde una nueva perspectiva